

Prácticas Performativas de Masculinidad

Análisis de tres generaciones en un mismo contexto familiar rural a partir de sus relatos biográficos.

“Entre el miedo, el amor y el campo”

Angélica Valero Vargas

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Ciencias Sociales,

Bogotá, Colombia

2022

Prácticas performativas de Masculinidad

Análisis de tres generaciones en un mismo contexto familiar rural a partir de sus relatos biográficos.

Angélica Valero Vargas

Trabajo de grado

presentado como requisito parcial para optar al título:

Magíster en Estudios Sociales

Director:

Jhon Alexander Vargas Rojas

Docente

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Ciencias Sociales,

Bogotá, Colombia

2022

Este trabajo va dedicado a mi madre, la mujer que, desde su experiencia, inspiró este recorrido por la vereda de Caños en Paipa-Boyacá y me invitó a preguntarme sobre las masculinidades en el contexto rural.

Agradezco a:

Mi tutor Jhon Alexander Vargas Rojas, quien confió en mis ideas y aportó con sus conocimientos y experiencia a mi investigación, más allá de lo conceptual, desde un sentido humano, narrativo, crítico y posibilitador de otras miradas en torno al género; a los integrantes de la familia, que me abrieron las puertas de sus casas, me escucharon, compartieron y vivieron cada momento de esta investigación; y, por último, a quien hoy no está a mi lado, pero siempre ha pintado mis días de color y nunca ha dejado de acompañarme en cada paso académico y personal que doy; por ser quien, desde la distancia, me escucha, me lee y cree en mis pasos, anhelos y convicciones.

Tabla de contenido

Introducción: La tierra que nos vio nacer, crecer y nos implica hoy.....	8
Problema: ¿Cómo llego a hablar sobre masculinidad?.....	12
✎ Pregunta general	
.....	18
✎ Pregunta problema.....	
✎ Objetivo general.....	20
✎ Objetivos específicos	20
Justificación: entre mis pasos, los pasos de mi madre y de las mujeres que habitan el espacio rural.	
.....	21
Estado del arte: ¿ Y qué se ha dicho sobre la masculinidad, la familia y educación emocional en el espacio rural?	22
✎ La educación, las emociones y la transformación de los contextos familiares.	23
✎ Prácticas de crianza, tipos de padres, transmisión generacional y configuración de familias modernas.....	25
✎ Género y masculinidades alternativas	30
✎ Masculinidades y paternidades en Contextos Rurales	34
✎ Balance general	38
Conceptual: Lo performativo en el paso generacional de los hombres en el espacio rural..	39
✎ La Masculinidad como Experiencia Performativa de Género.....	40

✦ Lo intergeneracional: La configuración de la Masculinidad desde lo Intergeneracional.	47
✦ Lo Rural: La Masculinidad en Contextos Rurales	51
✦ Esquema de ejes de búsqueda /categorías	55
Metodología: los relatos biográficos – performativos de tres generaciones desde la masculinidad en el espacio rural.	58
✦ Dimensión de la Investigación	59
✦ Enfoque	59
✦ Cuadro de secuencia metodológica	62
✦ Los colores de la familia	66
- ¿Quiénes participaron?.....	66
- Esquema familiar (metodología de los colores)	69
Análisis de narraciones biográficas: Relatos, sentidos y sentires de mi paso por la vereda de Caños en Boyacá.....	71
✦ Contexto familiar rural: entre el campo, la cotidianidad y el contexto.	
Primer apartado:Armero y la Infancia: la experiencia del niño que aún no quería ser hombre.....	72
✦ ¡Hablemos del miedo!	79
✦ ¿El amor y el afecto posibilitan rupturas?	82
Segundo apartado: ¡Cuando queremos llorar, no sabemos cómo llorar!	85
✦ Lo afectivo no es solo poder llorar, son las heridas.	90
✦ La cocina, el azadón y el cuidado.....	92
✦ ¿Somos melancólicos?	96

Tercer apartado: ¿Hoy los hombres son mejores que antes? defendiendo la masculinidad.	97
✦ ¿La violencia hace parte de la performatividad?	100
✦ ¿Nosotras también defendemos las prácticas de masculinidad?	102
Cuarto apartado: ¡Al principio uno puede ser dócil y las experiencias le enseñan a uno a defenderse y a no dejársela montar!: Las prácticas de Masculinidad en los cuerpos femeninos.....	103
✦ La promesa de la masculinidad: madres que forman hombres.	105
✦ ¿Elegimos cuidar y dar?	106
✦ La cotidianidad del sexo biológico.....	107
Quinto apartado: Los objetos que adornan las prácticas de masculinidad: ¡Los sombreros y las botas que me hacen sentir más mujer cuando escucho sus relatos!	108
Sexto apartado: ¡La vida en el campo es sabrosa!	110
Séptimo apartado: Conclusiones narrativas: la melancolía que implica el miedo, el amor y el dolor.....	111
Conclusiones: entre la norma y el vivir sabroso.	113
Bibliografía.....	117

Índice de imágenes:

<i>Ilustración 1: reconociendo el contexto familiar rural familia Salvia</i>	69
<i>Ilustración 1: La masculinidad que se encuentra desde la "otredad"</i>	71
<i>Ilustración 2: Situar el contexto desde el espacio circundante</i>	84
<i>Ilustración 3: La cotidianidad del ser</i>	93
<i>Ilustración 4: La fuerza del cuidado, del amar</i>	102
<i>Ilustración 5: la cocina espacio de disputa</i>	106
<i>Ilustración 6: Lo sabroso del andar</i>	109
<i>Ilustración 7: Lo inminente en el contexto familiar rural</i>	111

Índice de esquemas:

<i>Tabla 1: Puente entre lo conceptual y lo metodológico</i>	58
<i>Tabla 2: Momentos de la experiencia investigativa</i>	63
<i>Tabla 3: Matriz narrativa - estructura-</i>	65
<i>Tabla 4: ejemplo de matriz narrativa -</i>	66
<i>Tabla 5: División por generaciones y fechas de conversaciones biográficas</i>	68
<i>Tabla: organización de la familia salvia</i>	70

Introducción: La tierra que nos vio nacer, crecer y nos implica hoy.

(...) Ay, qué dolor
Qué dolor que le da
A mi alma
Ay, qué dolor
Porque no la miran...

Pensar mi investigación en la tierra que vio nacer a mi madre me hace preguntarme no solo por las prácticas de masculinidad de los hombres, sino por su experiencia: la de mi madre, la de la vecina, la de la niña que se fue a la ciudad después de que le rompieron el corazón, pero también la de la mujer a la que solo por demorarse una hora en la preparación del almuerzo la despojaron de sus dientes o le quitaron la conciencia, de la que quiso hacerse la muerta y el “esposo”, al verla tirada en el pastizal, le prendió candela; historias que son verbalizadas por algunos hombres como anécdota, como atrocidad o como algo gracioso.

Nombrar estas experiencias y leerlas como narraciones me implica repasar cómo atraviesan mis emociones, como “duelen”, pero también cómo transforman mi cuerpo y mis visiones, lo que da lugar a las siguientes preguntas: ¿de qué me sirve tanta radicalidad si no puedo sentir lo que veo? ¿De qué me sirve comprender el dolor de las mujeres desde mi experiencia si no me pregunto por quienes han sido los perpetuadores? ¿De qué nos sirve el feminismo si no incluimos otros cuerpos, otras voces, otras miradas? Tal vez, ahora mismo, con la culminación de la investigación, estas preguntas no tengan respuesta, pero sí me guiaran para escuchar y seguir viendo, sintiendo y analizando a los niños, los jóvenes, los adultos y los viejos que se han revestido de una masculinidad que inmoviliza *lo* emocional o niega otras formas de ser, fuera de la imposición del género.

Lo anterior me descoloca de mi lugar de enunciación, me confronta con mi performatividad en torno a la idea de “ser” mujer, una académica, feminista y con raíces campesinas. Idea que he

forjado hasta hoy. Esto, a su vez, me implica desvestirme de los prejuicios y de la violencia epistémica contra el campesino, el campesino hombre, uno que, va más allá de la figura masculina de la estructura patriarcal, la figura de un hombre que ara el campo y no visualiza su emocionalidad, esto me implica, pensar mi lugar y a dialogar con la narración de los hombres sobre sus prácticas de masculinidad, que no pueden ser tipificadas ni encerradas en espacios territoriales.

A partir de los relatos biográficos de los hombres y las mujeres de la familia, busqué comprender cómo las prácticas performativas se transmiten generacionalmente y cómo se dan las exclusiones, en medio de la construcción de las masculinidades, en los cuerpos de los viejos, los hombres y los niños; los mismos que me relataron que no saben llorar, que les da miedo entrar a la cocina o se les ha negado; a los adultos que se preguntan por sus prácticas, a los jóvenes que se preguntan por su masculinidad; a los que les da miedo creer en sus emociones o a las que se les critica por ser sensibles, por no decir “basta” y rendirse en una relación.

En el primer capítulo planteo el problema de la investigación, con base en las dinámicas de la masculinidad en el país, aunadas en unas prácticas de violencia que recaen en el cuerpo de las mujeres y los hombres: violencias psicológicas, simbólicas y culturales que no se desligan de las físicas, que han sido posibles por los mandatos de género. Asimismo, invito a pensar la transmisión de las prácticas de masculinidad hegemónicas en las familias en los contextos rurales, con base en el hecho de que un espacio como el rural robustece dichas prácticas.

En un segundo momento formulo las preguntas pertinentes para la problematización, seguido de la pregunta problema, del objetivo general y de los objetivos específicos, además de la metodología de investigación. En un tercer momento, hago un rastreo breve del concepto de masculinidad y de sus entornos, con el fin de enlazar las categorías desarrolladas en el estado del arte y las que serán transversales en la investigación: lo performativo, categoría que será el pilar conceptual del análisis; lo intergeneracional, que será el catalizador metodológico del análisis entre las generaciones; y lo rural, que tendría un papel contextual. Esto será enlazado con el propósito metodológico de comprender, en los relatos, las prácticas performativas de masculinidad, y de comprender cómo esa masculinidad también está inscrita en el ser-mujer.

En el segundo capítulo, en siete apartados analíticos, presento los relatos de los hombres y las mujeres que participaron en la investigación, en un diálogo con mis notas de campo y con los

fragmentos analíticos que resultaron de la “matriz narrativa”. Estos fragmentos son vitales para comprender cómo las masculinidades atraviesan no solo la corporeidad de los hombres sino también de las mujeres; además, enfatizo cómo esta investigación, desde su corte narrativo, vuelve sobre mi “ser-mujer” por medio de mi visión de la masculinidad, de la necesidad del amor, del impacto del miedo, las angustias, el dolor y la exclusión.

Tal vez, y esto es un deseo, usted como lector, al terminar la lectura de mi investigación, se pregunte, de un modo análogo al mío, por las prácticas de masculinidad que han atravesado su corporeidad desde su experiencia vital, prácticas que no pueden ser ya tipificadas.

Capítulo 1

Acercamiento a los análisis actuales sobre la masculinidad

De mi padre se cuenta que de caza partía
Cuando rayaba el alba, seguido de su galgo,
Cuenta mi pobre madre que, como comprendía,
Lo miraba a los ojos y su perro gemía.
Que andaba por las selvas buscando una serpiente
Procaz, y al encontrarla, sobre la cola erguida,
Al asalto dispuesta, de un balazo insolente
Se gozaba en dejarle la cabeza partida.
Que por días enteros, vagabundo y huraño,
No volvía a casa, y como un ermitaño,
Se alimentaba de aves, dormía sobre el suelo.
Y sólo cuando el Zonda, grandes masas ardientes
De arena y de insectos levanta en los calientes
Desiertos sanjuaninos, cantaba bajo el cielo.

De mi padre se cuenta de Alfonsina Storni

Problema

¿Cómo llego a hablar sobre masculinidad?

Señores, cuando se compadecen de nosotras, digo
que desperdician su compasión. Dejad que se quede,
bien tapada y almacenada en vuestros estantes,
hasta que la necesitéis para vosotros.
Apreciamos el pensamiento de Dios
al formaros, antes de traernos
a la vida. Su arte fue burdo,
pero oh, tan viril en su ruda
fuerza elemental: y entonces
Aprendió su oficio de hacer hombres;
Aprendió a mezclar y moldear la arcilla
Y a modelar de una manera más fina...

Ella Wheeler Wilcox, «To Men», (1914).

Esta investigación tiene un vínculo importante con la experiencia rural de mi madre y con mi experiencia como feminista; en este sentido, en este apartado presentaré el problema con base en los cuestionamientos que me invitaron a conocer el espacio rural desde sus prácticas de masculinidad.

El entorno social y cultural de los colombianos ha estado acompañado por la transmisión de mandatos tradicionales que han permitido la reproducción de discursos sobre lo masculino y lo femenino; estos discursos, violentos, morales y hegemónicos se incorporan en los cuerpos y afianzan unos “ideales” de femineidad y masculinidad ligados a las relaciones heterosexuales, relaciones ancladas en matrices que operan a partir de la norma de género: “[e]n este sentido, la performativa inicial: “¡Es una niña!” anticipa la eventual llegada de la sanción, “Os declaro marido y mujer” (Butler, 2020, p, 325); indica que, desde que nacemos y desde los actos performativos, están definidos nuestro entorno y futuro, lo que da la sensación de que, en este contexto, se llega a un tipo de perfección; por esto, al indicar y sancionar “¡Es un niño!”, se gestan las prácticas de

masculinidad de los sujetos, que se van perfeccionando a lo largo de los procesos etarios y relacionales, y que pueden, en medio de los procesos iterativos, dar paso a la exclusión en medio de la repetición. Lo anterior permite matizar la idea del ser “hombre” y “mujer” en el discurso de la performatividad y de la interacción con las prácticas de masculinidad y femineidad que han sido corporizadas y transmitidas generacionalmente.

En el contexto urbano y rural del país está presente dicha reproducción de los mandatos de género, por esto, en palabras de Javier Ruiz Arroyave, en Colombia «nuestro sistema de género es patriarcal» (Arroyave, 2019, p. 42), por lo que es común, en palabras del autor y a partir de su análisis, escuchar expresiones como «los hombres en la cocina, huelen a caca de gallina», «un hombre debe ser verraco», «uno no es hombre para que nadie lo sepa», «los hombres no lloran», «cuando uno crece, los papás no lo pueden abrazar más (...) de pronto el hijo se vuelva marica», entre otras. Lo que implica la creación de estereotipos generalizados sobre los hombres. Según el autor, este sistema de género patriarcal está completamente vinculado con lo económico y lo político, adecuado al modelo capitalista, y se relaciona con un “orden étnico-racial racista [...] como sistema de jerarquías de poder, esto es, en lógicas de dominación y subordinación” (Arroyave, 2019, p. 44).

En este contexto, estas lógicas de dominación y subordinación deben ser tomadas en cuenta para el análisis de las prácticas de masculinidad en los escenarios rurales cotidianos de la sociedad colombiana, puesto que, en nuestra cultura, hay un legado de prácticas hegemónicas de masculinidad representadas en los silencios, tabúes, miedos y sanciones, a través de su *iterabilidad* en contextos familiares en escenarios rurales donde aparentemente el machismo está mucho más presente como estereotipos que parecieran definir la masculinidad.

De este modo, frases como las que menciona Arroyave, si bien pueden ser parte del común denominador de nuestra cultura, también son derivadas de un legado de violencia, de poder y de guerra que ha recaído históricamente en los espacios rurales del país y ha legitimado el poder de un sexo sobre el otro. Aquí, los cuerpos han sido los contenedores de procesos generacionales que han producido unas prácticas en la masculinidad rural, unas que se ha enmarcado en una idea de masculinidad propia del contexto, como el hecho de que, ser hombre es sinónimo de fuerza, hombría y trabajo agrícola, diferente al hombre que aparece en los contextos urbanos; esto implica

que, cuando se habla de la masculinidad en lo rural, se habla de una, que puede ser sancionada si se sale de la norma o de los límites proyectados para los hombres que allí habitan.

Lo anterior nos invita a preguntar por las prácticas de masculinidad en lo rural y por cómo esas dinámicas en los espacios en donde conviven los hombres y mujeres, espacios físicos geográficos y culturales, han implicado una construcción de masculinidad iterativa y sujeta a unas normas que han generado un código relacionado con masculinidades hegemónicas. En estos contextos se han generalizado estereotipos que han formado un imaginario sobre el hombre y la mujer. Sobre esto, Mara Viveros afirma que el “estereotipo de macho excluye estas diferentes dinámicas subjetivas, haciendo creer al individuo que un hombre se hace a partir de una serie de absolutos” (Viveros, 2002, p. 61).

A partir de lo anterior, para matizar la discusión, la conceptualización del “sexo” que hace Judith Butler define que este se da por la reiteración de unas normas hegemónicas que resultan ser una performatividad, pues nombran, producen y hacen, lo que implica una iterabilidad y una resignificación; así, el “sexo” no es una producción que aparece de la nada y que esta aunada a unas lógicas mediadas por el contexto, lo que se demuestra en investigaciones como las de Rita Segato (1995) y Mara Viveros (2002).

De este modo, puedo afirmar que la experiencia de género de los hombres en el país está relacionada con ciertas tensiones como la clase, el género, el contexto geográfico, las migraciones, la raza, lo etario y lo cultural, lo que supone que las experiencias de los hombres deben ser diferenciadas no solo por la influencia de las tensiones sino por sus construcciones subjetivas, lo que implica pensar en cómo estos estereotipos (Viveros, 2002) se han formado bajo la luz de las tensiones que pueden afectar de manera diferenciada, a partir de la experiencia subjetiva de los sujetos, y comprender que así como existen varias experiencias de masculinidad también existen otras trayectorias específicas en los espacios rurales. Por esto es importante que los sujetos hablen desde su experiencia, con el fin de que se puedan:

...anudar lazos de mutuo (re)conocimiento en cuanto a historias familiares, situaciones vividas, conflictos, experiencias... las formas son múltiples y abiertas a la imaginación, pero requieren de una auténtica valoración de la voz –de las voces– sobre todo en la frágil emergencia de la primera persona, de una *escucha* verdadera (Arfuch, 2020, p. 305-306).

Para comprender las prácticas de masculinidad en los espacios rurales, en un mismo espacio geográfico, cultural, social, político y económico. Es necesario detenerme en las formas performativas a través de un análisis vinculado al género, que pueden influir en la comprensión de las grafías, las voces y las prácticas,

Así pues, es importante resaltar que los análisis sobre la(s) masculinidad(es) dimensionan no solo el papel del hombre en relación con la mujer, sino que señalan las diferentes formas de ser hombre en la sociedad, las conductas variadas, los contextos, las resistencias, los cuerpos y sus ciclos vitales; para comprender esto es importante a su vez remitirse a los análisis hechos por Mara Viveros (2002) en sus investigaciones sobre escenarios estereotipados en el país. Por medio de las experiencias de masculinidad de hombres que habitan en las ciudades de Quibdó y Armenia, la investigadora profundizó en las narraciones y las experiencias de los hombres en torno a la colonización, la migración, el racismo, los estereotipos sexuales y las connotaciones racistas; pensar una población, un grupo cultural o un contexto geográfico en el país no supone saber con anterioridad el tipo de masculinidad que se encontrará sino que requiere escuchar a los hombres, ver sus contextos y no definirlos de manera cerrada.

Por consiguiente, históricamente las instituciones “familia”, “escuela”, “Estado”, “iglesia” o “medios de comunicación” son las que han puesto en escena y han reproducido socialmente los discursos asociados con las masculinidades hegemónicas¹, de modo que estas no pueden ser leídas fuera de la construcción del contexto, en este caso el rural, que está mediado por las dinámicas históricas, geográficas, económicas, políticas, sociales y culturales: “[e]sa construcción se desarrolla a lo largo de toda la vida, con la intervención de distintas instituciones (la familia, la escuela, el Estado, la religión, los medios de comunicación, etc.” (Faur, 2004, pág. 53).

Hablar de la familia como institución que reproduce discursos implica discutir sobre uno de sus «actores activos» y tradicionales, es decir, el «patriarca», «padre» o «proveedor». En este sentido, actualmente es necesario cuestionar cómo estas configuraciones tradicionales de la paternidad pueden entrar en crisis y tienden a reinventarse según el contexto de los sujetos, lo que también implica pensar en los cambios que se pueden dar por las tensiones implícitas en la masculinidad.

¹ Es importante resaltar que los estudios de las masculinidades en América Latina buscan deconstruir categorías como el «machismo latinoamericano» y revisar los tipos de resistencias que los hombres de diferentes grupos culturales han manifestado sobre la «masculinidad hegemónica» (Viveros, 2002), para, en el caso del país, en el campo del feminismo y por medio de los análisis de género, seguir escudriñando en las experiencias de masculinidad y en las diferentes formas de ser hombre.

Es importante asumir que lo parental es una etapa fundamental de la masculinidad, en el sentido de unas «prácticas masculinas en los espacios domésticos y privados y el significado de la paternidad, la jefatura de hogar y las responsabilidades domésticas para distintos grupos de hombres» (Viveros, 1997, pág. 8).

No cabe duda que la manera en que cada quien ejerce la paternidad e incluso la forma en que significa el ser hombre-padre, mujer-madre responde a la historia personal y a los valores y tradiciones vividos en el propio contexto histórico cultural. Múltiples investigaciones han procurado evidenciar dichas representaciones en la manera como se viven las relaciones familiares en diferentes contextos. (Moreno, 2013, p. 185)

Lo anterior va de la mano con el agenciamiento de las mujeres en nuevos espacios laborales, lo que ha transformado las formas de ver la economía de los hogares, y a la par, implica reflexionar sobre la existencia de «otras» paternidades; sin embargo, como lo afirma Elizabeth Jelin sobre la familia y su transformación, estos cambios no son «tarea fácil» porque “la cultura pesa y apresa: sigue estando presente el machismo en todas sus formas,” (Jelin, 2010, p. 160). Esto significa que, hablar de los matices de las masculinidades no implica una ausencia del machismo, si no, buscar otras reconfiguraciones entorno a la masculinidad y entrever otras trayectorias.

Asimismo, si existen varias formas de ser “hombre” también existen varias tipologías² de familia y de ser «padre», aunque hay que reconocer la existencia de una disposición generalizada por una forma de familia hegemónica, que va a la par de una matriz heterosexual (Butler, 2020), con una serie de normas que indican cómo ser, verse y actuar, y que implican formas determinadas de ser hombre, lo que se representa en la transmisión generacional y en la reproducción de un modelo de familia determinado, que en la mayoría de los casos es una “familia patriarcal, [donde] el principio básico de organización interna es jerárquico. La autoridad está en mano del *pater familias*. Los/as hijos/as se hallan subordinados a su padre, y la mujer a su marido, a quien otorga respeto y obediencia” (Jelin, 2010, pág. 36).

² Es importante aclarar que esta investigación no se ubica en tipologías sino por el contrario en prácticas de masculinidad.

Podemos agregar que, en el caso de la masculinidad hegemónica, la paternidad hace parte de su ciclo vital y de su madurez, lo que supondría pensar que este último es su estadio más conflictivo³ pues implica una posición de poder que media entre las cargas generacionales y las posibilidades de educar a los que habitan los contextos familiares y reflejan las Prácticas performativas de masculinidad del abuelo, el padre y el hijo, con lo que se puede pensar en la posibilidad de una exclusión en términos de masculinidad,

[el] fracaso de la familia nuclear patriarcal está ampliamente documentado. Ha sido objeto de todo tipo de críticas: se la ha acusado de ser casi siempre disfuncional, un lugar de caos emocional, abandono y abuso. Solo los que niegan las pruebas siguen afirmando que es la mejor manera de criar a los niños. (hooks, 2021, p. 152)

En este sentido, es necesaria una reflexión sobre cómo los hombres han sido castrados emocionalmente con discursos hegemónicos y sobre cómo lo reproducen en su vida familiar. Estos hombres han sido moldeados y han puesto en práctica los discursos de manera iterativa, con lógicas internas de las familias y por medio de una normatividad que define unos papeles que exceden o que carecen de lo emocional. Por este motivo, el hombre se sitúa en un espacio que le niega la emocionalidad, lo que se representa en sus relaciones afectivas y da lugar a un hombre que queda definido por el preconcepto y por el estereotipo de una rudeza a-emocional.

Se habla aquí de la femineidad y masculinidad tal como se expresan las actitudes y en el temperamento de la persona; pero también de su disposición afectiva del modo en el que el sujeto se posiciona frente a el otro en las interacciones de su vida afectiva (Segato, 2010, p.76).

Así, diferentes estereotipos y preconceptos han dispuesto una sola forma de ejercer la masculinidad, que carece de afectos y se materializa en todas las relaciones de tipo afectivo; por tanto, ver a la familia y afirmar que existe un lugar de poder dominante e inamovible del hombre en los contextos familiares, me invita a repensar en las tensiones de los espacios rurales y en cómo se puede pensar en otras trayectorias de masculinidad.

³ “La paternidad es una de las formas sociales mediante las cuales se exterioriza la identidad masculina. Esa etapa de la masculinidad se expresa de diversas maneras, tantas como variadas son las expresiones culturales que, si bien responden a patrones generales de los estereotipos y los roles sociales, también adquieren manifestaciones específicas que las pueden proyectar como prácticas culturales únicas” (Montesinos, 2004, p. 199).

Lo que se plantea hasta acá no aspira a una «mitificación» o a una negación de la realidad social que no reconoce la violencia estructural de la cual hemos sido víctimas las mujeres, pero tampoco quiere reproducir estereotipos históricos que señalan una única forma de ver al «hombre», sin comprender sus diferentes prácticas, tensiones, articulaciones con los espacios y sin pensar que desde la experiencia subjetiva se pueden pensar otras formas de imaginar la masculinidad en el país.

En concordancia con lo anterior, es importante una reflexión constante de los contextos, las tensiones, las relaciones y las articulaciones de los hombres en los espacios rurales, para aportar a los estudios de las masculinidades en América Latina, por medio de la desconstrucción de categorías como el «machismo latinoamericano», y revisar los tipos de resistencias que los hombres de diferentes grupos culturales han manifestado sobre la «masculinidad hegemónica» (Viveros, 2002). Esto permitirá comprender cómo hoy se siguen viralizando estereotipos, cómo desde la transmisión generacional se pueden legitimar prácticas de masculinidad y cómo otras quedan en el olvido.

Con base en lo anterior, Mara Viveros (2002) invita a pensar las masculinidades desde sus matices y sus tensiones, en sus palabras, desde sus “colores”, y plantea revisar las masculinidades y sus condiciones en sus contextos y experiencias; así, busca dejar de lado los estigmas sobre las diferentes culturas⁴ y regiones que están en nuestro país, que solo legitiman la separación entre los civilizados e incivilizados, y de los no violentos de los que sí lo son.

Cabe resaltar que, si bien los estudios sobre las masculinidades desde diferentes perspectivas llevan más de veinte años en América Latina⁵ y han aportado a la comprensión de los matices de lo masculino, es importante seguir escudriñando en los espacios privados, pensar en lo masculino más allá de una configuración de lo paterno y reflexionar las prácticas de masculinidad en los

⁴ Esto se puede vincular con el análisis de Rita Segato sobre el sexismo y racismo automático: “...violencia estructural que sustenta el paisaje moral de las familias se asemeja a lo que los que militamos activamente en la crítica del orden racial llamamos "racismo automático". Tanto el sexismo como el racismo automático no dependen de la intervención de la conciencia discursiva de sus actores y responden a la reproducción maquinal de la costumbre, amparada en una moral que ya no se revisa. Ambos forman parte de una tragedia que opera como un texto de larguísima vigencia en la cultura -en el caso del sexismo, la vigencia temporal tiene la misma profundidad y se confunde con la historia de la especie; en el caso del racismo, la historia es muchísimo más corta y su fecha de origen coincide rigurosamente con el fin de la conquista y la colonización del África y el sometimiento de sus habitantes a las leyes esclavistas” (Segato, 2010, p. 115).

⁵ Por autores y autoras como Olavarría, Aguayo, Connell, Fuller, Valdés y Viveros.

contextos rurales, me implica tener en cuenta la historia de los hombres y socavar en sus diferentes formas de ser o de sentirse.

Los significados del término “los hombres” (como de cualquier término) no son fijos, aunque existan instituciones sociales que pretendan fijarlos bajo la modalidad de un discurso dominante, sino que emergen en su relación de diferencia con otros términos y en una cadena de significados que difieren su sentido, siguiendo el planteamiento semiótico de Derrida bajo el término *différence*. Por ese proceso de *différence*, los significados del término lejos de estar determinados de antemano se muestran ambiguos, elusivos e incluso contradictorios (Noriega, 2004, p. 28).

En consecuencia, esto me invita a profundizar en qué es lo que permanece o no en las generaciones de hombres de una misma familia y en cómo los discursos pueden ser afectados por los contextos, en este caso el rural, las tensiones, las formas de construcción individual de los sujetos, lo afectivo y los actos performativos⁶ de los géneros; pero también en cómo, de modo intergeneracional, se pueden comprender las narrativas de los hombres y en cómo se reproducen no solo las costumbres de su contexto rural sino las prácticas de masculinidad en lo parental. Esto me llevó a los siguientes interrogantes:

Pregunta general

¿Qué prácticas performativas de masculinidad están presentes en las experiencias de tres generaciones en un mismo contexto familiar rural en la vereda de Caños de Paipa Boyacá a través de sus relatos biográficos?

Preguntas específicas:

1. ¿Qué prácticas performativas de masculinidad que están presentes en las tres generaciones?

⁶ “Pero, entonces, ¿cómo se relaciona la noción de performatividad del género con esta concepción de la materialización? En el primer caso, la performatividad debe entenderse, no como un “acto” singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra. Lo que, según espero, quedará claramente manifiesto en lo que sigue es que las normas reguladoras del “sexo” obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual” (Butler, 2002, p. 18)

2. ¿Qué tensiones presentes en las mediaciones intergeneracionales en el contexto familiar rural?
3. ¿Cómo caracterizar prácticas masculinas que se inscriben en otras trayectorias de masculinidad?

Objetivo general

Comprender las Prácticas performativas de masculinidad de tres generaciones en un contexto familiar rural a través de relatos biográficos.

Objetivos específicos

- a. Identificar las prácticas performativas de masculinidad están presentes en las tres generaciones.
- b. Caracterizar las tensiones presentes en las mediaciones intergeneracionales en el contexto familiar rural.
- c. Caracterizar prácticas masculinas que se inscriben en otras trayectorias de masculinidad.

Justificación: entre mis pasos, los pasos de mi madre y de las mujeres que habitan el espacio rural.

A lo largo de mi proceso académico y personal me he venido preguntando, con base en una idea de feminismo, sobre el papel de las mujeres; esto me ha guiado en la comprensión sobre el porqué hemos sido victimizadas, revictimizadas y pensadas desde una construcción histórica tradicional, también en las consecuencias de unas *pedagogías de la crueldad*, en palabras de Rita Segato (2018), que han sido replicadas contra nosotras y contra todo aquel que sea pensado como diferente: a través de estructuras de “violencia sistemática” que recaen en nuestros cuerpos y por medio de ordenaciones que reproducen la desigualdad de género, como es el caso de la familia —primer espacio de socialización—.

Uno de mis primeros acercamientos a este fenómeno, fue el que hice al problema de la maternidad, relacionada con la economía del cuidado en el contexto de las madres comunitarias en el país. Ver el trabajo de estas mujeres —que dan su vida para cuidar y educar a otros—, de mi madre, de las madres y las mujeres de mi familia en contextos rurales, y de todas las demás mujeres sin oportunidades, en relaciones afectivas que, de manera involuntaria, exaltan una idea de “inferioridad” y de masculinidad violenta y hegemónica, acompañada de discursos machistas, sexistas y homofóbicos que se afianzan en la performatividad de los sujetos. Esto fortaleció mi interés investigativo en la experiencia de los cuerpos y de las prácticas performativas de masculinidad, prácticas que son iterativas y que a la luz de la experiencia no se perciben. Asimismo, si bien los hombres son los señalados como los actores y móviles de actuación de la violencia contra las mujeres, lo anterior, me llevó a preguntarme en si es posible pensar en otras prácticas de “masculinidad” a partir de la exclusión.

En este sentido, desde mi apuesta como mujer feminista, he buscado comprender las prácticas de masculinidad y escuchar la voz de quienes han sido nombrados “hombres”, con base en una carga semántico-histórica, bajo los “mandatos de violencia”; igualmente, he intentado comprender la carga estereotipada que ha enmarcado al “campesino hombre” en el contexto rural. Planteo este problema desde el análisis de Butler sobre “los nombres masculinos” porque permite recordar que, en este caso, afirmar a los sujetos como hombres limita, habilita y genera prohibiciones: “[c]onsideremos que ese nombre es una señal de un orden simbólico, un orden de la ley social, el

que legitima a los sujetos viables a través de la institución de la diferencia sexual y heterosexualidad” (Butler. 2010, p. 220).

Por otra parte, todo este acercamiento a la masculinidad también se ve reflejado en el estado del arte, en el interés, por un lado, de una idea de masculinidad alternativa y liberadora, y, por otro, de una tradicional y hegemónica, mediada por la paternidad y por las formas de transmitir la masculinidad de manera generacional. Por lo anterior, es necesario reflexionar sobre cómo estas transmisiones son reproducidas y “performadas” contextualmente por los sujetos.

Si bien este interés por comprender lo masculino no es algo nuevo en Latinoamérica, es importante dejar claro que con mi investigación busco (1) aportar a los estudios de las masculinidades desde una mirada feminista que tensiona la realidad de los sujetos desde sus prácticas performativas y excluyentes, (2) ahondar en los escenarios privados de los hombres y de su familia a partir de relatos biográficos, sus experiencias y procesos subjetivos, (3) identificar las Prácticas estereotipadas de la masculinidad en el contexto seleccionado, (4) caracterizar las tensiones en las mediaciones intergeneracionales en un contexto rural y una familia seleccionada, y (5) caracterizar las otras trayectorias de masculinidad que se pueden inscribir fuera de una lógica que concibe una sola forma de ejercer la masculinidad.

Estado del arte: ¿ Y qué se ha dicho sobre la masculinidad, la familia y educación emocional en el espacio rural?

Con el propósito de comprender las prácticas de masculinidad y las narrativas de estas en un contexto rural, y con el objetivo de caracterizar las tensiones que aparecen en el proceso, se propone situar la discusión en los estudios sobre las masculinidades. Para esto se tuvieron en cuenta los siguientes términos de búsqueda “masculinidades y educación emocional”, “nuevas masculinidades y educación emocional”, “masculinities and emotional education”, “paternidades y prácticas de crianza” y “masculinidades y paternidades en contextos rurales”⁷. Las

⁷ Este ejercicio es el resultado de un acercamiento a repositorios institucionales (Universidad de los Andes, Universidad Nacional., Universidad del Valle, Universidad Pedagógica, Cambridge University Press y CLACSO), bases de datos y buscadores académicos (Tesis Red, Jstor universitario, Scopus, Scielo, Redalyc, Google Scholar y Sage Journals). Se encontraron veintiseis investigaciones propias del campo de las Ciencias Sociales, los estudios culturales, los estudios de género, la psicología, trabajo social y la pedagogía: de estos, veintidós eran de habla hispana, dieciocho fueron ubicados en Colombia, dos en Barcelona, uno en España,

investigaciones que hacen parte de este estado del arte permiten ubicar cuál ha sido el abordaje conceptual de las categorías de la masculinidad, lo intergeneracional y su relación con el contexto rural desde diferentes enfoques; además, permite reconocer su relación con los estudios de género a partir de referentes, perspectivas y diferentes enfoques académicos.

Los estudios sobre las masculinidades se han referido en gran parte a la paternidad y su relación con los contextos familiares, un tema de interés para mi investigación, a partir de las siguientes cuatro tendencias, presento el rastreo: la “educación, las emociones y la transformación de los contextos familiares”, las “prácticas de crianza, tipos de padres, transmisión generacional y configuración de familias modernas”, el “género y masculinidades alternativas” y las “masculinidades y paternidades en contextos rurales”.

La educación, las emociones y la transformación de los contextos familiares.

En esta primera tendencia se ubican las investigaciones sobre los análisis pedagógicos y emocionales en favor de las transformaciones de los contextos familiares. En *Crianza y Educación en Colombia: 2006-2016*, Leydi Agudelo utiliza categorías como *educación, familia, cuidado y prácticas de crianza* para identificar la descripción de las prácticas de crianza y su relación con las Prácticas educativas en la escuela y la familia⁸. Para la autora, en el escenario del cuidado hay otros actores como los abuelos, los vecinos y los primos. Señala que la escuela es una institución que nace con el fin de proponer, remediar o controlar las problemáticas sociales que le rodean (Agudelo, 2017) y afirma que la familia está en una búsqueda constante de su papel en la crianza. Esta indagación concluye que la relación escuela y crianza no es una relación estática y vacía, sino que trae consigo diversos análisis, posturas y discursos, pues la ausencia de los padres no podrá ser ocupada por los amigos, los abuelos o los vecinos.

uno en Venezuela y dos en Chile por la importancia de sus aportes. Y cuatro de habla inglesa: Uno es ubicado en Australia, otro en Estados Unidos, otro en Holanda y otro en Canadá. En particular: siete tesis de maestría, cuatro artículos resultados de investigaciones documentales, tres capítulos de libro, dos tesis de doctorado, tres tesis de pregrado y siete artículos investigativos.

⁸ En la investigación se evidencia el análisis sobre la educación temprana, por la importancia de transformar la participación de la familia en los contextos escolares, en donde el cuidado es algo fundamental, con respecto a *las tres caras de la figura infantil*: [e]n esta reconfiguración contemporánea de la relación crianza-educación, emerge una figura de infancia con por lo menos tres “caras” que la describen, es decir, es posible evidenciar tres formas de concebir a la infancia que permiten unos modos particulares de relación entre el adulto y el niño. (Agudelo, 2017, p. 104). Según la autora: cara biológica, psicológica y jurídica.

Aymerich⁹ centra parte de su análisis en las emociones vinculadas con los celos de los estudiantes y en cómo estas están relacionadas con las relaciones con los *otros*, la familia, la pareja, la escuela, entre otros¹⁰. Uno de los resultados de la investigación fue que efectivamente uno de los determinantes de los condicionamientos emocionales de los estudiantes son los estilos educativos familiares, lo que se vincula con la hipótesis general: “la hostilidad está relacionada con los estilos: autoritario y autoritativo (...) proporcionando en edades tempranas formas de relación basadas en la desconfianza y en la falta de empatía” (Aymerich, 2016, p. 261).

Además, en *La Presencia de la Figura Masculina del Padre, con Relación a los Procesos de Crianza en los Niños y Niñas en la Escuela las Delicias en el Municipio de Sibaté – Cundinamarca*, David Mateus & Jhonny Villareal plantean la necesidad de transformar la participación de los padres en la escuela: “¿Cuál es la incidencia que tiene la figura masculina del padre en la crianza de los niños y niñas de la Escuela las Delicias en el municipio de Sibaté?” (Mateus, D & Villareal, J. , 2020). Esta investigación busca exaltar la importancia de la educación emocional en niños y niñas, no solo en la escuela sino también en los escenarios sociales más comunes, donde la ausencia emocional del padre se hace evidente —en el contexto estudiado por ellos—, lo que implica un análisis de las condiciones educativas tradicionales de los padres, entre otros fenómenos, en donde las madres son las que asumen todos los roles de la familia.¹¹

Los resultados de estas investigaciones muestran que la educación liberadora podría exceder las imposiciones tradicionales de las instituciones. Sustentada en los preceptos de Paulo Freire (2003), aparece como una educación dialógica que busca contribuir a la transformación de las masculinidades, con la premisa de que la violencia y el acoso son los efectos que trae consigo el

El objetivo general de esta investigación es: «analizar las relaciones existentes entre los aspectos individuales, familiares y escolares en la violencia, en adolescentes. Un análisis de la relación que tienen los diferentes estilos parentales de socialización familiar en el debut y mantenimiento de la emoción de celos, a la hora de explicar las conductas agresivas y de violencia de los estudiantes de educación secundaria» (Aymerich, 2016, p. 14)

o el *estilo autoritario*⁹, el *estilo autoritativo*, el *estilo indulgente* y el *estilo negligente*. En este contexto cabe resaltar que se presenta a la maternidad dentro un debate emergente.

¹⁰ Con respecto a los celos en el aula señala que las «chicas (...) son, con relación a los chicos, significativamente mucho más celosas y experimentan más miedo, tristeza, ira, vergüenza, culpa, afiliación y ansiedad que los varones» (Aymerich, 2016, pág. 261).

¹¹ Según los autores, “[p]or medio de la educación, la familia y la escuela se deben impulsar las habilidades positivas y particulares de cada sexo, así mismo, se tendrán que dirigir algunas tendencias naturales, incluso también transformar o eliminar aquellas que puedan obstaculizar o impedir un desarrollo ponderado de la personalidad de los niños” (Mateus, D & Villareal, J. , 2020, p. 26).

modelo hegemónico de masculinidad en la escuela y por el hecho de que estos deben ser combatidos con otro modelo educativo¹².

Prácticas de crianza, tipos de padres, transmisión generacional y configuración de familias modernas

En esta segunda tendencia se ubican las investigaciones que parten de la transmisión generacional de las prácticas de crianza, focalizadas en lo emocional y enmarcadas en el análisis de los diferentes tipos de paternidad y masculinidad en los espacios modernos.

En el artículo *Familias cambiantes, paternidades en crisis* (2013), Norman Moreno presenta una revisión documental en torno a la psicología y las Ciencias Sociales, por medio de los siguientes ejes temáticos: representaciones de género y paternidad, cambios en los roles y funciones parentales, relaciones parentales y problemas de conducta en los hijos y condiciones sociales que inciden en el ejercicio de la paternidad (Moreno Carmona, 2013). El autor se centra en “la familia como primer núcleo socializador de las nuevas generaciones, y confronta los planteamientos de las teorías, a veces desde el ideal, con lo que se puede encontrar realmente en la cotidianidad” (Moreno Carmona, 2013, pág. 178), y tuvo en cuenta a Mabel Cordini (2006), quien habla del papel de las familias, especialmente de las madres, en la construcción de la *resiliencia*.

En cuanto a las *representaciones sociales de paternidad*¹³, Norman Moreno señala que gran parte de los investigadores consultados evidencian que la “dificultad que viven los jóvenes de hoy al enfrentarse al modelo de paternidad adquirido a partir de la generación anterior y la actual demanda cambios esenciales en su identidad masculina y en sus prácticas paternas” (Moreno Carmona, 2013, p. 186)¹⁴. El autor propone el camino a la comprensión de los nuevos dilemas a

¹² Oriol, menciona que «algunas investigaciones demuestran es que las escuelas e institutos se reproducen desigualdades de género, generando en algunos casos situaciones de exclusión que se manifiestan en forma de homofobia o violencia de género» (Ríos O. , 2015, p. 492).

¹³ De hecho, la relación abuelo-padre que propone Moreno implicaría comprender la contradicción entre las propuestas educativas que ubican las emociones como eje central y las propuestas impregnadas por la tradición, que tienen como eje la autoridad y el castigo.

¹⁴ Por otro lado, en cuanto a los cambios de roles y funciones parentales, Moreno afirma que varias investigaciones coinciden en que la paternidad está en un proceso de transformación. “[e]n un contexto más amplio, un factor extrínseco que también ha jugado

los que se enfrentan los padres de las generaciones más recientes y, sobre las *relaciones parentales y problemas de conducta en los hijos*, muestra que los problemas de conducta han sido el tema más relevante, pues esta suele ir encaminada a las prácticas de crianza.

El abordaje de Moreno aporta a la comprensión del contexto de mi investigación e invita a revisar la transición entre las *familias cambiantes* y las denominadas *nuevas familias*, sin olvidar que existen factores culturales, tradicionales, sociales y económicos relacionados con las construcciones de las diferentes tipologías de familia.¹⁵

El texto *Pautas, creencias y prácticas de crianza relacionadas con el castigo y su transmisión generacional* de Sandra Pulido, Juliana Castro, Marlyn Peña y Paola Ariza indaga en “comprender las pautas de crianza, prácticas y creencias relacionadas con el castigo y transmitidas generacionalmente en cuatro familias de estrato dos residentes en el barrio Pañuelito de la localidad de Usaquén” (Pulido, S., Castro, J., Peña, M. & Ariza-Ramírez, D. P., 2013, p. 249). Para este análisis fueron utilizadas categorías como *pautas de crianza, transmisión generacional, castigo, creencias de crianza y aprendizaje social*. Uno de los resultados encontrados en el análisis fueron los niveles macro de socialización de corte *endocultural*¹⁶ y *acultural*, que influyen directamente en la trasmisión generacional.

Por otro lado, en el texto *Modelos mentales sobre las prácticas de crianza de algunos adultos significativos de la escuela normal superior*, Ruth Escobar, Luz Mery Santamaría & Luz Dary Llanos presentan los conceptos de *modelos mentales, prácticas de crianza y adulto significativo*, por medio de las categorías *vínculo afectivo, protección y cuidado y autoridad o estilo parental y*

un papel importante en el cambio del ejercicio de la paternidad es el factor económico” (Moreno Carmona, 2013, p. 191) Algunos otros problemas que aparecen en el análisis tienen que ver con el divorcio, los padres ausentes, las madres cabeza de hogar, el desempleo, el control de natalidad y la incursión de más mujeres al escenario laboral, lo que ha implicado una crisis que repercute en la estructura familiar tradicional.

¹⁵ En términos del autor: “[S]on múltiples los factores que inciden en el ejercicio de la paternidad y, particularmente, en la manera como las relaciones padres-hijos (...) Es por eso que se hace necesario considerar algunos elementos extrínsecos a la familia o que, por estar inmersa en determinado contexto, inciden en la dinámica familiar y en el proceso de desarrollo de los hijos. Temas como la educación, la situación económica, la violencia social y las migraciones, son condiciones que terminan decidiendo en más de un sentido las relaciones en muchas familias contemporáneas”. (Moreno Carmona, 2013, pág. 200). Lo que trae consigo los nuevos roles de padres, y afirma que la “conservación de una cultura tradicionalista hace pensar que el contexto iberoamericano no se ha dejado influenciar significativamente por las propuestas de cambio” (Moreno Carmona, 2013, p. 189).

¹⁶«En este caso, dichos procesos de enculturación y aculturación se vinculan fuertemente al paso de lo rural a lo urbano, y a los efectos que esto tiene sobre la transmisión generacional de los componentes de la crianza» (Pulido, S., Castro, J., Peña, M. & Ariza-Ramírez, D. P., 2013, p. 255)

*la ruptura con otras generaciones en cuanto al uso del castigo*¹⁷. Las prácticas de crianza de los *abuelos* aparecen como de autoridad y la de las *abuelas* como cuidadoras: “[I]a autoridad en la crianza es ejercida por el padre biológico y el abuelo; la abuela está encargada de la protección y el cuidado” (Santamaría, L.M. & Escobar R. & Llanos, L. D, 2009, p. 66), lo que se vincula con las propuestas de paternidad tradicional actual.

En el texto *Representaciones sociales de paternidad en un grupo de padres de familia de la Vereda la Aguja, del municipio de Ciénaga, Magdalena* de Gilberto Realpe Mena, se señala que las paternidades tienen diferentes representaciones sociales como el hecho de hablar de la existencia de *buenos padres o malos padres*. Los padres resultan mediados por su rol y son referentes de masculinidad y paternidad (Realpe Mena, 2019). La existencia de estos nuevos padres a su vez es “una forma distinta de asumir la maternidad y a la búsqueda de la igualdad en las relaciones de género impulsadas como un factor de lucha social” (Realpe Mena, 2019, p. 7).

Sobre *la tipología de padres en la población estudiada*, el autor encontró que existe una idealización del *buen padre*, heredada y construida por el contexto.

Asimismo, en el texto *Construcción de masculinidades igualitarias atractivas. La transmisión de valores a través de actos comunicativos en contextos*¹⁸ de Juan Carlos Peña Axl, se revisan los tipos de interacciones que “visibilizan masculinidades igualitarias y les atribuyen atractivo sexual —entre adolescentes, en contextos educativos y familiares— con el fin de identificar elementos de transmisión de valores que superen la problemática de la atracción a la violencia del modelo masculinidad hegemónica” (Peña Axt, 2013, p. 127).¹⁹

¹⁷ Las investigadoras “establecen que las pautas, las creencias y las prácticas de crianza, obedecen a patrones culturales. A esto no escapa el ejercicio de la autoridad, pues el modo como es asumida depende en gran medida del contexto y la tradición” (Santamaría, L.M. & Escobar R. & Llanos, L. D, 2009, p. 50).

¹⁸ Una de las categorías más desarrolladas en el trabajo es *hegemonic masculinity*, que representa a *la hegemonía tradicional*.¹⁸ Peña pone en escena la relación del concepto anterior con la *empashized feminity*, pues en “esta investigación se desarrollan unos patrones de comportamientos de chicos y de chicas dejando dos tipos de categorías muy importantes: “hegemonic masculinity” que es la masculinidad tradicional y “empashized feminity” que es una feminidad complaciente hacia los hombres” (Peña Axt, 2013, p. 56).

¹⁹ Cabe resaltar que este trabajo investigativo presenta un vínculo entre el lenguaje verbal y no verbal, por medio de la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas. Su metodología comunicativa crítica, se reconocen elementos que reproducen el modelo de masculinidad hegemónica y “al mismo tiempo (...) elementos que ayudan a superar las problemáticas causadas por este modelo y que ayuden a superar el modelo de masculinidad tradicional”. (Peña Axt, 2013, p. 124).

En los resultados se identificó que en los escenarios escolares existe un rechazo a las masculinidades hegemónicas, además de una disputa entre la masculinidad hegemónica-tradicional y las nuevas masculinidades. Peña identifica a la figura paterna como elemento reproductor de masculinidad tradicional (Peña, 2013, p. 241). En el caso de las madres, el autor encontró que ellas son las que pueden reproducir una transformación del modelo hegemónico masculino, pero con “los padres cuando se refieren a los hijos, la situación es totalmente opuesta, pues según cuentan los propios chicos, sus recomendaciones son de carácter totalmente machistas” (Peña Axt, 2013, p. 238)²⁰.

En el artículo *Nuevas masculinidades y cambio familiar: repensando el género, los hombres y el cuidado infantil* de Alexander Ospina García, se profundiza en “el cambio familiar con un grupo de hombres que deconstruyen las lógicas de cuidado infantil” (Ospina, 2020, p. 166). El autor presenta una reflexión teórico-práctica que subyace a la apuesta que se plantea dentro de la institución en el proyecto educativo. Las categorías utilizadas por el autor son *género, hombres, cuidado infantil, nuevas masculinidades y familia*. Ospina busca señalar la importancia de los estudios con respecto al papel del hombre en la construcción de familias y se concentra en la idea de que el cuidado se enmarca en la figura femenina.²¹ De igual forma se encontró que se hace un llamado a la reconfiguración de la figura masculina en los escenarios de cuidado del hogar²², lo que permite llegar a conclusiones como el problema de la disyunción que hay entre maternidades y paternidades, en un antes, un ahora y después de la llegada de un bebé y, finalmente, en la necesidad de seguir pensando al hombre como un actor activo del cuidado en el hogar.

En el texto *Proveer, cuidar y criar: evidencias, discursos y experiencias sobre paternidad en América Latina* de Florencia Herrera, Francisco Aguayo & Jael Goldsmith Weil se hace una revisión documental sobre los temas que emergen en América Latina, a partir de los análisis de la figura del hombre como padre y de su papel en los contextos familiares. Se destacan “las

²⁰ Además, se puede afirmar que en las interacciones entre jóvenes existen actos comunicativos que potencian a las nuevas masculinidades, pues existe una diferencia entre las que les dotan de atractivo sexual y entre las que no existen ninguna asignación de deseo y atractivo. (Peña, 2013, p.289)

²¹ Además, el autor presenta los análisis de Faur, Jelin y Esquivel, para plantear que: «Estas expectativas sociales implican una desigualdad importante entre hombres y mujeres en cuanto a sus oportunidades, actividades, logros y reconocimientos [...] de ahí que sea posible estudiar la organización y la estructura de las desigualdades sociales a través de la cuestión de la distribución social y las responsabilidades del cuidado». (Ospina, 2020, p. 171)

²² En este caso, una perspectiva de la “ética del cuidado” desde Gilligan, la importancia del “cuidado a la primera infancia” desde Shogan, y la reflexión del “otro” desde Viveros.

limitaciones en los roles disponibles para mujeres y la marginación de éstas en el mercado laboral, [pero] poco se ha escrito de cómo esta construcción del cuidado también limita las posibilidades para ejercer y vivir la paternidad” (Herrera, F., Aguayo, F., & Goldsmith, J, 2018, p. 6). Las categorías abordadas en este documento son la *paternidad*, el *maternalismo* y el *cuidado*²³, además, la separación entre el rol de ser padres y ser madres se ha planteado desde un enfoque biologicista.

En este contexto, las políticas referidas a la maternidad deben ser recontextualizadas²⁴. Uno de los planteamientos finales es que el cuidado debe tener más importancia social, que no debe haber una promoción sistemática de la familia heterosexual como modelo social y tampoco una promoción de la paternidad biológica como única opción.

En el artículo *Estudios de familia en clave de masculinidades. Estado de la discusión en Colombia* de Gabriela Gallego, se presentan los estudios de la familia y de las masculinidades como dos campos de discusión emergentes en Colombia. En este caso, aparecen tres ejes de discusión: *las representaciones de los hombres en la vida familiar y conyugal, relaciones de trabajo y familia y los estudios sobre paternidad*. En el caso de las *representaciones de los hombres en la vida familiar y conyugal* se señala la postura de Mara Viveros, mediada por la lógica del amor de los hombres y la tipología de varones. A su vez, Ange La Furcia presenta los comportamientos sexuales de las masculinidades y la migración de relaciones emocionales, además de las tipologías de masculinidades en los contextos colombianos.²⁵ Entre estas tipologías están las de la Costa Atlántica, en donde los hombres “en la mayoría de las situaciones, están ausentes de la trama doméstica, son visitantes ocasionales, proveedores genéticos, situación que deriva en una matrifocalidad donde las abuelas y otras mujeres juegan un papel central” (Gallego-Montes, 2018, p. 37).

²³ Los autores señalan que, según la CEPAL en el 2014, el «51,6% de las mujeres en Latinoamérica están en la casa y no trabajando remuneradamente y la principal razón es el cuidado de los hijos. En cambio, solo un 3,2% de hombres están en esa posición» (Herrera, F., Aguayo, F., & Goldsmith, J, 2018, p. 9)

²⁴ En cuanto a las paternidades las políticas deberían estar dirigidas a crear postnatales masculinos largos, además de buenos postnatales para las madres.

²⁵ En términos de la autora: “El modelo del cumplidor expuesto por Viveros, o de la masculinidad cachaca que relata Pineda, devienen hegemónica, una masculinidad blanca/mestiza de arraigo en la zona andina colombiana y que tiene otras acepciones como “buen padre”, “proveedor”, “padres presentes”, “esposos monogámicos” “hombres responsables” que exaltan a los hombres”. (Gallego-Montes, 2018, p. 37)

Género y masculinidades alternativas

En esta tercera tendencia se presentan investigaciones que toman en cuenta el género como categoría principal en las discusiones sobre las masculinidades. En el texto *“Hacerse Hombre”. Construcciones y reconstrucciones de la masculinidad* de Nixon Ferley Espejo Alarcón, se indaga en las relaciones de género y en las prácticas de los hombres relacionadas con su experiencia cultural y corporal. La investigación hace un análisis generacional entre padres e hijos en contextos geográficos determinados. El autor aborda las categorías de *nuevas masculinidades, identidad, contextos territoriales, clase y género, y ámbito familiar*, y señala que existen territorialidades diferenciadas que permiten o no desarrollar masculinidades *otras*²⁶. Señala que la muestra de afecto entre hombres quiebra su distancia emocional, al ocurrir en medio de la “borrachera”: “se ubican dentro del ámbito de lo invertido, confirmándose de este modo su prohibición” (Espejo Alarcón, 2015, p. 69). En el apartado. *Sexualidad y representaciones femeninas* se muestran cómo son las posturas de los jóvenes frente a la sexualidad y como perciben a las mujeres de su entorno.

Asimismo, el autor presenta que el barrio es un escenario de convergencia de diferentes masculinidades. La relación con pares conforma nuevas formas de relacionarse y separa a los jóvenes del escenario femenino. Los sectores populares ejercen su violencia individual a partir de sus contextos, quienes identifican su vulnerabilidad frente a otros ejercicios de violencia en el barrio (Espejo Alarcón, 2015). Su aproximación a la familia dota de conceptos a los jóvenes frente la definición de *hombre de verdad*. Para el autor, sobre el ámbito privado, la igualdad queda entredicha y los jóvenes que hacen parte de la investigación reconocen que es aceptable que:

[U]na mujer trabaje y sea una profesional exitosa, pero difícilmente se acepta que esta misma mujer consuma alcohol, pues lo primero, otorga un reconocimiento social, y lo segundo, a pesar de todo sigue poniendo en duda la dignidad de la mujer y el honor del hombre (Espejo Alarcón, 2015, p. 90).

²⁶ En el primer apartado del texto el autor hace una exploración de los territorios habitados por los jóvenes que hacen parte de la investigación, lo que lo llevó a determinar que «el ejercicio de la violencia no es necesariamente resultado de las condiciones de marginalidad que viven estos jóvenes se debe entender como un elemento por medio del cual se reafirma la masculinidad y se adquiere un capital simbólico» (Espejo Alarcón, 2015, pág. 30).

En el texto *Nací, soy y moriré como hombre, eso no tiene otra explicación: análisis de las representaciones sociales de las masculinidades de jóvenes progenitores en el departamento del Cesar* de Mario Duarte Orozco & Arcelia Escobar Brochero, se analiza el embarazo adolescente en una región que, estadísticamente, tiene un alto margen de pobreza. En el artículo se señala que en el Cesar el 20.6% de las mujeres entre los 15 y 19 años ya son madres. En relación con los efectos del embarazo del progenitor varón se evidencia un cambio en el proyecto de vida y una obligación de cambio de roles de paternidad y del ejercicio de masculinidad²⁷. Los objetivos centrales de la investigación se enfocan en el *modelo de familia, prototipo de hombre, los roles y atributos sociales* que estarán guiadas desde el análisis de *la masculinidad*.

En el artículo "*How Many Silences Are There?*" *men's experience of victimization in intimate partner relationships* de Carolyn Brooks, se aborda el problema de la violencia de género sobre el hombre en la actualidad, en Canadá, en la conformación de sus relaciones emocionales por la perpetuación de dicha violencia y por una interpretación social arbitraria de masculinidad. Se tienen en cuenta en este caso los factores que determinan cómo estos fenómenos se relacionan con la idea de una *masculinidad hegemónica* y con la noción de una nueva masculinidad. En el texto aparecen las siguientes categorías: la *IPV (Intimate Partner Violence)* - *violencia íntima de pareja, hegemonic masculinities (masculinidades hegemónicas)*, *male victimization (victimización masculina)* y *women's violence (violencia de la mujer)*; además, se establece un *vínculo entre crimen-violencia-masculinidad (crime-violence-masculinity)* con base en las aproximaciones de Melissa Corbally y Alesha Durfee. Asimismo, se señalan aspectos propios de la "*masculinidad hegemónica*" a través de las nociones de "*self-determined*" (*autodeterminación*), "*emotionless*" (*sin-emocionalidad*), "*rational(ism)*" (*racionalidad*) y "*control*" (*control*), en la perspectiva de Raewyn Connell. El texto plantea una narrativa prohibida (*forbidden narrative*) sobre la victimización masculina a través de los procesos de una IPV, que desarrolla Jacquelyn Allen-Collinson²⁸.

²⁷ «...en la región, las masculinidades y paternidades juveniles son un tema prácticamente desconocido, y doblemente invisibilizadas: a nivel gubernamental, en la medida que permanecen ausentes dentro de las agendas políticas y planes de desarrollo». (Duarte Orozco, M., & Escobar Brochero, A., 2015, p. 168)

²⁸ La autora afirma que la investigación esta guiada por un gendered discourse (discurso de género), sobre la base de que el tema de la IPV tiene que ver con un discurso de género con diferentes matices, lo cual que también es analizado por Alesha Durfee y Gilka Machado.

Por otro lado, en el texto de Rommel Rojas Rubio *¿Una cuestión de machos? Reproducción y exacerbación de las masculinidades de adolescentes en los Grupos Armados Ilegales del Conflicto Colombiano Entre 1999 – 2009*, se hace un análisis con un enfoque de género que permite comprender no solo por qué sino el *para qué* es necesario cambiar las estructuras hegemónicas en las *relaciones de poder* (Rojas Rubio, 2020). La pregunta central de esta investigación es ¿[c]ómo se reproducen y exacerban las masculinidades de los adolescentes durante su participación en los grupos armados ilegales en el conflicto colombiano entre los años 1999 y 2009? El autor utiliza categorías relacionadas con el *género*, el *poder* y las *relaciones de poder*, *relaciones de producción*, *relaciones emocionales*, *relaciones simbólicas*, *masculinidades* y la *subordinación histórica*, y señala como fuente principal a Pierre Bourdieu, quien afirma que la vida social puede favorecer la *subordinación*, las relaciones de poder en la familia y sus determinantes de clase. En cuanto al *género*, el autor retoma los planteamientos de Martha Lamas, en el sentido de que el género “ordena espacios diferenciados, tareas complementarias y actitudes distintas para cada sexo, y dificulta conceptualizar a las mujeres y los hombres como "iguales"... Es la cultura, no la biología, la responsable de las notorias diferencias que podemos constatar” (Rojas Rubio, 2020, p. 35); y se aproxima a Raewyn Connell, sobre el problema del *género*, con un enfoque que tiene en cuenta las *relaciones de poder*, *relaciones de producción*, *relaciones emocionales* y *relaciones simbólicas*²⁹. Para concluir, plantea que existe una reproducción y exacerbación de las masculinidades de hombres desvinculados a los grupos armados, que tienen una “vinculación al mundo laboral de manera precoz y en condiciones de explotación, abuso sexual, paternidad a edades tempranas, naturalización del discurso patriarcal como forma de reproducción social, pocos espacios de uso del tiempo libre, falta de oportunidades educativas” (Rojas Rubio, 2020, p. 46).

En el texto *Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos* de Juan Guillermo Figueroa & Josefina Franzoni, se formula la pregunta sobre ¿[c]uáles son los factores sociales, personales y familiares que inciden para que los hombres se conviertan en cuidadores sin retribución económica, ¿cómo cambia esto sus valores sobre la masculinidad y hasta qué punto las políticas públicas se transforman por esas

²⁹ El autor vincula el género con categorías «tales como clase, etnia, curso de vida, nivel educativo, ubicación (...) los procesos de marginalización y exclusión social de determinados grupos sociales, en especial, las mujeres, niños, niñas, adolescentes, adultos/adultas mayores y personas en situación de discapacidad» (Rojas Rubio, 2020, p. 38). En el caso de las masculinidades, de su definición, su articulación y su reproducción social, el autor aborda los planteamientos de Mara Viveros, Matthew Gutman, Laura Austrias, Hernando Muñoz y Joan Scott. (Rojas Rubio, 2020).

prácticas? Los autores parten de las relaciones sociales en México a partir de la irrupción de las mujeres al mundo laboral remunerado, que significó transformar los roles y la organización de funciones de la familia (Figueroa & Franzoni, 2011). En todos los casos, la familia de origen tenía una distribución social del trabajo, lo que generaba pautas de conducta en los hijos, una idea de hombre racional y una idea de mujer emocional³⁰.

Para finalizar, se tiene en cuenta el texto de José Olavarría *Los estudios sobre masculinidades en América Latina: Un punto de vista*, autor de referencia para las anteriores investigaciones. En este texto se presentan algunos estudios sobre las masculinidades por medio de una revisión documental.³¹

En la tendencia propuesta en la *vida familiar y trabajo*, se formula un panorama con base en Elizabeth Jelin, quien separa el lugar de trabajo y la vida familiar: “[e]l sistema de sexo/género que ha entrado en crisis es el que se estructuró a partir de la revolución industrial” (Figueroa & Franzoni, 2011, p. 92). Además, menciona que la organización del trabajo permitió separar la labores entre hombres y mujeres. Por otro lado, en la tendencia *Subjetividad e institucionalidad*, propone que el género está “profundamente asociado a la subjetividad e identidad de las personas, a cómo sentían y actuaban en cuanto hombres o mujeres, a lo que se estimaba era lo masculino y lo femenino” (Olavarría, José, 2003, p. 93). Para esto, se basó en las premisas de Mara Viveros y Norma Fuller. El autor es enfático en que cada década ha determinado una nueva crisis para la masculinidad, en términos de empoderamiento de las mujeres, desde lo sexual a lo laboral. De igual manera, afirma que existe un “debate entre posiciones conservadoras que tratan de mantener el orden tradicional, aunque sea con otra cara, y las posiciones progresistas que fomentan el desarrollo de la ciudadanía, la participación y la transparencia en un proceso democrático, está presente” (Olavarría, José, 2003, p. 95). En cuanto a la categoría de *paternidad*³² se evidencia que existen varias formas de ser padre y de asumir la paternidad.

³⁰ Así, entre mayor éxito económico mayor el reconocimiento social del hombre. Esa identidad de género se construye a lo largo de la vida de las personas y los códigos aprendidos del ser masculino se van ajustando según sea el ciclo de vida y el entorno social”. (Figueroa & Franzoni, 2011, p. 67)

³¹ Olavarría hace un recorrido teórico con base en los estudios de Robert [Raewyn] Connell (en este estado del Arte se encontrará en las investigaciones más actuales como Raewyn Connell) y como esta afirma que “es una crisis de las relaciones de género, que en el caso de los varones se estaría manifestando como crisis de la masculinidad” (Olavarría, José, 2003, p. 92).

³² “Se ha investigado sobre el significado que tiene para los hombres la paternidad, el lugar que ocupa en sus proyectos de vida, las dificultades que enfrentan y las modificaciones que perciben. Hay interesantes reflexiones sobre sus representaciones y

En conclusión, en la perspectiva de Olavarría los estudios de género deben tener en cuenta a las sociedades desde la subordinación, la inequidad y la diversidad, pero también porque no son ajenas a los movimientos de las macroeconomías: “[son un] importante instrumental conceptual de análisis, cuyo origen está en las ciencias sociales, para explicarse lo que sucede en el conjunto de nuestras sociedades” (Olavarría, José, 2003, p. 97).

Masculinidades y paternidades en Contextos Rurales

En esta cuarta tendencia se presentan investigaciones que tienen en cuenta la masculinidad y la paternidad como categoría principal en contextos rurales. En el artículo³³ de Angélica Rodríguez Abad *La Construcción Social de la Paternidad en Varones de Contextos Rurales de Morelos, México*³⁴, se evidencia las experiencias de paternidades de tres municipios del estado de Morelos en México, a través las transiciones de paternidad, la relación con sus parejas y la búsqueda de paternidades más participativas en el contexto social donde pertenecen. Los conceptos centrales que maneja la autora son *familia y paternidades*.

Rodríguez presenta un estado del arte que identifica el interés por reconocer la experiencia de los hombres y su relación con sus hijos e hijas, y afirma que para las investigaciones sobre paternidad en América Latina existen una multiplicidad de tipologías parentales. Salgado, citado por la autora, menciona que a pesar de que existen “avances, el tema de las paternidades necesita ser estudiado ampliamente, debido a que “durante algún tiempo hubo ausencia, marginación y negligencia en los estudios sobre los varones en el campo de la reproducción y ejercicio de la paternidad” (Rodríguez, 2019, p. 14), y del mismo modo en cuanto a la masculinidad.³⁵ Como

experiencias, las transformaciones en curso en la relación padre hijo y en el cuestionamiento a los discursos vigentes sobre masculinidad y paternidad desde los varones”. (Olavarría, José, 2003, p. 97)

³³ Este artículo tiene como fin presentar un análisis a partir de la caracterización de la paternidad tradicional a nuevas formas de ejercer la paternidad, las voces paternas de Morelos-México, las paternidades vividas con sus progenitores, los aprendizajes de cómo ejercer la paternidad a partir de los acuerdos, invitaciones y exigencias de las compañeras, vivencias y significados de la paternidad.

³⁴ Desde los análisis de las paternidades en México, se menciona que los primeros aportes se dieron desde la medicina y la psicología, seguidos de los estudios demográficos, la antropología, la sociología y la perspectiva de género. (Rodríguez, 2019)

³⁵ Es importante enfatizar que: él invita a reflexionar, indagar y cuestionar sobre las experiencias masculinas, así como también conocer los silencios, soledades, indefiniciones y complicidades de los propios varones, con el fin de caracterizar la construcción de las identidades de género, a partir de las trayectorias de vida de los hombres y el contacto con otras instituciones sociales, tales como la familia, la educación, la religión, los grupos de amigos/as, la pareja, entre otros. De esta forma, al recuperar experiencias,

conclusión general, la paternidad esta mediada por diferentes significados “que se caracteriza[n] por la experiencia del padre” (Rodríguez, 2019, p. 25).

La investigación de María Elena Villamil, *En búsqueda de un “trabajo a la sombra”: masculinidades rurales en el contexto neoliberal. El caso de la vereda El Cerro, Municipio de Sardinata, Norte de Santander*, aporta elementos al concepto de nuevas paternidades y visibiliza las premisas que hay sobre la migración. Viveros, Gutmann, Fuller, Puyana, Valdes y Olivarría, coinciden en la hipótesis de que el “acelerado proceso de migración campo-ciudad (...) [es] uno de los principales artífices de los cambios acaecidos en las relaciones de género (Colombia, México, Perú, Chile)” (Villamin, 2013, p. 13). Las categorías de análisis que maneja la autora son masculinidad, identidad, condiciones rurales, cambio social rural y relaciones de género, con las que explora las diferencias generacionales, las dimensiones de la construcción identitaria y la relación de los efectos socioeconómicos en el significado de ser hombre.

La autora concluye que el mundo rural no es homogéneo, que lo económico entra en interacción con lo étnico, geográfico, social y de género y que las migraciones de campo-ciudad están muy lejos de desaparecer debido a la precarización de la “economía campesina”, lo que implica que lo educativo rompe las dinámicas de género que han sido establecidas y normalizadas. Los relatos de los jóvenes expresan la necesidad de movilidad entre el campo y la ciudad para poder formar una familia y cómo el contexto afecta la tipología de paternidad que se pueda encontrar. Para finalizar, la autora invita a seguir explorando la heterosexualidad como “norma” en los escenarios rurales.

En relación con el texto anterior, en el contexto colombiano, se tiene en cuenta la tesis de maestría de Andrés Mauricio Cano Rodas (2013), *Cambios y significados de la paternidad en tres generaciones*³⁶; desde categorías tales como la paternidad, la masculinidad, la afectividad, la autoridad y lo intergeneracional cundiboyacense. Esta analiza los significados de paternidad en tres generaciones, con base en el relato de vida del abuelo, del hijo y del nieto, donde “la paternidad es un concepto cambiante y a su vez una construcción cultural”. Con base en la entrevista a

vivencias y significados de los varones como sujetos de investigación, se manifestó la posibilidad ampliar el panorama sobre los estudios género, del espacio doméstico, de las relaciones de género en las familias, de las paternidades y de las masculinidades. (Rodríguez, 2019).

³⁶ Es importante mencionar que esta investigación es un aporte muy significativo para mi propuesta investigativa, desde su corte metodológico y su misma enunciación.

diecinueve hombres y dos mujeres, esta investigación se divide a partir del análisis de la paternidad desde la Masculinidad, el análisis de la paternidad desde la afectividad y sus expresiones, y el análisis de la paternidad desde la autoridad y el poder. Como resultado, el autor evidencia que en este contexto aparece gradualmente una “nueva paternidad”, pero que también siguen “prevaleciendo elementos de la tradición”.

Análogamente, se tiene en cuenta el trabajo del colectivo Hombres y Masculinidades, *Nuevas Masculinidades y Femenidades Rurales. Una experiencia en el caribe colombiano* (2017), que parte de la mirada de hombres y mujeres de la costa norte del país desde diferentes expresiones culturales en la época de posconflicto. Este proyecto reflexiona sobre el género relacional y generacional, y hace una propuesta pedagógica de la transformación por medio de categorías de análisis como “sistema patriarcal de género”, “nuevas masculinidades”, “masculinidades”, “femenidades alternativas y liberadoras”, “pensamiento sur” y “educación popular”.

Es necesario resaltar que este proyecto parte de la idea de lo difícil que es en un país afectado por la violencia formar masculinidades y feminidades liberadoras, pues son muchas las “generaciones que han crecido en condiciones de injusticia social y en este terreno, además, un sistema de género como el patriarcado ha permeado la crianza, la socialización, las relaciones, la sexualidad, la institucionalidad, esto es, a toda la cultura” (Arroyabe & Martínez, 2017, p. 10)³⁷. Entre sus logros está el hecho de que los hombres hicieron una relectura de su masculinidad y las mujeres se pensaron desde sus derechos al dimensionar la violencia de género; en cuanto a lo pedagógico, a partir de la “caja de herramientas”, lograron una interacción con los campesinos fuera de la estructura de una educación tradicional. Las recomendaciones de este proyecto son la necesidad de una inclusión en los procesos organizativos de las apuestas de género relacional-generacional, el re-pensamiento de las paternidades, la promoción del enfoque étnico, el planteamiento de nuevas masculinidades para un país en paz, la aplicación de pedagogías corpo-

³⁷ Este trabajo se da con organizaciones campesinas e indígenas y tiene una metodología “corpo-emocional por ser más cercana a los modos del conocer humano (aprender haciendo)” (Arroyabe & Martínez, 2017, p. 34). Asociación de Productores Indígenas de San Antonio de Palmito, ASPROINPAL, departamento de Sucre; Asociación de Productores Agropecuarios Alternativos del Resguardo Indígena Zenú de San Pedro Alcántara de la Sabaneta, APRALSA, municipios de Momil y Purísima, departamento de Córdoba; Cooperativa de Apicultores Indígenas Zenú, COOAPINZENÚ, San Andrés de Sotavento, departamento de Córdoba. (Desde 2015 decide ser asociación y denominarse APINZENÚ); Asociación de Mujeres el Progreso de San Jaime, Los Palmitos. ASOMUPROSÁN, departamento de Sucre; Asociación de Colosó, AMUCOL, departamento de Sucre; Asociación Nueva Esperanza, vereda Cañito, Los Palmitos, departamento de Sucre.

emocionales, la puesta en escena de un pensamiento del sur y el fomento de la prevención y la promoción del Estado para lograr políticas de género relacionadas con la paz.

En la búsqueda de la masculinidad relacionada con lo rural, además de las cuatro investigaciones anteriores en América Latina y Colombia, se encuentra un artículo de una investigación en el espacio rural noruego titulado *Rural masculinities and fathering practices* de Berit Brandth, quien a partir de las categorías de “masculinities”, “rural”, “farm fathers” y “generational change” analiza cómo las masculinidades rurales son construidas a partir del ejercicio de la paternidad. Esta observación fue propuesta a partir del análisis de las entrevistas de dos generaciones de una misma familia, lo que sitúa la investigación en lo “multigeneracional” (multigenerational)³⁸ y a la perspectiva de género en lo “interseccional” (intersectional)³⁹. Además, la autora enfatiza en el hecho de que la “[m]asculinity was connected with outdoor work, femininity with that done indoors. This spatial pattern confirmed the rather fixed division of labour” (Brandth, 2015, p. 442).

40.

En concordancia con lo anterior, la autora concluye que lo generacional está marcado por lo laboral, en torno al trabajo agrícola, que se integra a las nuevas generaciones: los trabajos exteriores e interiores de los espacios rurales deben ser compartidos. Asimismo, Brandth, menciona que los hombres, al estar integrados a las labores del hogar, generan nuevas paternidades que se alejan de la masculinidad rural hegemónica, pues asumen responsabilidades frente la crianza de los niños. Para finalizar, es importante señalar cómo esta investigación exalta las narrativas de las relaciones de padre-hijo y las muestra desde su complejidad, relaciones que tienen bases tradicionales, pero también cambios estructurales por las nuevas propuestas de paternidad.

Sobre esta tendencia es importante aclarar que los trabajos que se analizaron fueron los que tenían más relación con mis intereses investigativos. Estos, en particular, invitan a pensar la masculinidad en los espacios rurales con los componentes de la categoría, tales como el género, lo

³⁸ “Evidently, fathering practices have changed from the older generation to the next. When it came to bringing children to work in the barn, the younger generation of fathers remembered what it was like when they were growing up, and contrasted it to the situation today” (Brandth, 2015, p. 441)

³⁹ “Another advantage of an intersectional approach is that, while multicategorical analysis captures a plurality of practices and identities, there are also noticeably hegemonic ones, for instance those that derive from patrilineal inheritance and property ownership and signal belonging to the land and agricultural heritage (Bryant and Pini, 2011, 147). (Brandth, 2015, p. 438)

⁴⁰ Una de las conclusiones vinculadas con la perspectiva de género fue sobre lo relacional: [t]here seems to be no dissonance between identities, but rather a gradual widening of the repertoire of fathering practices. It is significant that the current fathers seldom confirm their identities by referring to their differences from or similarities to women and femininity. (Brandth, 2015, p. 446).

generacional, el contexto familiar y las tensiones específicas de los contextos; además, esta tendencia es la que dispone de menos bibliografía en comparación de las anteriores tres tendencias.

Balance general

Este estado del arte pone en escena las discusiones en torno a las masculinidades, principalmente en el entorno familiar y en las transmisiones generacionales desde lo parental, lo que me invita a reflexionar sobre las transmisiones y los diálogos intergeneracionales vinculados con las prácticas de masculinidad más allá de la figura paterna, de las tipologías de paternidades, de las prácticas de crianza, no solo en el plano de lo familiar, y de la educación parental; esto a su vez permite comprender cómo se construyen esas identidades múltiples de masculinidad. Es importante señalar que en sus resultados estas investigaciones presentan indirectamente la necesidad de pensar otras formas de masculinidad, con el fin de superar la idea de una “masculinidad hegemónica” que ha estado presente en la historia de las familias.

En cuanto a lo rural, se evidencia que es de vital importancia pensar este contexto desde la relación generacional, con base en cómo los padres son los que involucran en el trabajo de la tierra a sus hijos y construyen una idea de su masculinidad, lo que supone revisar las transmisiones, los agenciamientos y los acuerdos y desacuerdos. Si bien estas investigaciones tienen diferentes enfoques, nos proponen pensar el contexto antes que homogeneizar el espacio y sus identidades. Conjuntamente, lo generacional es un componente que no se puede dejar de lado en los contextos sociales, por lo que la mayoría de las investigaciones lo retoman para comprender las tensiones entre generaciones y para identificar cuáles son las prácticas que siguen vigentes.

El acercamiento a las investigaciones me permitió aclarar el enfoque teórico y puntualizar en que es necesario hacer un análisis sobre las prácticas de masculinidad, más allá de la paternidad en los contextos familiares; además, me permitió comprender que este tipo de temáticas están sujetas a cambios en los contextos, por las tensiones que intervienen en la experiencia de los sujetos en espacios colectivos como el rural, que ha sido estereotipado y desligado de su realidad. Así, pude enfocar el problema con base en la idea del contexto rural, en la necesidad de seguir

explorando su relación con las construcciones de masculinidad y en su articulación con lo generacional.

Además, este rastreo me implicó no solo el planteamiento del problema, sino la necesidad de seguir escudriñando en los espacios privados de la masculinidad, en torno a la narración de las realidades de los sujetos y por el hecho de que estos análisis han tenido gran acogida, pues permiten comprender las subjetividades de quienes han sido históricamente portadores de mandatos de violencia.

Apartado Conceptual

Lo performativo: la trayectoria de la masculinidad en un contexto familiar rural.

En este apartado planteo la propuesta conceptual de mi investigación, que está dividida en tres secciones ordenadas desde las categorías centrales y que tienen un enlace con el análisis propio del trabajo; es importante enfatizar que cada una de las categorías tiene funciones específicas en lo analítico, lo metodológico y lo contextual.

En primer lugar, por medio de un acercamiento conceptual presento la categoría central de *género* y desde el feminismo, ubico algunas propuestas teóricas que me permitirán enfocar el análisis. Es importante enfatizar que no pretendo hacer un análisis de género sino uno que aborde las prácticas de masculinidad desde la óptica posestructuralista de Judith Butler, presente en el apartado analítico; con base en esto, los conceptos centrales serán “iterabilidad” (Butler, 2020), “exclusión” (Butler, 2020), “Prácticas performativas” (Butler, 2020) y “género melancólico” (Butler, 2018).

En segundo lugar, abordo la categoría de *lo generacional*, fundamental para la metodología, la elaboración investigativa y conceptual de Henao, Lamprea y Rojas (2015) y su diálogo con Margaret Mead (2019), y Julio Aróstegui (2004), con base en el problema de lo generacional y de su función en el espectro social. Esta categoría abre el panorama a la discusión de la configuración en torno a la masculinidad desde el diálogo generacional; asimismo, en este contexto, es de vital

importancia pensar en la *desidentificación*, concepto propuesto por Constanza Mendoza (2013), que posibilita un enlace entre la *exclusión* (Butler, 2020), en términos de la performatividad, y la *desidentificación* (Mendoza, 2013) en los diálogos generacionales (Mead, 2019; Arósteguí, 2004, Henao, Lamprea y Rojas (2015), con la idea de la familia que presenta Elizabeth Jelin (2010).

En tercer lugar, presento la categoría de *lo rural*, vital para comprender el contexto en donde habita la familia que participa en la investigación; para esto, me apoyo en Matijasevic (2015), quien da un panorama sobre el desprecio al campesino y sobre la necesidad de ver lo rural en la perspectiva de la confrontación y de la transformación; esta categoría focaliza el discurso en las prácticas de masculinidad que se dan en el espacio rural y en cómo estas difieren de las urbanas, a partir de la iterabilidad (Butler, 2020) de las costumbres. Planteado así el ejercicio, justifico la decisión metodológica de elegir una familia y no varias, con base en el hecho de que el espacio rural no es estático y de que no busco presentar una tipología de masculinidad en lo rural, sino analizar cuáles son las prácticas de masculinidad y cuál es su transmisión generacional en un espacio familiar rural.

La Masculinidad como Experiencia Performativa de Género

Pensar en los procesos de conceptualización del género⁴¹ implica revisar el proceso histórico de los discursos creados a partir del concepto⁴². A su vez, implica reflexionar cómo las Ciencias Sociales lo han pensado para interpretar las dimensiones sociales de los sujetos. Esta búsqueda de definir o redefinir lo que es el «género» se ha conectado con los enunciados de ser «mujer» u «hombre» en una sociedad que ha estado permeada por una tradición heterosexual y binaria.

Para iniciar, en los años 70 del siglo XX encontramos a Simone de Beauvoir, quien señala el sexo/género⁴³ como una categoría que permite al feminismo «comprender» y «develar» el funcionamiento del sexismo, pero también cómo este permitió y ha permitido la vulneración y la

⁴¹ «la categoría de género obliga como tematización importante, a repensar también lo masculino al incorporar al varón como sujeto de estudio, lo que pasa ineludiblemente por analizar y repensar la masculinidad en términos de masculinidades, la función paterna, el machismo, “el derecho a la ternura” etc. (En torno a esta temática hay toda una veta de investigación en las ciencias sociales que cobra eco en los estudios de género realizados tanto por mujeres como por hombres)» (Samudio, 2005).

⁴² «El género es más que una categoría, es una teoría amplia que abarca categorías, hipótesis, interpretaciones y conocimientos relativos al conjunto de fenómenos históricos» (Lagarde, 2018, p. 28).

⁴³ «Simone de Beauvoir corresponde a su obra clave *El segundo sexo*, escrita durante los años 1948-49. Entonces no se hablaba todavía de “género” pero a la luz de las consideraciones anteriores podemos decir que la filósofa existencialista utiliza la categoría de género *avant la lettre*, a la que distingue del dato biológico del “sexo”» (Osborne, Raquel & Molina Petit, Cristina, 2008, p. 150).

violencia estructural contra las mujeres a través de la historia. Esta forma de concebir el sexo/género expone los roles en los que están inscritos los hombres «machos humanos» y las mujeres «hembras humanas» a partir de su condición biológica y simbólica, condiciones criticadas por la autora: «No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana» (De Beauvoir, Ed. 2013, p. 207).

La autora reflexiona sobre la normatividad de la construcción binaria social y cultural de los sexos. Su crítica se funda en el cómo se da la comprensión de la edificación de la feminidad a partir de unos cimientos culturales. Cabe resaltar que una de las bases de la distinción de lo sexual, asociada con la «matriz heterosexual», categoría señalada posteriormente por Judith Butler, está en pensar que existe una diferencia sustancial entre el género que se estipula en función de lo biológico y el género que envuelve las connotaciones culturales de una sociedad, en donde las implicaciones de ser mujer difieren de una sociedad a otra.

Lo anterior permite dimensionar las primeras formas de aproximación al «género» como categoría de análisis social, que no solo tiene que ver con los análisis de la mujer en sociedad ni con las consecuencias de regirse a dicha sociedad. Es por esto por lo que, cuando nos remitimos a la autora, podemos entrever también la percepción de lo masculino, a partir, del ámbito crítico, académico, social y cultural.

Auguste Comte reclama también la jerarquía de los sexos; existen entre ellos «diferencias radicales, físicas y morales a la vez, que, en todas las especies animales, y sobre todo en la raza humana, los separan profundamente». La feminidad es una especie de «infancia continua» que aleja a la mujer del «tipo ideal de la raza». Ese infantilismo biológico se traduce en una debilidad intelectual; el papel de ese ser puramente afectivo es el de esposa y ama de casa; no podría competir con el hombre: «ni la dirección ni la educación le convienen». Como en el caso de Bonald, la mujer está confinada a la familia, y, en esta sociedad en miniatura, el padre gobierna, porque la mujer es «incapaz de todo gobierno, incluso del doméstico»; administra solamente y aconseja (De Beauvoir, Ed. 2013, p. 101).

Seguida De Beauvoir, la escritora Kate Millett aborda la categoría de «política sexual» por la profundidad de la presencia del «patriarcado» en la institución familia. La autora señala que «el sexo es una categoría social impregnada de política» (Millett, Ed. 1995, p. 68), lo que lo ubica en

el mismo nivel de la «clase» y de la «raza». Pensar el sexo/género de este modo permite vislumbrar la forma en la que se ha categorizado al sujeto a partir de lo político, económico, psicológico, educativo, sociológico, antropológico e histórico. Para la autora, es importante buscar otras formas de análisis que permitan revisar a profundidad la realidad de los sexos y cómo estos aparecen en la vida cotidiana:

Asimismo, un examen objetivo de nuestras costumbres sexuales pone de manifiesto que constituyen, y han constituido en el transcurso de la historia, un claro ejemplo de ese fenómeno que Max Weber denominó *Herrschaft*, es decir, relación de dominio y subordinación. En nuestro orden social, apenas se discute y, en casos frecuentes, ni siquiera se reconoce (pese a ser una institución) la prioridad natural del macho sobre la hembra (Millet, Ed. 1995, pp. 69-70).

Este problema se enmarca así en lo «natural», lo «biológico», lo «político» y lo «patriarcal», y es asumido por el feminismo con el fin de fomentar otros diálogos sobre las realidades sociales que subyacen a las prácticas del “ser” humano en sociedad. En este sentido, Teresita Barbieri afirma que es fundamental pasar de la concepción de *sexo/género a género/sexo*, pues la categoría sexo se refiere a lo «anatómico y fisiológico de las ciencias biológicas (...) [y] el género es el sexo socialmente construido» (Barbieri, 1993, p. 149).

La autora, señala que uno de los errores de quienes utilizan la categoría es pensar que esta solo puede ser utilizada para reflexionar sobre la mujer en sociedad, lo que limita las posibilidades de agenciamiento de «otros» que hacen parte de la configuración del género⁴⁴.

En los años 90 del siglo XX, Marcela Lagarde tiene en cuenta el recorrido histórico del concepto y vuelve sobre el pensamiento de las autoras mencionadas. Para la autora, la noción de género no puede ser reduccionista⁴⁵: «las mujeres y los hombres, así constituidos, son comparados entre sí por su incidencia en el mundo, como si tuvieran las mismas condiciones objetivas y subjetivas, y

⁴⁴ «[E]s frecuente en publicaciones e investigaciones históricas hablar de "género e historia", cuando en realidad son estudios de historia de mujeres (...) Lo anterior no quiere decir que tanto las investigaciones macrosociales como las históricas, los estudios de caso, etc., que describen en un momento determinado aspectos de las condiciones de vida de las mujeres o de las mujeres y de los varones no sean útiles, correctas y necesarias. Pero la categoría género es algo más y requiere de dar espacio a la búsqueda de sentido del comportamiento de varones y mujeres como seres socialmente sexuados» (Barbieri, 1993, p. 151).

⁴⁵ «Las múltiples distorsiones de la perspectiva de género provienen también de su uso exclusivo para analizar a las mujeres y desarrollar programas con ellas, aun cuando la teoría de género permite analizar, comprender y develar a los hombres. El contenido relacional de la teoría de género es omitido, así como su definición histórica y los contenidos de género de la sociedad, el Estado y la cultura» (Lagarde, 2018, p. 26).

como si fueran iguales» (Lagarde, 2018, p. 60). De igual forma, afirma que la idea de lo «binario» ha sido naturalizada y relacionada con el pensamiento cristiano, como una «concepción híbrida religiosa creacionista y científica naturalista» (Lagarde, 2018, p. 40) que queda enmarcada en el «mito científico», que a su vez desnaturaliza la variedad «genérica» que se da en la sociedad.

Lagarde recupera la categoría de «cuerpo vivido» de Simone De Beauvoir, quien habla de la experiencia histórica de los cuerpos⁴⁶, es decir, el *género asentado en el cuerpo*. La autora resalta que los cuerpos no son solo productos biológicos, sino que cada sociedad organiza las corporeidades: «[c]ada orden de géneros desarrolla su particular política corporal destinada a crear los cuerpos que requiere: son cuerpos históricos, cuerpos contruidos, semejantes sólo en apariencia a los de otras latitudes» (Lagarde, 2018, p. 63). El análisis del cuerpo también permitirá una comprensión de los sujetos y los géneros en el siglo XX, con autoras que incursionan en la defensa teórica de quienes están fuera del espectro social binario. Así, la autora busca continuar la construcción de la perspectiva de género, lo que permite comprender y combatir las prácticas *inhumanas* y de *opresión* que mantienen en *cautiverio* a las mujeres.

En el escenario antropológico, Rita Laura Segato⁴⁷ menciona que los estudios poscoloniales han dialogado con la categoría de género para analizar la subalternidad y la subordinación de los sujetos y las culturas. La autora afirma que a pesar de la lectura “tradicional” del concepto de género, donde se relaciona a las mujeres con el concepto, este «en verdad trata de una estructura de relaciones, por lo cual habla de todos, mientras provee una gran metáfora de todas las formas de subordinación voluntaria, además de que nos permite referirnos a otras disposiciones jerárquicas en la sociedad, otras formas de sujeción» (Segato, Ed. 2010, p. 54). Asimismo, señala que los *géneros* no son observables, sino que son «el registro en el cual nos instalamos al ingresar en una escena, en una trama de relaciones» (Segato, Ed. 2010, p. 56). Es importante aclarar que en este punto se empieza a hablar de la abstracción que puede tener el concepto más allá de lo binario,

⁴⁶ «Es posible considerar que hoy la mayor tensión dentro de los estudios del cuerpo se da entre la consideración de éste como una construcción moldeada por el lenguaje y las representaciones y el intento por recuperar la experiencia vivida de los sujetos. Esto sin dejar de lado que la tensión entre el esencialismo biológico y de la relativización cultural de la biología sigue estando presente. Continúan creciendo estudios que abordan la corporalidad desde la filosofía de la mente y la neurobiología, o estudios arqueológicos que abordan el cuerpo como una entidad orgánica que se reviste con la cultura» (Pineda, 2015, p. 6).

⁴⁷ En los trabajos etnográficos de la autora se encuentra un diálogo directo con la categoría de «masculinidad» y cómo esta puede ser interpretada de diferentes formas según la cultura que lo practique, sin desvincular la idea de dominación jerarquía que acompaña la idea de ser hombre.

esto último como algo impuesto y profundizado en relación con las diferencias entre el «sexo» y el «género».

A partir de lo anterior, la autora presenta la postura de Gayle Rubin, quien reflexiona a partir de la «matriz sexo-género», definida también como matriz heterosexual, categoría que también maneja la autora Judith Butler: «la matriz primigenia del poder, el primer registro o inscripción de la relación poder/sujeción en la experiencia social y en la vida del sujeto» (Segato, Ed. 2010, p. 62). Esto permite ver que el concepto va ligado a los discursos patriarcales, pues, como lo afirma la autora, *el patriarcado es una gramática*⁴⁸, una que, si bien tiene múltiples combinaciones, se define por lo binario en el momento en el que la familia es la *primera escena* a la que se enfrenta el sujeto en la sociedad. Este escenario obedece a una lógica ya estructurada e institucionalizada sobre la forma de ser hombre y de ser mujer, lo que limita los imaginarios sobre el género.

Es importante resaltar que Segato dialoga con Teresa Laurentis y Judith Butler a través de la conceptualización del género binario y desde el sentido de “otros sujetos”. En el caso de Laurentis, menciona que el concepto tiene un tono ambiguo:

For in the sex-gender system (which I prefer to call gender tout court in order to retain the ambiguity of the term, which makes it eminently susceptible to the grasp of ideology, as well as deconstruction) is a set of social relations obtaining throughout social existence, then gender is indeed a primary instance of ideology, and obviously not only for women. Furthermore, that is so regardless of whether particular individuals see themselves primarily defined (and oppressed) by gender (Laurentis, 1987, p. 9).

El concepto no tiene una sola definición y esto supone otra forma de concebir la enunciación de los sujetos. La autora hace hincapié en el hecho de que *el género no es una propiedad de los cuerpos* «gender is not a property of bodies». El género, además de ser ambiguo, es un producto y un resultado social que tiene implicaciones en la vida material. Para la autora, este problema se da en el contexto de Occidente y se extiende en diferentes lugares de la sociedad (Laurentis, 1987).

⁴⁸ «El patriarcado es una gramática; las combinaciones de elementos léxicos que organiza son ilimitadas. Cualquiera que sea el conjunto de trazos que vengan a encarnar cultural y socialmente la imagen de lo femenino -o femeninos- y de lo masculino -o masculinos- en una cultura particular, la estructura básica que articula el par de términos masculino/femenino, donde el primero se comporta como sujeto de habla y entra activamente en el ámbito público de los trueques de signos y objetos, y el segundo participa como objeto/signo, permanece en el nudo central de la ideología que organiza las relaciones de género como relaciones de poder» (Segato, Ed. 2010, p. 64)

A partir de su lectura de Michel Foucault⁴⁹, propone la categoría de *tecnologías de género*, evidenciado en diferentes espacios de reproducción discursiva en la sociedad: «[t]he construction of gender goes on today through the various technologies of gender (e.g., cinema) and institutional discourses (e.g., theory) with power to control the field of social meaning and thus produce, promote, and "implant" representations of gender» (Laurentis, 1987, p. 18).

La autora afirma que estas representaciones de género, ligadas a la noción de lo “sexual”, promueven una forma de ser hombre o mujer. El problema de las nociones está en la carga conservadora que elimina otras formas de percibir lo masculino, fuera del canon patriarcal:

[T]he problem in the notion of sexual difference(s), its conservative force limiting and working against the effort to rethink its very representations. I believe that to envision gender (men and women) otherwise, and to (re)construct it in terms other than those dictated by the patriarchal contract, we must walk out of the male-centered frame of reference in which gender and sexuality are (re)produced by the discourse of male sexuality, as Luke Iriagaray has so well written it, of hom(m)osexuality (Laurentis, 1987, p. 17).

Esto puede ser respaldado y definido con mayor profundidad por Judith Butler, quien pone en cuestión los conceptos de *género*, la *matriz heterosexual*, el *cuerpo* y lo *Queer*. Sobre el género, la autora propone que el *género es performativo*⁵⁰, y al serlo permite comprender cómo las normas de regulación tienen efecto en las formas que reproducen las nociones de “género”. Para la autora, el “sexo” también está construido igual que el género, «[a]firmar que el sexo ya está "generizado", que ya está construido, no explica todavía de qué modo se produce forzosamente la "materialidad" del sexo» (Butler, 2002, p. 15). Esto, pone en cuestión las connotaciones del concepto.

Para la autora, la *matriz heterosexual* es la que exterioriza la binariedad. Pone en cuestión que algunas corrientes feministas reproducen dicha matriz, en la que solo se dimensiona la idea de la mujer o el hombre como únicas posibilidades para pensar el “género”, sin una posibilidad de interpretación y como una construcción que se impone sobre la materialidad del cuerpo, como *un*

⁴⁹ “Like sexuality, we might then say, gender is not a property of bodies or something originally existent in human beings, but "the set of effects produced in bodies, behaviors, and social relations," in Foucault's words, by the deployment of a complex political technology” (Laurentis, 1987, p. 3)

⁵⁰«[P]erformatividad debe entenderse, no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra. Lo que, según espero, quedará claramente manifiesto en lo que sigue es que las normas reguladoras del "sexo" obran de una manera performativa» (Butler, 2002, p. 18).

sexo ya determinado: «El "sexo" no es pues sencillamente algo que uno tiene o una descripción estática de lo que uno es: será una de las normas mediante las cuales ese "uno" puede llegar a ser viable, esa norma que califica un cuerpo para toda la vida dentro de la esfera de la inteligibilidad cultural» (Butler, 2002, p. 19).

Si bien el análisis de Butler complejiza el concepto y lo coloca nuevamente en la palestra pública, también agencia a quienes no hacen parte de la matriz heterosexual, a los denominados «raros». Estos, al asumir actos performativos, tienen la posibilidad de alterar los discursos instaurados como normativos: esas fugas implican otras formas de concebir el género y de ubicarlo en relación con el cuerpo, el sexo y el deseo. Además, el cuerpo aparece como una noción principal para comprender la estructuración normativa de los roles, porque, así como existe la binariedad, existen otras formas de feminidad y masculinidad que pueden dislocar las normas hegemónicas del género:

El cuerpo que es la razón desmaterializa los cuerpos que no pueden representar adecuadamente a la razón o sus réplicas; sin embargo, ésta es una figura en crisis, porque este cuerpo de razón es en sí mismo la desmaterialización fantasmática de la masculinidad, que requiere que las mujeres, los esclavos, los niños y los animales sean el cuerpo, realicen las funciones corporales, lo que él no realizará. (Butler, 2002, p. 86)

Se podría decir que la masculinidad hegemónica puede ser subvertida y puede dejar de ser materializada, tal como se ha normalizado y preformado por quienes se encuentran dentro y fuera de la matriz hegemónica heterosexual. Para finalizar, es por este abordaje del concepto del género que podemos pensar de otro modo en las masculinidades: en su comprensión, su subversión y otras formas de agenciamiento; pero también en cómo podemos pensar en la raíz de las grafías de ser mujer y de ser hombre en el entorno hegemónico patriarcal.

Afirmar que el género es una norma no es lo mismo que decir que hay visiones normativas de la feminidad y de la masculinidad, aunque claramente existan dichas visiones normativas. El género no es exactamente lo que uno «es» ni tampoco precisamente lo que uno «tiene». El género es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino junto con las formas intersticiales hormonales, cromosómicas, psíquicas y performativas que el género asume. (Butler, 2006, p. 70)

Esta revisión presenta los alcances analíticos de la categoría género y evidencia que la masculinidad está en su campo de discusión. Pensar en género implica entrever los sujetos que

hacen parte de las sociedades y sus roles «citados» históricamente en las diferentes instituciones. Así pues, la masculinidad, las masculinidades, la feminidad, las feminidades y las otras formas de asumir el cuerpo, el género y el deseo, han sido permeadas por discursos hegemónicos y contra hegemónicos que alimentan y confrontan el sentido común de los sujetos.

El lugar ocupado por el género en el espacio social, tal como viene de ser descripto, hace de éste una categoría conceptual de gran pertinencia para el análisis de sociedades contemporáneas y lo convierte en un revelador particularmente agudo de problemáticas sociales más amplias, entre las cuales cabe mencionar la inscripción en la desigualdad de los cuerpos (...) la crisis de sentido que caracteriza a la sociedad contemporánea. (Vigoya, 2000, p. 68).

El recorrido de los análisis de género y, puntualmente, el aporte de Judith Butler para esta investigación permitirá pensar el género como un acto performativo que se ha constituido generacionalmente y que difiere según el contexto que lo enuncie. Es importante resaltar que esta categoría es central para mi investigación porque busca la comprensión de las prácticas de masculinidad y permite un aporte desde una mirada feminista; además, permite el abordaje de otras perspectivas como la de bell hooks, quien, a partir de una mirada que integra el amor, el género, lo racial y la masculinidad, da paso a un análisis más amplio de las dinámicas asociadas a las prácticas de masculinidad, lo que agencia la categoría de género desde lo *performativo* y la posibilidad de la *exclusión*, con base en el deseo, el miedo y el dolor.

Lo generacional: La configuración de la Masculinidad en los diálogos con los otros miembros de la familia.⁵¹

...ya había jugado *Hume* con esta idea del cambio de datos. Imaginemos (...) que el tipo y la modalidad de sucesión generacional entre los hombres cambia, y que cambia para ser como la de las orugas y las mariposas;

⁵¹ Desde las implicaciones sociales del término, Carmen Leccardi & Carles Feixa afirman, en el artículo *El Concepto de Generación en las Teorías Sobre la Juventud*, que su desarrollo se da en tres momentos: en los años veinte del siglo XX: periodo de entreguerras y surgimiento de la «relevancia de lo generacional»; en los años sesenta: época de protesta y «noción de vacío generacional»; y en mitad de los años noventa, donde existe un «lapso generacional» y la juventud tiene más experiencia que la generación anterior. De igual forma, lo vinculan con la conceptualización de Zygmunt Bauman sobre el «término de generación como algo performativo» (Leccardi & Feixa, 2011).

suponga que la vieja generación desaparece de golpe y que la nueva también aparece de una vez.

Karl Mannheim, *El problema de las generaciones*, 194 (1993)

En este apartado hablaremos del proceso conceptual de lo generacional, lo que, por su naturaleza, supone abordar la memoria y la transmisión generacional en las estructuras sociales. Inicialmente, se hablará de la conceptualización de la memoria como categoría fundamental para lo “generacional”, con base en el texto *Políticas de la Memoria y Transmisión Generacional de Pasados Recientes en H.I.J.O.S. Argentina e Hijos e Hijas por la Memoria y Contra la Impunidad en Colombia* de Nidia Constanza Mendoza, que retoma a Jelin (2002), Passerini (2006) y Aguilar (2008). La autora define la memoria como un proceso “activo de elaboración y construcción simbólica de sentidos sobre el pasado, en el que se ponen en juego recuerdos, silencios y olvidos, en estrecha articulación con las inquietudes, preguntas y necesidades del presente y con los horizontes de expectativas” (Mendoza, 2013, p. 25).

Por la misma línea está la relación de la memoria y la “historia vivida”, retomada desde el análisis de Magdalena González, quien se acerca a la teorización de Julio Aróstegui:

...el tiempo presente convierte la memoria en el objeto de la historia, o que la memoria es el presente del pasado, son afirmaciones que se dan con frecuencia en las ciencias sociales, es decir, en el estudio del presente propio o del más cercano. Precisaba Julio Aróstegui que la construcción de la memoria, intrínseca y heredada, sólo puede realizarse sobre la experiencia de la historia vivida, teniendo en cuenta que hablamos de memoria pública, esa cualidad emergente de conjuntos sociales que, en el mundo actual, no pueden prescindir de la continuidad de la transmisión histórica como forma identitaria activa del yo y del nosotros (González, 2015, p. 131).

Con base en Mendoza, se afirma que la memoria se puede analizar desde la “transmisión generacional”. Esta categoría es desarrollada por Kaufman y Debray, que la formulan a partir de una “transmisión de memorias” en la que “el tiempo pasado toma densidad en la narrativa presente y de esta forma, pasado y presente se renuevan a la luz de quienes [lo] reabren y en [el hecho de que] la transmisión reactualizada abarca dimensiones simbólicas y materiales, procesos

diacrónicos y sincrónicos y posicionamientos políticos” (Mendoza, 2013, p. 26). Esto implica que la transmisión generacional se puede dar en diferentes escenarios sociales, específicamente en la familia:

...en el mundo en que vivimos, occidental y moderno —aunque estemos en la periferia y lo sintamos incompleto—, nuestra vida cotidiana y nuestro lugar generacional están estructurados a partir de organizaciones familiares, y estas relaciones familiares constituyen el criterio básico para la formación de hogares y para las tareas cotidianas que nos permiten seguir viviendo y reproduciéndonos (Jelin, 2020, p. 257).

Elizabeth Jelin habla de la cotidianidad de los sujetos, la narración de sus experiencias y la transmisión generacional, como una base fundamental para la investigación que, a partir de la narrativa de tres hombres de una misma familia, busca comprender las prácticas de masculinidad performativa, lo que se relaciona directamente con el contexto social de la familia y permite comprender dicha transmisión y experiencia entre los sujetos. Por esto, la “elección de la unidad doméstica como foco de análisis se justifica por ser la organización social cuyo propósito específico es la realización de las actividades ligadas al mantenimiento cotidiano y la generacional de la población” (Jelin, 2020, p. 132).

Sin embargo, así como existe una “transmisión generacional”, también pueden existir brechas o configuraciones en los procesos etarios del ser humano que cambiarían la forma como se percibe una idea o una identidad a través del tiempo. Sobre el incremento de la brecha entre generaciones, Uriel Espitia Vásquez expone:

...muestran que el porvenir ya no estaría más afianzado en el pasado de los ancianos y antepasados, quienes ven cuestionado su saber, su memoria, la historia oral y las formas de vida antiguas, que ya no aparecen como inmutables ni imperecederas, ni son valoradas como referencia indispensable para las raíces y la transmisión de los antiguos emblemas identificadorios (Espitia, 2003, p. 261).

Lo anterior implica que se deben tener en cuenta las rupturas, los cambios generacionales y los marcos sociales para comprender la «transmisión generacional» y el desarrollo de las «nuevas» generaciones, lo que puede estar enmarcado en lo «intergeneracional»:

Mead (1970) en “Las brechas generacionales”, citado en “Experiencias Latinoamericanas de Relaciones Intergeneracionales” (2009) propone que las culturas pueden diferenciarse, no sólo en la importancia que se le da a los roles que juegan las diferentes generaciones, sino también en términos de la continuidad o la ruptura en la transmisión intergeneracional de costumbres y en las actitudes ante el cambio, así como en lo que cada generación consideraría que es más significativo. (Henaó, L & Lamprea, L.M & Rojas, O., 2015, p. 33)

Por consiguiente, para analizar lo que podríamos denominar como «intergeneracional», categoría trabajada por Margaret Mead desde la «tipología cultural», se propone una serie que permite comprender “un periodo puntual de la vida, y este énfasis, tiene que ver precisamente con el carácter mismo de las relaciones entre generaciones, puesto que en cada una de ellas se destacan diferentes formas de comunicación” (Henaó, L & Lamprea, L.M & Rojas, O., 2015, p. 33). A partir de la «tipología cultural» de Margaret Mead (1970), es posible afirmar que en el “pasado” se inscriben los antepasados y las “culturas postfigurativas”; en el “presente” aparecen la familia y los “pares”, en el contexto de las “culturas cofigurativas”; y en un futuro estarían las próximas generaciones que no son conocidas y que son parte de las “culturas prefigurativas”. En el caso de mi investigación, que tiene por objeto tres generaciones de un mismo contexto familiar, las “culturas” que se abordarían serían las:

...[culturas postcofigurativas] [...] que conviven tres generaciones en las cuales niños y jóvenes aprenden de sus mayores. Los cambios son lentos, difíciles de percibir y no necesariamente asumidos como tales. Se mantiene un sentido de continuidad y de identidad [y las “culturas cofigurativas son la que tanto los] [...] niños y jóvenes como las personas adultas, aprenden de sus pares y desarrollan formas de asimilar los cambios, en los que se tiende a lograr mayor conciencia y a la vez se cuestionan la continuidad y la identidad como inquebrantables (Henaó, L & Lamprea, L.M & Rojas, O., 2015, p. 33).

Esto implica que las generaciones de hombres que están presentes en mi investigación deben ser comprendidas según su contexto, en este caso el rural, con base en sus relaciones con los otros y no solo desde la noción de los antepasados. Esto a su vez está ligado a una reproducción de los discursos de la sociedad y a cómo estos pueden ser trastocados con el paso del tiempo, por lo que se debe tener en cuenta que, desde lo individual, estas experiencias siempre estarán ligadas a una

construcción social del espacio, la cual produce sujetos: “Las relaciones de parentesco funcionan como un proceso de reproducción social directamente ligado al reemplazo con las generaciones sucesivas, y suponen la existencia de relaciones biológicas⁵² puestas al servicio de la producción de un orden social” (Zink & Villar, 1998, p. 134).

Lo Rural: La Masculinidad en un contexto familia rural. ⁵³

Para esta investigación la categoría rural cobra valor en la medida en la que ubica a los sujetos desde sus narrativas y sus sentidos, y porque permite una apreciación sobre cómo deben “ser” los sujetos en sus contextos. Esta investigación piensa lo rural desde más allá dicotomía clásica sino desde una apuesta por contextos rurales particulares que producen discursos, identidades, son contenedores de experiencias y, en relación con el trabajo de investigación, generan prácticas de masculinidad desde las experiencias generacionales y a comprender que la ruralidad va más allá de una definición. De igual forma, esta investigación busca ver y pensar lo rural más allá de su conceptualización y definición y no implica ubicar únicamente un contexto o espacio inamovible en el que los sujetos solo habitan sin relacionar sus experiencias con los contextos.

Por la misma línea, en el debate actual este apartado sobre la categoría de lo rural se enfoca en un espacio que trasciende y supera la dicotomía clásica entre lo rural y lo urbano, que asume lo urbano como “el modelo ideal o el parámetro de referencia para lo rural, dado que siempre se interpretó que el modelo de desarrollo capitalista llevaría a la desaparición de la sociedad rural” (Romero, 2012, p. 16). Es importante aclarar que también está un enfoque conceptual que expone la continuidad y relación directa entre lo rural y lo urbano

⁵² “Estas relaciones [...] en primer término, involucran a dos sexos [esto debe ser discutido a la luz de los análisis de género] distintos cuya unión necesaria engendrará individuos de los dos sexos. De esta forma, aparecerán claramente diferenciadas las generaciones sucesivas y distintas y -dentro de cada generación- el orden de nacimiento que dará lugar a relaciones de primogenitura y menor edad” (Zink & Villar, 1998, p. 134)

⁵³ El vocablo rural, por su parte, ha estado más referido al ser humano y a su medio, a sus múltiples relaciones y al conjunto de sus actividades, es decir, ha tenido una connotación más socio-antropológica que productivista, la cual implica considerar aspectos relacionados también con la salud, la educación, la vivienda, la seguridad social, la dotación de servicios básicos, el patrimonio cultural, las redes sociales y el ejercicio de la ciudadanía. (Suarez & Tobasura, 2008, p. 448)

...vemos [que] el espacio urbano se imbrica cada día más en el espacio rural, hecho que puede juzgarse como algo pasivo, ya que dicho fenómeno transforma las dinámicas sociales, culturales, económicas y ambientales. Por ello es preciso armonizar las diferentes demandas y presiones que ejerce la ciudad en el ámbito rural (residencia, OCIO, recurso ambiental, etc); con la vida en la comunidad rural sí no se quiere infringir daños irreversibles desde el punto de vista ecológico y social (Zuluaga S, 1999, p. 738).

Esto ha implicado que se afirme a lo rural desde “figurar como subalterno y residual de la problemática urbana (...) esta forma de analizar lo rural aludió a adjetivarlo como atrasado, tradicional, agrícola, rústico, salvaje, resistente a los cambios, etc.” (Romero, 2012, p. 16). En específico, Juan Romero (2012) resalta que la ruralidad se ha vinculado históricamente con la producción agrícola y con lo marginal, lo que supone no desconocer, como lo plantea Matijasevic (2010) en su análisis de González y Viveros (2008), en el texto *Pugnas por significar: Culturas Políticas —Rurales No dialécticas*, que se “debe” pensar “lejos de las dicotomías y de las pretensiones de superación conceptual, es hora de ver las acciones culturales políticas que conducen a los conceptos urbanidad y ruralidad, no a la superación dialéctica, sino a una confrontación permanente y en tránsito” (Matijasevic, 2015, p. 53).

En esta dirección se puede ver que en quienes habitan estos territorios recae esta adjetivación, como se aclara en el análisis de María Teresa Matijasevic sobre el reconocimiento y el menosprecio a los y las campesinas: “los campesinos, indígenas y afrodescendientes rurales son concebidos como obstáculo para la transformación social y como depredadores de los recursos ambientales, a la vez que son reconocidos como guardianes del ambiente” (Matijasevic, 2015, p. 14).

Este debate supone empezar a hablar de la figura del campesino en los contextos rurales y reconocer cómo han sido víctimas de los prejuicios asociados con su contexto; es aquí en donde se da la relación directa con la investigación, que busca mostrar otras prácticas de masculinidad, prácticas que desbordan la idea de un hombre campesino “tradicional”, “rústico”, “violento” y “salvaje”. Es importante resaltar que esto no implica un desconocimiento de una masculinidad que ejerce la violencia y reproduce prácticas de dominación en los contextos rurales, pero tampoco un desconocimiento de los estereotipos y la marginación de lo rural, lo que se evidencia en varios

países que, al manejar la idea tradicional de lo rural, “como lo atrasado (...) han generado en estos países crisis de magnitudes impredecibles, con el aumento de la pobreza, el desempleo, la generación o agudización de conflictos por la tierra, y procesos de luchas internas” (Perez, 2001, p. 19), y este es el caso puntual de Colombia.

La importancia que han cobrado los análisis sobre lo rural ha permitido pensar no solo la construcción de los sujetos desde su espacio circundante, sino la superación de la idea de lo rural en relación con la violencia, lo salvaje, los prejuicios y el espacio. Si bien no se pueden desconocer las diferentes formas de violencia y el hecho de que estos son espacios que han estado enmarcados por conflictos, su generalización impide pensar lo rural como un contexto que genera experiencias, identidades y nuevas propuestas de asumir la naturaleza:

La importancia del espacio rural se incrementa y también se transforma por el papel que juegan actualmente las comunidades indígenas y campesinas en la gestión sustentable de los recursos naturales, no solamente porque ellas se encuentran en zonas de importancia natural estratégica sino por el conocimiento que han adquirido a través de generaciones de su entorno y las innovaciones que en cuanto a formas de producir surgen en ellas con la colaboración de facilitadores de tecnología como ONGs, asociaciones civiles e instituciones de investigación (Rosas, 2013, p. 3).

En concordancia con lo anterior, es necesario pensar en nuevas formas de analizar lo rural en relación con la “ruralidad”, para identificar sus transformaciones a través de una “nueva ruralidad” que “provee una visión distinta del núcleo del sector rural, —las comunidades campesinas e indígenas—, donde están nuevas modalidades económicas; ecológicas; auto-gestivas; auto-organizativas; y autónomas de una gran cantidad de comunidades” (Rosas, 2013, p. 5). Esta visión de lo rural invita, análogamente, a reflexionar en cómo son comprendidos los contextos rurales en el país y en cómo su propia construcción del espacio influencia en la formación, la experiencia y la construcción de nuevas identidades, además de en los motivos de migración de los jóvenes, por medio de, por ejemplo, sus implicaciones para la producción agrícola:

Si bien existe una amplia y heterogénea bibliografía sobre la noción de nueva ruralidad, hay coincidencia en la voluntad de rebasar, desde un punto de vista analítico, las antiguas

consideraciones duales, dicotómicas y remanentes de lo rural para plantear un marco de análisis dinámico y sistémico. La nueva ruralidad propone una diversificación funcional y asume un espacio heterogéneo, multisectorial, dinámico y complejo que proviene de un punto de análisis sistémico y con diferentes niveles de interacciones con las áreas urbanas (Rodríguez y Meneses, 2011; Ávila, 2009; Rodríguez y Saborío, 2008; Arias, 2005; Ramírez, 2003; IICA, 2000; Schjetman, 1999). (Gaudin, 2019, p. 22)

Es importante reconocer que las disputas sobre lo rural permiten aclarar el panorama de las dinámicas sociales que están, de manera implícita, en medio de los diferentes contextos y en las diferentes formas de representación de lo rural en el país. Si bien las relaciones entre lo rural, lo urbano y la ruralidad abren un panorama para comprender el por qué se sigue vinculando al campesino y lo rural desde una connotación “tradicional”, “rustica”, “salvaje” o “ignorante”, por la conexión que esto tiene con la idea de un machismo generalizado que impide pensar en otras prácticas de masculinidad, se plantea la necesidad de no mitificar al campesino masculino sino de interpretar las realidades de los sujetos desde sus experiencias.

Antes de terminar, es importante aclarar que esta investigación busca ir más allá de una definición estática y conductual de lo rural, para complementar investigaciones que han formulado el vínculo entre lo rural, las masculinidades tradicionales y las dinámicas intergeneracionales, en el caso de mi investigación, se retoma el planteamiento de Matijasevic quien analiza el “menosprecio”⁵⁴ sistemático a quienes habitan en el contexto rural.⁵⁵

Esquema de ejes de búsqueda /categorías

En el siguiente diagrama señalo el puente entre lo conceptual, desde las categorías que se tomarán en cuenta para esta investigación, y la traducción, en el contexto rural familiar, con base en unos

⁵⁴ Menosprecio que podría estar relacionado con las estereotipificación del hombre rural.

⁵⁵ Tomo de referencia la investigación de Angélica Rodríguez con su investigación, *La construcción social de la paternidad en varones de contextos rurales de Morelos, México* en donde se define a lo rural como un “espacio en el que las personas que ahí viven se conocen, comparten cultura, símbolos y aprendizajes de género; construido por ejes tradicionales, caracterizados por la fuerza, la virilidad y el poder. Es en el contexto rural, donde los hombres se hacen hombres por generaciones, es decir, los “más viejos” enseñan a los “más jóvenes” cómo trabajar en el campo, el descuido de su salud, las ausencias en sus hogares, la poca afectividad y por supuesto, la importancia de la proveeduría económica, a costa de las ausencias y pocas presencias afectivas con sus hijos (particularmente). Y es que, en el contexto rural, ser padre de hijos varones tiene que ver con enseñarles a cómo trabajar, transitando de la infancia a la adultez, en el entendido que se viven esas dos etapas como eje central para ser hombres. (Rodríguez, 2019, p. 13)

descriptores y en el planteamiento de unos ejes de búsqueda para el diálogo con los sujetos que intervienen en la investigación, a través de las conversaciones biográficas:

Categorías	Descriptorios: Traducción en el contexto	Ejes de búsqueda: guía conversaciones biográficas
<p>Género:</p> <p>La Masculinidad como Experiencia performativa de Género</p> <p>El género performativo (Butler)</p> <p>Lo Intergeneracional:</p> <p>La configuración de la Masculinidad desde lo Intergeneracional.</p> <p>Familia (Jelin)</p> <p>Relaciones Culturales, Rupturas Intergeneracionales.</p>	<p>1.Prácticas Reiterativas de exclusión de Masculinidad en la Infancia – escuela en el contexto rural.</p> <p>2.Prácticas Reiterativas de exclusión de Masculinidad en la Familia en el contexto rural.</p> <p>3.Prácticas Reiterativas y de exclusión de Masculinidad en la Juventud en el contexto rural.</p> <p>4.Prácticas Reiterativas y de exclusión de Masculinidad en los espacios relacionales en el contexto rural.</p> <p>5.Prácticas Reiterativas y de exclusión de Masculinidad en los espacios privados de la relación de Pareja contexto rural.</p> <p>6.Prácticas Reiterativas y de exclusión de Masculinidad en espacios laborales contexto rural</p> <p>7.Prácticas Reiterativas y de exclusión de Masculinidad en la adultez contexto rural.</p> <p>8.Prácticas reiterativas de Masculinidad en la vejez en el contexto rural.</p>	<p>1. Prácticas reiterativas y de exclusión de masculinidad en la infancia, la adultez y la vejez en el contexto rural.</p> <p>2. Prácticas reiterativas y de exclusión de masculinidad en espacios relacionales (espacios laborales, familiares, escolares y personales) en el contexto rural en la infancia, la adultez y la vejez.</p> <p>3. Prácticas constructivas de masculinidad en y con el espacio rural en las diferentes etapas etarias de la vida.</p> <p>4. Referentes de homosociabilidad en las prácticas reiterativas y de exclusión de masculinidad en espacios (laborales, de borrachera, escolares y familiares) en el contexto rural en la infancia, la adultez y la vejez.</p> <p>5. Percepción de la transmisión generacional de una masculinidad reiterativa y de exclusión del abuelo- al padre- al hijo.</p> <p>6. Prácticas reiterativas y de exclusión en la construcción de masculinidades que asumen o no el trabajo de la tierra.</p>

<p>Henao, Lamprea y Rojas (2015).</p> <p>Memorias generacionales</p> <p>—</p> <p>Interpretación del pasado “desidentificación”</p> <p>Constanza Mendoza</p> <p>Lo Rural:</p> <p>La Masculinidad en Contextos Rurales</p> <p>Estereotipos “salvaje”, “rustico”, “tradicional”, “violento” etc...</p> <p>Lo marginal (Romero)</p> <p>El menosprecio al campesino (Matijasev</p>	<p>9.Relación con la masculinidad del padre en el contexto rural.</p> <p>10.Relación con la masculinidad del abuelo en el contexto rural.</p> <p>11.Relación con la masculinidad desde los referentes de homosociabilidad el contexto rural.</p> <p>12.Relación con la masculinidad de los hijos en el contexto rural.</p> <p>13.Relación con lo que ubica como no masculino en el contexto rural.</p> <p>14.Relación configurativa con los cambios de la percepción de lo masculino en el contexto rural.</p> <p>15.Referentes de transmisión generacional de padres a hijos en el contexto rural.</p> <p>17. Referentes de masculinidad en el contexto rural</p> <p>18. Formación de la masculinidad performativa y excluyente de generación en generación relacionada con el trabajo de la tierra en el contexto rural.</p>	<p>7. Percepciones sobre la construcción de una masculinidad (violenta, dictatorial, fuerte, rústica, tradicional) en las prácticas reiterativas y de exclusión de masculinidad en el contexto rural en la infancia, la adultez y la vejez.</p>
--	--	---

Tabla 2: Puente entre lo conceptual y lo metodológico.

Metodología: los relatos biográficos – performativos de tres generaciones desde la masculinidad en el espacio rural.

En este apartado quiero presentar las decisiones metodológicas de la investigación que me permitieron rastrear las Prácticas performativas de masculinidad desde lo narrativo, siempre con el propósito de situar los registros discursivos de los participantes. Desde el planteamiento del problema aparecen tres categorías centrales: el género: la masculinidad como experiencia performativa de género, lo intergeneracional: la configuración de la masculinidad desde lo intergeneracional y lo rural: la masculinidad en contextos rurales, que se desarrollan con base en la narración de la experiencia de los sujetos, por lo que la investigación tiene un enfoque cualitativo-narrativo; además, lo generacional es la categoría con la que profundicé en lo metodológico, lo que me permitió hacer un análisis de los relatos de las tres generaciones.

Así, es importante señalar que no hay tipologías de masculinidad sino prácticas reiterativas de género, con base en el análisis de “performatividad” de Judith Butler; de igual modo, cabe resaltar que, por la naturaleza de la investigación, no es necesaria una indagación en varias familias sino en un solo núcleo familiar. En un principio quise escuchar únicamente la voz de los hombres para comprender las prácticas performativas de masculinidad; no obstante, al adentrarnos en el territorio, me di cuenta de la importancia del testimonio de las madres y de las hermanas que, a partir de sus roles en el espacio rural, de sus diferentes momentos etarios y de su experiencia como mujeres, se han acercado a los escenarios masculinos y han hecho propias ciertas prácticas performativas de masculinidad y producen masculinidad a partir de prácticas propias del contexto rural y de dinámicas que se median en las relaciones con los *otros*.

De este modo, dichas categorías fueron posibles por el diálogo con el problema, el análisis del estado del arte y su relación con la masculinidad, lo que dio paso a lugares específicos para las categorías; además, en el caso de lo metodológico, la categoría que se enuncia desde las relaciones intergeneracionales facilitó el análisis de las conversaciones biográficas.

Dimensión de la Investigación: lo que busca abordar desde lo metodológico.

Esta investigación tiene un carácter teórico que entiende la masculinidad desde una experiencia identitaria que se da desde una dimensión constructiva⁵⁶, pues las identidades están y derivan de una construcción social que está en una constante transformación de sus realidades, tensiones, vínculos y relaciones de los sujetos y sus contextos, la investigación es cualitativa y esta guiada desde una perspectiva de género⁵⁷ y tiene un carácter exploratorio que busca comprender las prácticas performativas de la masculinidad a partir de los relatos biográficos de los hombres de tres generaciones, con base en un orden narrativo⁵⁸ y, por esto, a partir de un enfoque cualitativo-narrativo.

Es significativo mencionar que lo narrativo y los análisis desde las perspectivas de género han permitido escuchar la voz de quienes participan de los sucesos, además de orientar la postura crítica del investigador; por ende, es importante “recordar que las narrativas tienen la posibilidad de mantener el orden o subvertirlo, de ahí la importancia de considerar una posible práctica feminista de la investigación narrativa. La narrativa entonces no solo debe ser una práctica para escribir textos de campos o artículos académicos, puede ser también una práctica reflexiva que nos ayuda a tomar una postura crítica hacia nosotras mismas y respecto a nuestra investigación” (Grollmus, 2015, p. 143).

Enfoque

Para continuar, el enfoque de esta investigación es biográfico–narrativo, pues los relatos biográficos son el instrumento principal para comprender, a partir de las narrativas de los hombres, sus prácticas de masculinidad; es decir que permite conectar la narración de los sujetos con su espacio privado e íntimo. En este sentido Leonor Arfuch entiende el espacio biográfico como aquel

⁵⁶ “Podríamos decir que las tesis constructivistas han estado y están llevando a cabo una reconstrucción social de la mente o una reconstrucción social del individuo. Algunos intentos han tratado de definir los procesos individuales como fenómenos que tienen su origen en los procesos sociales o que son un derivado de ellos” (Cubero, 2005, p. 52)

⁵⁷ Las mujeres han ocupado el lugar pionero en la investigación sobre los hombres y lo masculino desde una perspectiva antisexista. Incluso, en los Estados Unidos, donde existe una extensa producción sobre el tema realizada por hombres, ésta no se efectuó sino después de la acumulación de una abundante elaboración académica feminista y de la consolidación de los Women’s Studies en numerosas universidades norteamericanas. La literatura de las ciencias sociales en algunos países europeos como Francia y en América Latina (Brasil, República Dominicana, Perú, Chile, Colombia, México etc.) así lo demuestra también. Una de las características comunes a estos trabajos realizados por mujeres en América Latina y en Francia es la de haber buscado abordar el tema de los hombres y lo masculino desde una perspectiva crítica de género (Viveros, 2007, p. 33).

⁵⁸ La “construcción narrativa de lo privado como esfera de la intimidad -contracara de un espacio público que se afirmaba a su vez en la doble dimensión de lo social y lo político— fue mucho más allá de su configuración primigenia” (Arfuch, 2007, p. 34).

que permite una lectura “transversal, simbólica, cultural y política, de las narrativas del yo – y sus numerosos desdoblamientos – en la escena contemporánea.” (Arfuch, 2007, p. 18). Estas narrativas del sujeto implican una revisión desde su propia enunciación, sus relatos y su realidad; la autora señala el “espacio biográfico” en la dimensión de la subjetividad, que pone en juego la “asunción del yo”:

En efecto, los llamados “métodos biográficos”, cuyo recurso de la entrevista es casi obligado, ocupan hoy una posición predominante en la investigación cualitativa, en sintonía con el interés en la voz y la experiencia de los sujetos y con el énfasis testimonial, esa verdadera obsesión de la memoria que los hitos simbólicos del nuevo siglo y milenio no han cesado de estimular (Arfuch, 2007, p. 24).

Este enfoque resulta ser el más adecuado por la dimensión generacional de la investigación y porque tiene en cuenta las transformaciones de los sujetos, por la necesidad de retomar sus memorias y sus “narraciones” para re-construir sus “realidades” y para potenciar una conexión con los discursos de sus ancestros. Debido a que las narrativas de los sujetos son diversas según el contexto desde donde se enuncian, ya que los relatos son propios de sus experiencias, en este enfoque cobran “relevancia los modos de enunciación, los sujetos y sus interacciones, las tramas del discurso social, las ideologías, los pequeños relatos, la memoria, las identidades, los afectos, la relación entre lo personal y lo colectivo” (Arfuch, 2018, p. 56), con el fin de lograr un proceso de remembranza de los hombres en sus espacios privados a través de sus contextos:

Pero esta biografía nunca será “unipersonal”, aunque pueda adoptar tonos narcisísticos, sino que involucrará necesariamente la relación del sujeto con su contexto inmediato, aquel que le permite situarse en el (auto)reconocimiento: la familia, el linaje, la cultura, la nacionalidad. Ningún autorretrato, entonces, podrá desprenderse del marco de una época, y en ese sentido, hablará también de una comunidad (Arfuch, 2007, p. 108).

Cabe resaltar que la narración permite que los sujetos se agencien y se expresen desde su experiencia y su memoria, esta última en el sentido de lo que Paul Ricoeur llama un “reconocimiento”, con base en el problema de una fenomenología de la memoria: “...el pequeño

milagro del reconocimiento es recubrir de presencia la alteridad de lo ex-sistido. En esto, el recuerdo es re-presentación, en el doble sentido del re-: hacia atrás, de nuevo” (Ricoeur, 2008, p. 61).

Para finalizar, busqué profundizar en la metodología y en los instrumentos seleccionados en esta investigación a partir del texto *La investigación biográfico-narrativa en educación*, de Bolívar, Domingo y Fernández. Es importante resaltar que para recoger los datos biográficos se emplearán los siguientes instrumentos: entrevistas biográficas⁵⁹ y conversaciones.

En una entrevista de tipo biográfico se busca encontrar líneas que marquen una lógica en los relatos de vida. Debido a que el relato es dependiente del propio proceso interactivo de la entrevista [...] El objetivo de una entrevista biográfica es la narración de la vida, mediante una reconstrucción retrospectiva [...] La entrevista biográfica consiste en reflexionar y rememorar episodios de la vida, donde la persona cuenta cosas a propósito de su biografía [...] en el marco de un intercambio abierto (introspección y diálogo) (Bolívar, Domingo, & Fernández, 2001, pp. 158-159).

De igual forma, este enfoque, que retoma a la entrevista como instrumento, posibilita al narrador un proceso de introspección y permite que la conversación se “transforme en un instrumento investigativo” (Bolívar, Domingo, & Fernández, 2001, p. 159).

Sin embargo, presentar la entrevista biográfica como instrumento principal de esta investigación no puede dejar de lado la complejidad que tiene su análisis, como sugieren los autores, en el sentido de un “déficit metodológico” para el análisis del material recolectado y por el hecho de que se deben respetar “las palabras de la gente” para, así, evitar encasillamientos categóricos que desvirtúan la narración:

El asunto se juega en *lograr un equilibrio* entre una interpretación que no se limite -desde dentro- a los discursos de los entrevistados, ni tampoco una interpretación -desde fuera-

⁵⁹ “Entrevistas: más o menos abiertas acerca de aquellas cuestiones que interesan al investigador sobre diversos aspectos. [...] Conversaciones: podemos considerarlas como entrevistas no estructuradas la gente habla libremente sobre las cuestiones” (Bolívar, Domingo, & Fernández, 2001, p. 157).

que prescindiera de los matices y modulaciones del discurso narrado [...] superar el mero “collage” de fragmentos de textos mezclados *ad hoc*, implica que el investigador debe penetrar el complejo conjunto de símbolos que la gente usa para conferir significado a su mundo y vida, logrando una descripción lo suficientemente rica donde obtengan sentido. (Bolívar, Domingo, & Fernández, 2001, p. 201)

Es necesario enfatizar que las conversaciones biográficas, como fuente de información para el análisis de la investigación, me permitió entender los relatos, las vivencias, los dolores y los miedos cotidianos de quienes participaron, pero también amplió mi comprensión de la masculinidad, de sus estereotipos y de sus relatos a través del género y más allá de la edad. En este sentido, por el papel de la performatividad, el relato devela prácticas que a algunos incomoda y se les dificulta defender, lo que posibilita una exclusión; por esto, la estrategia metodológica, con base en el hecho de que se hablaría del espacio privado de los hombres y las mujeres que participaron en la investigación, fueron las conversaciones biográficas y las conversaciones íntimas: con sonrisas, con incomodidades, con silencios, con comidas y bebidas; conversaciones que, asimismo, me incomodaron y dejaron al descubierto la emocionalidad sobre las prácticas que atraviesan nuestros cuerpos.

Es por lo anterior que, para mi investigación, seleccioné el enfoque biográfico-narrativo, porque las narraciones de los hombres me ayudarán a comprender sus prácticas performativas y sus relatos biográficos a través de diálogos intergeneracionales en el contexto familiar rural. Con este propósito, a partir de la propuesta de (Bolívar, Domingo, & Fernández, 2001), especifico los siguientes momentos y técnicas que, por ahora, tiene esta investigación:

Cuadro de secuencia metodológica

Tabla 3: Momentos de la experiencia investigativa.

Momento # 1	
Elección de tema a estudiar biográficamente	✓
Contactar a la familia, negociación y aceptación e inmersión en el contexto	✓
Momento # 2	

Recolección de archivo (entrevistas biográficas) en el contexto rural seleccionado y sobre la experiencia de vida en el espacio rural.	✓
Momento # 3	
<p>-Desarrollo de varias entrevistas biográficas basadas en ejes a partir de las categorías y sus descriptores.</p> <p>-Entrevistas grabadas y transcritas íntegramente.</p> <p>Técnica: entrevista biográfica: Esbozo biográfico recolección archivo</p> <ul style="list-style-type: none"> • Primera etapa biográfica: Prácticas reiterativas de masculinidad en la infancia, la adultez y la vejez en el contexto rural. • Segunda etapa biográfica: Prácticas reiterativas de masculinidad en espacios relacionales (espacios laborales, familiares, escolares y personales) en el contexto rural en la infancia, la adultez y la vejez. Prácticas constructivas de masculinidad en y con el espacio rural en las diferentes etapas etarias de la vida. • Tercera etapa biográfica: Referentes de homosociabilidad en las prácticas reiterativas de masculinidad en espacios (laborales, de borrachera, escolares y familiares) en el contexto rural en la infancia, la adultez y la vejez. Percepción de la transmisión generacional de una masculinidad reiterativa y de exclusión del abuelo- al padre- al hijo. • Cuarta etapa biográfica: Prácticas reiterativas y de exclusión en la construcción de masculinidades que asumen o no el trabajo de la tierra. Percepciones sobre la construcción de una masculinidad (violenta, dictatorial, fuerte, rústica, tradicional) en las prácticas reiterativas y de exclusión de masculinidad en el contexto rural en la infancia, la adultez y la vejez. 	✓
Momento #4	
✓ Análisis del material recolectado, construir la narración y definir el significado de las narraciones biográficas.	
Momento #5	
✓ Informe final	

Matriz narrativa

Uno de los instrumentos utilizados en esta investigación para la trasposición del eje conceptual al contexto familiar rural fue la matriz narrativa: esta permitió la triangulación metodológica por medio de los relatos, los diarios de campo y los análisis de los autores trabajados, en relación con las realidades específicas de los sujetos; no obstante, es importante aclarar que pensar en los *objetos* que adornan la masculinidad requiere de una mayor profundización y de investigaciones futuras sobre diversos problemas.

Tabla 3: Matriz narrativa - estructura-.

Categoría central	Categorías Operativa (Generacional)	Sub categoría operativa
Performatividad	Prácticas reiterativas de masculinidad en la niñez. (PRM 1)	R u r a l
	Prácticas reiterativas de masculinidad en la juventud (PRM 2)	
	Prácticas reiterativas de masculinidad en la adultez (PRM 3)	
	Prácticas de exclusión: Hechos inestables de masculinidad en la niñez (PEM 1)	
	Prácticas de exclusión: Hechos inestables de masculinidad en la juventud (PEM 2)	
	Prácticas de exclusión: Hechos de inestables de masculinidad en la adultez (PEM 3)	
	Trasmisiones intergeneracionales de las prácticas reiterativas y de exclusión de la masculinidad. (TIPREM)	

Tabla 4: Ejemplo de matriz narrativa.

<p>d en la niñez. (PRM 1)</p>	<p>Conversación: " El campo es duro y tú, como hombre, desde los 7 u 8 años, ya tienes que estar trabajando: nada de televisión" "Las niñas, cuando nacen en el campo, están para acompañar a la "mamita", pero nosotros, con nuestra única hermana, la cuidamos. Las niñas acompañaban también los procesos del campo y se les permitía aprender; de hecho, a ella también le gusto el fútbol como a nosotros y era muy buena: jugó en el equipo del colegio."</p> <p>El entrevistado menciona cómo la niñez marca a las personas y cómo desde pequeños "se aprende a ser hombre", con base en la forma de ser de los padres y los abuelos.</p> <p>Citas o fragmentos de citas: "En los casos en que la forma cultural del grupo dominante es esencialmente postfigurativa, los miembros de la segunda generación del grupo subyugado (cuyos padres no tenían más modelos seguros que sus propios pares) pueden sumergirse por completo en una cultura distinta, pero siempre totalmente postfigurativa"(Mead, Ed.2019,pág. 81)</p>	<p>1. Importante seguir indagando sobre el impacto de la masculinidad del abuelo en la infancia y la formación de su masculinidad en contexto más allá de los espacios familiares. 2. ¿En algún momento se sintió excluido por estar interesado más en escenarios educativos que en lo relacionados con el espacio rural?</p>
<p>en la juventud (PRM 2)</p>	<p>Conversación: "Hoy los hombres son mejores que antes: piensan diferente, dialogan diferente, aprenden a ser hombres diferente, también por el papel de la educación, lo cual es fundamental: seguimos con los mismos principios, pero mejores."</p> <p>Conversación y diario de Campo: Para el entrevistado, la educación fue lo que le implicó un cambio en su percepción de su masculinidad y del ser campesino: "La educación permite la ruptura entre la masculinidad tradicional, así como un mundo diferente y mejor".</p> <p>Citas o fragmentos de citas: " Si bien la propuesta de Connell ofrece mucho en términos de la complejidad que representa el concepto de masculinidad, acercarse a la comprensión de aquello que permite mantener intactas las relaciones de poder u además identificar el hilo que</p>	<p>1. Se debe profundizar en las posibilidades educativas de los otros participantes de la investigación y las implicaciones en las prácticas de masculinidad. 2. ¿Cómo se movilizaría la idea de identidad o arraigo a las prácticas performativas de masculinidad?</p>

Los colores de la familia

En este apartado quiero proponer una técnica para abordar la enunciación de los sujetos que participaron en mi investigación, con base en una postura ética de la propuesta con la familia y para seguir matizando las realidades de los sujetos, pues mi interés va más allá de los nombres y de los símbolos que los identifican; además, la investigación no busca exponer al otro en su intimidad ni incurrir en un discurso prejuiciado y estereotipado (Viveros, 2002) de la masculinidad rural.

En este sentido, si bien se hicieron diarios de campo, se tomaron fotografías, se plantearon conversaciones biográficas y matrices analíticas-biográficas, y un documento inicial que contenía los nombres, la idea con este análisis es hacer una lectura diferente en el contexto de esta familia o de otra cualquiera, sin la necesidad de una comparación, lo que permitirá comprender las dinámicas y sus prácticas implícitas, y exceder la idea de un nombre, de un juicio de la masculinidad o del rol de los integrantes de una familia, para seguir escudriñando, desde una postura ética, en los escenarios privados de los sujetos.

De este modo, la idea de los colores nace del encuentro con el análisis de Mara Viveros (2002), que abordé en el estado de arte. La autora expone cómo la masculinidad debe ser leída en sus matices y no con base en la idea de que los hombres son sujetos generalizados; esto, en la perspectiva de un feminismo no separatista que no busca disminuirlos y en donde la masculinidad tiene *sus* colores. Hablar sobre la masculinidad no es tarea fácil, lo que se evidencia en lo rural, por lo que, para matizar los discursos y las prácticas de dominación de la masculinidad, es necesario ir más allá de lo instaurado y de lo que se supone que no puede ser transformado, hay que habitar en los escenarios privados y hay que comprender cómo las prácticas se transmiten de manera intergeneracional en el contexto rural.

¿Quiénes participaron?

A continuación, presento los miembros de la familia que participaron en la investigación, edad y fecha de conversación biográfica.

Es importante tener en cuenta que los nombres y los colores fueron pensados a partir de mi experiencia con ellos, en la cotidianidad y en las conversaciones biográficas, y que gran parte de los nombres propuestos tienen relación con el color verde, por la cercanía de la población con el trabajo agrícola y por las implicaciones del mismo en sus prácticas de masculinidad; no obstante, también vemos otras tonalidades que simbolizan la exclusión de la masculinidad en medio de su iterabilidad, o los colores azul y morado, que remiten a esa otra mirada de la maternidad y de la tristeza implícita en la tarea de ser mujer.

Es necesario tener en cuenta que la organización de la familia no se da en términos etarios sino por la posición dentro de la misma, determinada por la enunciación de los sujetos que convergen en el contexto; de este modo, cuando se nombra la posición “tío”, “abuelo”, “padre”, “nieta” o “hijo”, esta aparece en su relación generacional con el otro, lo que, en esta experiencia investigativa, evidencia que las fronteras entre las generaciones son cada vez más difíciles de definir y que la experiencia individual define no solo la exclusión sino la posibilidad de otras trayectorias de masculinidad.

Tabla 5: División por generaciones y fechas de conversaciones biográficas.

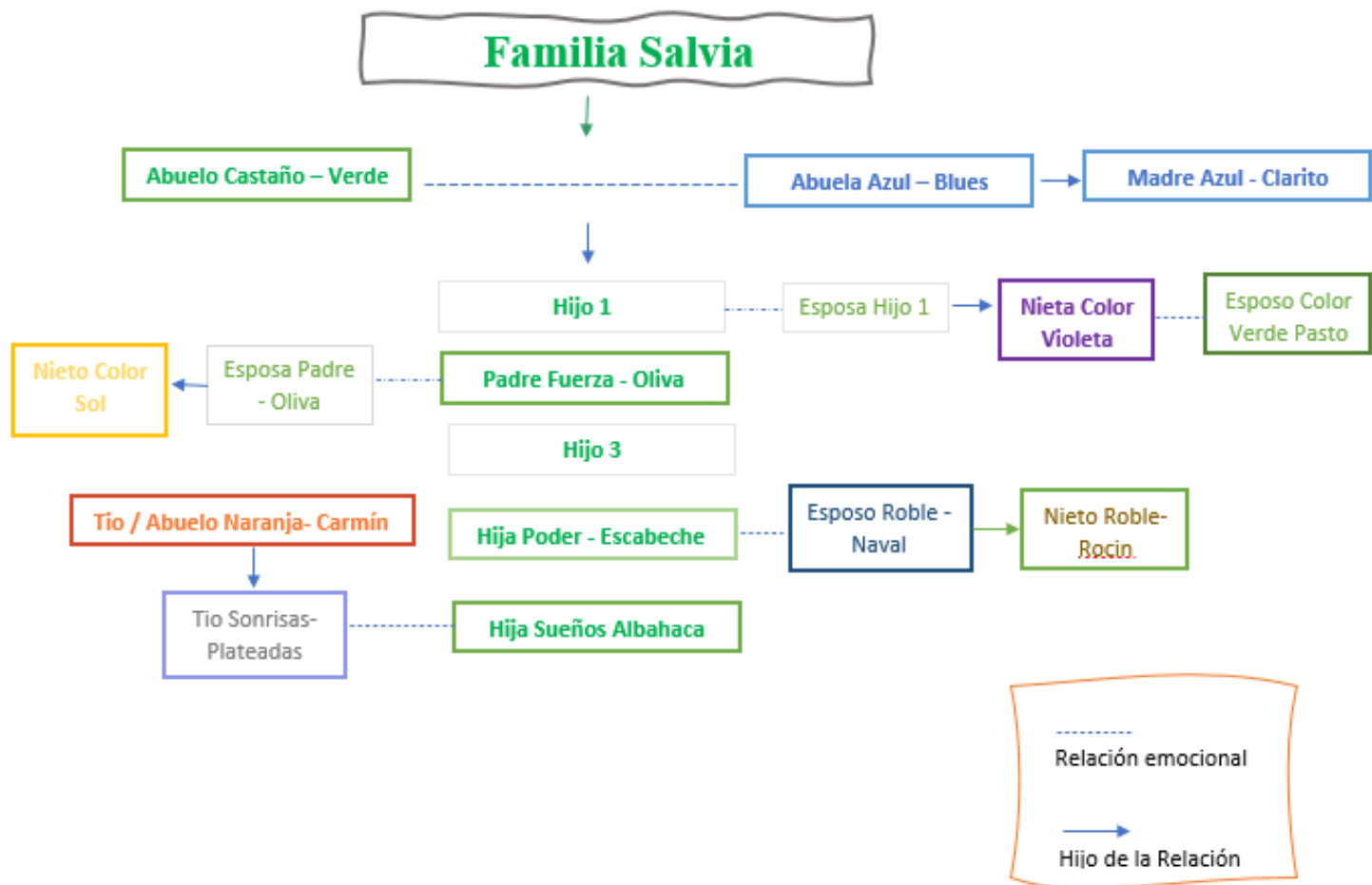
Primera Generación	
Abuelo Castaño- Verde	Edad: 86 Fecha de conversación: 31 de octubre del 2021
Abuela Azul- Blues	Edad:75 Fecha de conversación: 1 de noviembre del 2021
Tío /Abuelo Naranja- Carmín.	Edad:63 Fecha de conversación:17 de septiembre del 2021
Segunda Generación	
Tío Sonrisas- Plateadas	Edad:44 Fecha de conversación:11 de septiembre del 2021

Esposo Roble- Naval	Edad: 47 Fecha de conversación: 28 de agosto del 2021
Padre Fuerza- Oliva	Edad:45 Fecha de conversación:16 de agosto del 2021
Hija Sueños – Albahaca	Edad:37 Fecha de conversación: 21 de noviembre del 2021
Hija Poder – Escabeché	Edad:42 Fecha de conversación: 21 de noviembre del 2021
Madres Azul – Clarito	Edad:57 Fecha de conversación: 22 de enero del 2022
Tercera Generación	
Nieto Color- Sol	Edad:18 Fecha de conversación:8 enero del 2022
Nieto Roble – Rocín	Edad: 19 Fecha de conversación:26 de septiembre del 2022
Madre –Nieta color Violeta	Edad: 30 Fecha de conversación: 30 de diciembre 2021
Esposo color Azabache	Edad: 34 Fecha de conversación: 30 de diciembre 2021

Tabla 6: organización de la familia Salvia.

60

Esquema familiar (metodología de los colores)



⁶⁰ Quiero recordar que: los nombres propuestos tienen relación con el color verde, por la cercanía de la población con el trabajo agrícola y por las implicaciones del mismo en sus prácticas de masculinidad; no obstante, también vemos otras tonalidades que simbolizan la exclusión de la masculinidad en medio de su iterabilidad, o los colores azul y morado, que remiten a esa otra mirada de la maternidad y de la tristeza implícita en la tarea de ser mujer.

Capítulo 2

Usted no hace más que bromear, señor, y no bromea bien,

¿Cómo podría la mano ser enemiga del brazo,
¡O la semilla y el césped serán rivales! ¿Cómo podría la
luz

Siente celos de calor, planta de la hoja
¿O la competencia vive entre los labios y la sonrisa?

¿No somos parte integral de ustedes mismos?

Como hebras en una gran trenza, nos entrelazamos

Y hacer el todo perfecto. no pudiste ser,

A menos que te dimos a luz; somos el suelo

de donde brotaste, pero estéril era ese suelo

Ahorre lo que plantó. (Aunque en el Libro leemos

Una mujer dio a luz a un niño sin la ayuda de ningún
hombre

No encontramos ningún registro de un hijo varón nacido

¡Sin la ayuda de las mujeres! Paternidad

No es más que un pequeño logro en el mejor

Mientras que la maternidad comprende el cielo y el
infierno.)

Este argumento cada vez mayor del sexo

Es de lo más indecoroso y desprovisto de sentido.

¿Por qué perder más tiempo en controversias, cuando

No hay suficiente tiempo para todo el amor,

Nuestra legítima ocupación en esta vida.

¿Por qué hablar de nuestros defectos, de dónde fallamos?

Cuando solo la historia de nuestro valor necesitaría

Eternidad para contar, y nuestro mejor

El desarrollo viene siempre a través de tu alabanza,

Como a través de nuestra alabanza alcanzas tu ser más
elevado.

Woman to Man by Ella Wheeler Wilcox

Análisis de narraciones biográficas: Relatos, sentidos y sentires de mi paso por la vereda de Caños en Boyacá.

En este capítulo presentaré el resultado analítico de mi investigación. Tendrá un componente narrativo y una relación directa con mi lectura teórica desde la categoría de performatividad de Judith Butler, central en el análisis, y desde el problema del *amor* en bell hooks. A partir de mi enfoque metodológico y de mi sentir, presentaré apartados de las conversaciones biográficas, notas de campo y reflexiones personales; así, el capítulo estará dividido en siete apartados: (1) Armero y la Infancia: la experiencia del niño que aún no quería ser hombre; (2) ¡Cuando queremos llorar, no sabemos cómo llorar!; (3) ¿Hoy los hombres son mejores que antes?: defendiendo la masculinidad; (4) ¡Al principio uno puede ser dócil y las experiencias le enseñan a uno a defenderse y a no dejársela montar!: Las prácticas de Masculinidad en los cuerpos femeninos; (5) Los objetos que adornan las prácticas de masculinidad: ¡Los sombreros y las botas que me hacen sentir más mujer cuando escucho sus relatos!; (6) ¡La vida en el campo es sabrosa!; (7) Conclusiones analíticas.

Contexto Familiar Rural: entre el campo, la cotidianidad y el contexto



Ilustración 8: reconociendo el contexto familiar rural familia Salvia.

Antes de hacer el análisis de los apartados narrativos, es importante situar el contexto familiar rural, pues, si bien hay una relación directa con el trabajo agrícola, vemos que en los relatos de cada uno se evidencia su contexto; así, se percibe como la papa, la arveja, el ganado, el ordeño, el *cuidado* de los animales y todas las actividades que hacen parte de su cotidianidad se mimetizan con su corporalidad y con su discurso; además, nos implica ver que estas dinámicas generacionales, relacionadas con la tierra y su tenencia, involucran las configuraciones familiares por medio de un diálogo generacional más enraizado, a tal punto que, cuando yo atravesaba por los espacios de la casa o los terrenos de la familia, se hacían visibles las más de siete generaciones que han habitado los mismos parajes: estos terrenos marcan las fronteras —algunas más evidentes— que los separa de otras experiencias familiares que se han tenido en el mismo lugar. De esta manera, pensar en el contexto supone exceder su ubicación geográfica y comprender que las trayectorias de masculinidad inscritas en la ruralidad requieren de una mayor profundización en la experiencia de los sujetos, en su enunciación.

Además, si bien la familia deviene en una transmisión generacional por la que se representan como “boyacenses” y que su arraigo al territorio está en sus narraciones, algunos de los miembros se han ido y han regresado, lo que ha provocado que sus experiencias se transformen y que se empiecen a *negociar* los aprendizajes, situación evidente en la *iterabilidad* de su cotidianidad que, a su vez, es una impronta en las trayectorias de la masculinidad.

Primer apartado.

Armero y la Infancia: la experiencia del niño que aún no quería ser hombre.

“...el único día de su infancia el que sintió que fue atendido por sus padres con “cariño” fue cuando sucedió la tragedia de Armero” **Fragmento de diario de campo, (Comunicación personal, Esposo Roble - Naval, 47 años, 28 de agosto del 2021)**



Ilustración 9: La masculinidad que se encuentra desde la "otredad".

Antes de iniciar, es importante señalar que este texto estará mediado por el diálogo permanente de las tres generaciones: la primera expone la potencia de aprender a trabajar desde la infancia en la ruralidad y el castigo como móvil; la segunda exalta la importancia de la transmisión de los “valores” que dejaron las anteriores generaciones, desde la creencia en que con una “buena crianza” y un diálogo

“más” directo con sus hijos se transmiten “significados”; la tercera generación muestra el resultado de las rupturas que dan lugar a las “exclusiones”, desde las herramientas que facilita la época.

Se pensará que este título no responde, quizá, al interés de la investigación, pero, en mi recorrido por los parajes y caminos de la Vereda de Caños, y en la recolección del archivo, me he encontrado con que lo masculino ha sido desconectado de la realidad de los niños en el proceso cultural de convertirse en “hombres”, más en el contexto rural, y que los actos performativos de masculinidad pueden llegar a ser dolorosos para algunos; esto implica que los hombres que vemos riendo en las tiendas, conduciendo camiones, ensillando caballos o en las múltiples tareas que les son asignadas desde que nacen, están inscritos en prácticas propias de la “iterabilidad”⁶¹. Esta capacidad de repetir las prácticas y producirse desde la norma muestra cómo, en un acto de negación de la autonomía, se puede convertir el acto del “ser” desde la ausencia del mismo ser⁶²:

⁶¹ (...) un proceso de repetición regularizada y obligada de normas. Y no es una repetición realizada por un sujeto; esta repetición es lo que habilita al sujeto y constituye la condición temporal de ese sujeto. Esta iterabilidad implica que la "realización" no es un "acto" o evento singular, sino que es una producción ritualizada, un rito reiterado bajo presión y a través de la restricción, mediante la fuerza de la prohibición y el tabú. (Butler, 2020, p. 145-6)

⁶²Estas dos ideas serán retomadas más adelante.

...Me pregunto si las palabras, las frases, los apegos, las distancias con los padres, los dolores heredados, los recuerdos, serán la señal de que, en el fondo, se “desea” generar una distancia con las prácticas de los padres y de los abuelos, o de que, por el contrario, se está bien con lo que se tiene y a partir de ahí se vigila la masculinidad de los demás. (Angélica Valero, notas de campo, 2021).

En el caso de la primera y la segunda generación, y en parte de la tercera, esta “iterabilidad” se hace visible en distintos momentos de los relatos a través del trabajo agrícola, trabajo que es narrado desde su propia existencia y aparece al dar el primer paso en el territorio veredal, que está acompañado de un olor a tierra mojada y labrada, donde cada cultivo de cebolla, papa, eucalipto, vacas y terneros se relaciona con la forma en la que se constituye la masculinidad. A la primera generación su papá le enseña que tiene que trabajar: *“lo ponían a uno en el surco a trabajar, desyerbar cebolla, desde pequeños, los papases de uno, buscaban que con el trabajo uno no se perdiera o que se pusiera a tomar ni nada de eso”* (Comunicación personal, Abuelo Castaño-Verde, 86 años, 31 de octubre del 2021)

En relación con esta misma idea de masculinidad y de su formación, vemos que para la segunda generación hay una forma de interiorizar el trabajo y de relacionarlo con su idea de construcción de masculinidad: *“el campo es duro y tú, como hombre, desde los 7 u 8 años, ya tienes que estar trabajando: nada de televisión”* (Comunicación personal, Tío Sonrisas – Plateadas, 44 años, 11 de septiembre del 2021); asimismo, para la tercera generación, de la misma manera que en el relato del tío Sonrisas – Plateadas, el Nieto Roble- Rocín, menciona: *“mis padres, desde que nosotros teníamos la edad de 7 años, ya empezamos aprender a ordeñar las vacas; mis papás con su aprendizaje agrícola nos sacaron adelante y nos dieron todo, mi niñez fue muy tranquila”* (Comunicación personal, Nieto Roble- Rocín, 19 años, 26 de septiembre del 2021)

Los relatos biográficos de los hombres que participaron en la investigación, puntualmente de la primera y segunda generación, me permitieron ver que la labor del campo no podía ser aplazada por la niñez. Los hombres de estas generaciones coinciden en que, desde la edad de los siete u ocho años, debían empezar a trabajar en la tierra y cumplir con sus labores; en algunos casos se ve cómo comparan la infancia de los niños de la actualidad con la de ellos, a la que consideran como frágil, frente a su propia infancia, en la que *sí o sí* debían hacer los oficios del campo. Para la primera generación hay una ausencia de cariño y la aplicación del castigo como medida para

regular el trabajo en el campo; para la segunda generación hay una mediación entre las tareas del campo y la escuela; para la tercera generación, la idea del trabajo en el campo, si bien es necesaria, no denota una imposición y la idea de castigo es difusa, por lo que se les da la posibilidad de elegir por medio de un diálogo más directo entre el deseo del niño y las ideas de los padres.

En términos de Elizabeth Jelin (2016), “[e]n la actualidad, la dinámica de las relaciones intergeneracionales entre padres e hijos/as adolescentes y jóvenes es ambigua” (Jelin, 2016, p. 38); en este contexto es importante comprender que los diálogos se dan en los procesos intergeneracionales, es decir por el hecho de que las generaciones actuales ven los recorridos cotidianos de sus ancestros y reflexionan en cómo quieren que se transforme su cotidianidad, o qué es lo que quieren excluir de sus prácticas personales; esto implica que esa exclusión se puede dar en términos de una decisión: los nietos, por ejemplo, ven cotidianamente a la abuela *levantarse a las cuatro de la mañana todos los días a preparar el café, ir a ordeñar las vacas y devolverse a preparar el desayuno, usualmente changua, pero también ven al abuelo mientras espera el tinto y el desayuno para ir a ensillar su caballo y empezar el día*. Es por lo anterior que puedo decir que, en las conversaciones biográficas, es posible ver una tercera generación que quiere alejarse del azadón, de la sumisión y del frío de las cuatro de la mañana como un acto cotidiano.

Quiero recordar que hay una constante de la figura paternal que produce prácticas de masculinidad desde el contexto rural, representada como una “autoridad patriarcal” que dirige y define quién hace qué y en qué momento; igualmente, es importante ver cómo la estructura familiar patriarcal está cambiando y cómo puede ser transformada de manera intergeneracional.

...La ausencia de cariño de los padres en el escenario rural se lee y se escucha doloroso y me permite ver mi experiencia con la masculinidad de mi padre y las distancias emocionales: un hombre que también creció en un espacio rural y que su forma de dar amor siempre ha sido la de ser un hombre “proveedor”. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Estos hombres, a la hora de narrarse, evocan recuerdos, marcas, rupturas, conceptos y dolores; no obstante, saben que esta es la forma en la que sus padres los criaron para convertirse en “hombres de bien”. En muchos casos, esos recuerdos dejan ver la añoranza de un tiempo en el que, como niños, hacían cosas que les permitiría construir su masculinidad; por ejemplo, *“El Esposo*

Roble – Naval recuerda cómo jugaba fútbol con sus amigos, cómo hacían chocar a las cabras mientras las cuidaban, cómo la escuela era un espacio para ser niños y jóvenes, y cómo todo esto les permitía una complicidad en sus espacios de homosociabilidad". (Angélica. Valero. Notas de campo, 2021)

En la relación entre ellos, segunda generacional y sus padres de la primera generacional, y en la forma en la que sus padres y ellos fueron "criados", se advierte una tensión en la transmisión generacional, la construcción de identidades y sus rupturas, lo que implica ver que, mientras una de las generaciones se impone de manera natural y con delicadeza, se dan unas rupturas desde el dolor y desde la "ausencia del cariño", e indica las contradicciones en el interior de cada una de las familias. Las variables de las familias pueden ser matizadas o desdibujadas desde la experiencia misma de los sujetos que habitan el contexto, en este caso el de la vereda de Caños de Paipa en Boyacá que, sin embargo, no presupone que existan unas variables determinadas para cada generación:

...Al recorrer los parajes y caminos de la vereda puedo ver que la familia sigue siendo el núcleo principal y que las generaciones están marcadas por aprendizajes como el heredar la ropa de los hermanos o de las madres a las hijas, lo que resulta ser muy significativo para comprender los actos performativos en el contexto rural; sin embargo, esto no implica que no se puedan dar desconexiones o rupturas desde las miradas de los sujetos. Tenemos que ver más allá de las limitaciones o las propuestas sesgadas por la norma. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Lo anterior, me permite ver cómo las "rupturas internas" dan paso a otras formas de percibir la idea de la "masculinidad" y cómo, a pesar de que los hombres que participan en esta investigación están en un contexto en común, su añoranza o su apuesta por sentirse bien o ser "hombres plenos" varía, tomando distancia del punto de partida de la crianza, lo que se visibiliza mejor en las tensiones que se dan entre la segunda y tercera generación. Así, lo vemos con el Esposo Roble-Naval, de la segunda generación, que en su relato narra los espacios escolares en una cancha de fútbol con sus pares, y lo podemos redimensionar con el Nieto Color-Sol, de la tercera generación, quien relata que "cuando era niño no [le] gustaba jugar fútbol y [le] gustaba estar estudiando o

haciendo otras cosas diferentes” (Comunicación personal, Nieto Color- Sol, 18 años, 8 de enero del 2021).

Escuchar al Nieto Color- Sol, al Nieto Roble-Rocín o a la Madre/Nieta Color - Violeta me permitió ver otro panorama y pensar que son completamente diferentes, pues, a pesar de que su raíz está en Boyacá y de que de ahí vienen sus aprendizajes, esto no implica que van a pensar igual y que su experiencia se media solo desde el contexto. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

En la misma línea, estos relatos abren la discusión del problema y permiten “sentir” cómo las prácticas reiterativas de masculinidad pueden ser contradictorias para algunos de los que participan en la investigación, como en el caso de la Madre / Nieta Color- Violeta, que, desde sus afectos en la adultez, vuelve su mirada hacia atrás, a su pasado más cercano; en su relato se puede apreciar que las brechas generacionales se dan desde las “exclusiones” transmitidas en la crianza pues, además de hacer parte de la tercera generación, es una mujer que reflexiona sobre la “autoridad patriarcal”, a partir de su *sentir*,

...ya que yo tengo dos hijas (...) ellas piensan diferente, aunque van para el mismo punto y tiene la misma crianza, como en el caso de mis hermanas, cada una piensa diferente, pero ellas no quieren romper el ciclo, siguen ligadas a lo tradicional, ellas ven al esposo como lo más grande, y pues no, todos somos iguales, yo veo el espejo de mi padre con mi madre y no quiero lo mismo para mis hijas y yo les doy el ejemplo de que somos iguales, tanto mi esposo como yo, somos iguales y yo lo trato al nivel que el me trata. (Comunicación personal, Madre Nieta – Color Violeta, 30 años, 30 de diciembre del 2021)

Estas rupturas, que aparecen en la corporeidad del discurso de las mujeres que buscan otras formas de enseñar y, a la vez, de aprender a “ser” desde la crianza de sus hijos, permiten vislumbrar la importancia del *afecto* en la formulación de *otros* diálogos intergeneracionales que dan una perspectiva sobre otras infancias, anhelos, prácticas de feminidad y que apuestan por otras transmisiones: el afecto se convierte en el *umbral* y en el *camino* para pensar en generaciones que desactivan el miedo y la investidura de la masculinidad.

Estas rupturas, en el discurso de las mujeres que cargan con la herencia de sus ancestros, evidencia cómo la infancia puede revestirse de prácticas de masculinidad y de feminidad *situadas* en la exclusión corporizada en los cuerpos de las madres; esto puede ser matizado con la idea de una necesidad del “amor” en los escenarios familiares, desde la experiencia de algunos hombres, como lo expone bell hooks.

Al observar el pasado desde una perspectiva adulta, Shelby habla del impacto de que la violencia física tuvo en su psique cuando era niño (...) Las autobiografías de muchos otros hombres, de todas las razas y orígenes sociales, cuentan la misma historia. (hooks, 2021, p. 49).

Estas exclusiones no son necesariamente abruptas y no se ven a simple vista. A pesar de que mi diálogo con los hombres y las mujeres me dejó ver parcialmente el problema de unas prácticas fijas de masculinidad y de su continuidad, sin importar el contexto en donde se dé, para hablar de prácticas de masculinidad es necesario hablar de la existencia de rupturas y de la actitud corporal que da a entender las mismas. El cuerpo comunica la *exclusión*.

Los cuerpos se narran y las vidas se sienten. En el caso de mi investigación, desde el momento en el que se sientan los hombres o invitados en la mesa inicia la narración, al tomar su tasa de café o aguapanela y al acompañar esta con un buen trozo de queso, y de esperar que la última en sentarse sea la madre: ahí nos narramos; cuando se espera que se nos sirva o cuando se dibujan en el rostro sonrisas o miradas esquivas, desde la incomodidad, por preguntas de nuestra intimidad, de nuestra vida: ellos se narraron cuando se sentaron conmigo, ellas se narraron cuando sintieron que podían hablar. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022).

Las exclusiones están, las narraciones lo indican, las brechas generacionales se dibujan en los diálogos y en la presencia del cuerpo, en las conversaciones con los ancestros. Estos tipos de exclusión están allí y provocan una brecha generacional, lo que tensiona la transmisión intergeneracional y da lugar a nuevas formas de construir la identidad de quienes habitan el contexto.

¡Hablemos del miedo!

[...] Pasan padres
Pasan vidas
Pasa el día del amor
Paso firme de las cosas
Que nos deja
Solos...
[...] Cuando la luz se haya apagado
Solo llevar es tu cansancio
Humanos tejiendo la otra historia
Esa que borra tu memoria
Pasará, pasará...

Fragmento de canción “Pasos”, de Malena Muyana.

Lo que he planteado hasta aquí, en relación con la construcción de las prácticas de masculinidad desde la infancia, me sitúa en las experiencias de los hombres y las mujeres que nos relatan sus biografías, desde sus andanzas con sus padres, sus pares o su relación con el contexto. Los relatos de la infancia dan cuenta de espacios performativos en donde el “miedo” fue un dispositivo para moldear y producir *prácticas de masculinidad* que, en términos generacionales, en algunos casos se reprodujeron en los diferentes “relevos generacionales”.

¿Es el miedo el que nos inserta en la norma? En un primer momento identifiqué que el miedo es el dinamizador de la masculinidad y que no solo ellos lo han sentido: las mujeres lo sintieron cuando se demoraron en sus labores y lo transmitieron desde la misma narración de ellos, en la descripción de las labores de ellas y en las consecuencias de ser mujeres en el contexto rural. Este miedo se transmite generacionalmente y se aprende a sentir y a seguir. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Este “miedo” que fractura la masculinidad e involucra el *temor* de perderla, que duele y no muestra su dolor, subyace a las prácticas que nos permiten preguntarnos por la existencia de un deseo *otro* en el que sea posible expresar *otra* masculinidad que, por ese “miedo” a la *exclusión*, no pueda ser verbalizada o corporizada; esto implica que el miedo aparece para los hombres en términos de lo “desconocido”, lo que se evidencia cuando se escucha que *todos* los hombres, por lo menos los de esta investigación, ponen el “castigo” como el medio para moldear la masculinidad, como una herramienta necesaria de la “autoridad patriarcal”, traducida como un ejemplo de respeto y autoridad, lo anterior no implica, sin embargo, que el uso del castigo no se transformara con el paso generacional.

Es por lo anterior, por lo que los hombres y las mujeres narran, con una sonrisa que se oculta al mirar al suelo, cómo les enseñaban “a punta de arropa de juguete”, y defienden esto como una situación que les permitió constituirse, a los hombres como “hombres de verdad”, “responsables”, “respetuosos” y “sin ninguna desviación”, y a las mujeres desde un “miedo” que les enseñó a obedecer. Esto no implica que quienes hoy comparten su voz no estén inmersos en dinámicas que puedan excluir las prácticas de la anterior generación y permite una reflexión sobre la “norma” como eje transversal de la *performatividad*, sobre cómo esta se convierte en un “marco normativo” que afecta las dimensiones de la corporeidad y del género, y que se moviliza entre unas fronteras definidas por lo simbólico y lo práctico desde que somos niños.

Lo anterior lo relaciono con la forma en la que las normas se movilizan desde las prohibiciones, las amenazas, los tabúes, las idealizaciones y las sanciones, aspectos que, a su vez, son visibles desde el lenguaje del cuerpo y que se convierten en lo simbólico y lo repetitivo en los procesos culturales: es ahí en donde se puede pensar en el “miedo” como móvil. Podríamos decir que el temor de decir algo que vaya en contra de la masculinidad limita el accionar mismo de la práctica masculina y excede la posibilidad de la exclusión, lo que implica pensar en la sanción social de la familia y el contexto, llega al punto de prohibir *sentir* y formula una idea de “hombre” que nunca podrá ser repetido en su totalidad.

Me baso en Butler (2020) para afirmar que estas demandas a lo masculino, tabúes o sanciones⁶³ —sobre el cuerpo masculino y femenino y en nuestro caso a los y las campesinas de las tres generaciones de un contexto rural— que empezamos a interiorizar desde pequeños, hacen parte de una “norma heterosexual” que puede ser vista como la base normativa de las pautas y las prácticas de crianza de las familias⁶⁴ colombianas; en este sentido, al ser la familia el primer espacio de socialización, esta es la que permite que las normas se cumplan. Es necesario recordar que estas prácticas “iterativas” posibilitan los espacios de “ruptura”.

...Ver las dinámicas familiares me permite comprender la forma de criar de las familias; si bien cada una de las familias tiene unas prácticas propias, también hay una red de sentidos que se cobran en el diálogo con el otro, un otro que me puede sancionar, me puede prohibir y puede romper la idea de la masculinidad. Es interesante como en muchos casos, al escuchar la voz de ellos, comparan su familia con las familias de los vecinos, lo que le da relevancia a la existencia de un otro que restringe mi masculinidad. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Para no dejar esta idea de lado, que ese *otro* aparezca en escena no implica que la exclusión no se pueda dar. Con relación a las dinámicas generacionales “iterativas” se evidencia un patrón que no impide, sin embargo, una reconfiguración de su ser hombre o mujer. Aquí me remitiré a la conversación biográfica con dos mujeres, una de la primera generación y otra de la segunda, que participaron en la investigación. La primera menciona que:

...eso existe siempre, los hombres a dominar a las mujeres y a pensar que son los que mandan; ya hoy en día no hay ese machismo, porque hoy en día se ha igualado la potestad del hombre y de la mujer; todos tienen el mismo derecho de estudiar y a trabajar por igual,

⁶³ Desde mi experiencia investigativa y corporal, vi y sentí cómo se siguen depositando tabúes sobre la libertad del cuerpo del *otro* en donde lo masculino y lo femenino están atravesados por patrones culturales tradicionales que han implicado y siguen construyendo esa *iterabilidad* que tensiona y posibilita una *ruptura*.

⁶⁴ Es importante recordar el debate que expone Elizabeth Jelin sobre la crisis de la familia, la cual es interpretada como: “la ruptura de un modelo tradicional de familia y la emergencia de una multiplicidad de formas de familia y convivencia que exhiben, en parte, procesos de democratización de relaciones familiares y de extensión de derechos (...) que suponen estas transformaciones, particularmente en lo que respecta a la sobrecarga de trabajo de las mujeres, la desprotección de la sexualidad (y de la maternidad), las necesidades de cuidado. En este sentido, será claramente una precursora de las reflexiones actuales en torno a la organización social de los cuidados” (Jelin, 2020, p. 33)

ahora ser chicos no es tan difícil. (Comunicación personal, Abuela Azul – Blues, 75 años, 1 de noviembre del 2021)

La segunda señala:

...cuando era niña me enseñaron que debía respetar a quien sería mi esposo, cuando a uno lo maltratan aprende que, primero uno se debe respetar a uno y no dejársela montar porque es el marido de uno, uno tiene que ser berraca y hasta grosera [...] desgraciadamente muchas mujeres seguimos con ese pensamiento de siempre respetarlos por ser “hombres”. (Comunicación personal, Madre Azul-Clarito, 57 años, 22 de enero del 2022)

La narración de ellas me lleva a ver el *ser* mujer en el espacio rural. La forma en la que se aprendió en la niñez a serlo y su confrontación con su ciclo vital actual nos lleva a pensar que las prácticas pueden transformarse y que la “exclusión” puede estar presente en los sujetos cuando contemplan en sus cuerpos y en sus emociones algo que para ellos atenta contra ellos mismos. Ellas se narran desde su experiencia y, como veremos en el apartado número tres, también en la familia: las mujeres defienden una masculinidad restringida, normativa y tradicional.

En concordancia con lo anterior, así lo afirman: la Madre Azul - Clarito, la Madre/Nieta Color-Violeta y la Abuela Azul- Blues, tres mujeres de tres generaciones distintas, de una misma familia, pero con diferentes biografías, que han vivido desde su niñez, de manera directa o indirecta, las “prácticas violentas de masculinidad”; algunas veces, de su parte, con un “silencio cómplice”, pero también de quienes habitan en el espacio.

¿El amor y el afecto posibilitan rupturas?

En un mundo ideal, cada uno de nosotros aprendería a amarse desde la infancia y crecería seguro de su propia valía, llevando al amor a todas partes y consiguiendo que resplandeciera nuestra propia luz. Aunque no hayamos aprendido a querernos de niños, todavía es posible la esperanza. (hooks, 2021, p. 93)

Este epígrafe me recuerda la importancia del *afecto* y de cómo este posibilita unas rupturas en los diálogos intergeneracionales y potencia la libertad del ser; si bien quienes participaron en esta investigación apelan en algunos momentos al “castigo”, también son conscientes de que la violencia dejó de ser un “lenguaje” que comunica, que permite formar y criar en plenitud, y de que las nuevas generaciones son diferentes y tienen *otras* posibilidades, a pesar de estar en el mismo contexto en donde nacieron y se criaron sus abuelos y sus padres.

Independientemente de la farsa que se hayan montado, en su interior muchos hombres se consideran víctimas de la falta de amor. En la infancia creían, como todos nosotros, que les esperaba una vida llena de amor, y aunque de niños tuvieron que aprender a comportarse como si este sentimiento no importara, en su corazón albergan un profundo deseo de amor. Y ese deseo no se desvanece automáticamente cuando se hacen mayores. (hooks, 2021, p. 65)

Lo que afirma bell hooks abre las posibilidades de la discusión, permite analizar los relatos de quienes participaron en la investigación y da cuenta de cómo ese “relevo generacional” involucra una “desidentificación” que, desde el análisis de Constanza Mendoza, está dado en el contacto entre generaciones y en sus procesos: el “vínculo que une la sucesión entre ellas es la difusión de historias, tradiciones y normas, las cuales garantizan niveles de continuidad y cohesión en las sociedades, a través de las identificaciones y desidentificaciones que se construyen entre predecesores y descendientes”. (Mendoza, 2013, p.16)

...pensar que no nos identificamos con nuestros padres, madres, abuelos y abuelas es vital para comprender las rupturas en los actos de repetición. No podemos idealizar o mitificar a los hombres y las mujeres que participaron en la investigación, pensar que todos se alejan o que siguen al pie de la letra las prácticas performativas de masculinidad. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Asimismo, la relación entre generaciones no está dada en una sola vía y da lugar a cualquier tipo de bifurcación y de relevo generacional, lo que me lleva a pensar en unas posibilidades distintas para las prácticas de masculinidad y a admitir que los actos performativos se renuevan.

Por consiguiente, cuando abordo lo “performativo” en los procesos “generacionales e intergeneracionales” en el contexto rural, tengo en cuenta que si bien los participantes, desde que eran niños y niñas, ponían en escena unos actos “iterativos” basados en las normas de género que les indicaban como ser mujer y hombre, también mostraban cual sería la desviación de esta norma —desviación que puede estar reflejada en la necesidad de pensarse diferente al otro, uno que evoca su masculinidad como manto, como fin— en el sentido que señala Butler cuando piensa en el acto de “deshacer el género”, en su concepto normativo, cuando mencionan su nombre en voz alta, cuando hablan de su familia y miran al pasado.

En mi diálogo con lo teórico veo que, al abordar los procesos intergeneracionales y evidenciar nuevos lugares de enunciación, se da una conexión directa con la “ausencia”. Estos lugares pueden ser movilizados sin olvidar que la voz “tenue” de la práctica sobrevive y que, aunque la práctica sea presentada por otro y su pronunciación sea diferente, su afirmación provocará los mismos efectos de pérdida de la exclusión.

Esto nos lleva a pensar que, aunque desde la infancia se van dando unos actos repetitivos basados en la norma, enunciarlos y corporizarlos puede dejar al descubierto otro lenguaje y otra comprensión del fenómeno: debemos recordar que los actos abren posibilidad de ir contra la norma. Actuamos, nos convencemos y le damos valor a las normas para no dudar de ellas, al punto de pasar entre lo que *es* y lo que *no es* el género, lo que, a su vez, posibilita la exclusión.

...entonces, ¿no nos damos cuenta cuando actuamos? Es interesante ver que, al narrar nuestra experiencia, normalizamos toda la experiencia de los niños y las niñas y dejamos de lado su deseo, sus dolores, sus ausencias y sus preguntas; eso, en cierta medida, posibilita que las prácticas de masculinidad se perpetúen en su propia iterabilidad. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Lo señalado hasta acá permite afirmar que, en el plano público, las prácticas masculinas parecen estar desconectadas de la realidad de los niños y que el proceso de convertirse en hombres es “violento”. Estas construcciones de masculinidad se *iteran*⁶⁵ constantemente, lo que confirma que

⁶⁵ Si el género es performativo, entonces se deduce que la realidad misma del género está producida como un efecto de la actuación de género. Aunque haya normas que rigen lo que será y lo que no será real, y lo que será o no inteligible,

“[l]a masculinidad patriarcal requiere que los varones, ya sean niños u hombres, no solo se consideren más fuertes que las mujeres y superiores a ellas, si no que hagan todo lo posible por mantener su posición de dominio.” (hooks,2021, p, 65). Asimismo, no hay que perder de vista que el *afecto* como práctica puede ser disruptivo-transformador y puede permitir la “exclusión” en medio de la “iterabilidad”, y que quienes se narran hoy a través de estos testimonios les permiten a los que serán normalizados por las pautas generacionales de crianza que tengan *otra* mirada.

En pocas palabras, podríamos decir que las dinámicas que vemos en lo rural y, específicamente, en la familia Salvia de la vereda de caños en Paipa, Boyacá, sobre la infancia y la construcción de masculinidades, son derivadas de unas prácticas que siguen vigentes y generan *exclusión*, pero que surgen también en medio de la “exclusión”, estas *otras* prácticas, implican “criar” de manera distintiva y de proyectar otro tipo de infancias. Si bien en los relatos vemos que la defensa y el anquilosamiento de las prácticas de masculinidad están muy vigentes, estas han tenido que transformarse por el cambio de percepción de las nuevas generaciones y por el contexto.

Segundo apartado

¡Cuando queremos llorar, no sabemos cómo llorar!

“Cuando uno va a llorar, no sabe cómo hacerlo” (Comunicación personal, Nieto Roble- Rocín, 19 años, 26 de septiembre del 2021)

se cuestionan y se reiteran en el momento en que la performatividad empieza su práctica citacional. (Butler, 2021, p. 308)



Ilustración 10: Situar el contexto desde el espacio circundante.

Esta es una de las frases que más profundamente atravesó mi corporeidad y mi ser-mujer. A nosotras nos han enseñado cómo llorar y nos han calificado históricamente como las “dueñas del drama”: lloramos cuando nacemos, al crecer, cuando nos “duele algo”, cuando perdemos a alguien, porque llorar nos es natural. Al escuchar a los hombres de la tercera generación se atisba una manera distinta de asumir las expresiones de la masculinidad en el campo: tanto el joven que está vinculado al campo como el que está inmerso en el espacio académico han sido criados por hermanos que han tenido las mismas pautas de crianza, pero sus contextos y sus experiencias sobre la vida les han permitido otra comprensión y otro relacionamiento con los otros, con el medio y con la naturaleza; no obstante, no se puede afirmar que ellos, por ser de la tercera generación, están completa o parcialmente excluidos de las prácticas de las anteriores

generaciones.

Lo anterior me permite comprender que las generaciones se van renovando desde el vínculo y la continuidad y que cada exclusión se convierte en una irrupción. Las generaciones están ligadas a unas prácticas culturales, tradicionales y familiares, lo que implica que sus renovaciones son constantes, pero las irrupciones no se dan cotidianamente; por ejemplo, en la familia Salvia es natural que se dé el relevo generacional en el trabajo agrícola, pero no se da en los mismos términos en las prácticas de crianza de las nuevas generaciones.

Sobre esas brechas generacionales y exclusiones en las prácticas performativas de masculinidad, vemos al Nieto Color- Sol, de 18 años, con una experiencia de vida que lo ha llevado a reconocer dos maneras de *crecer* en Colombia: por un lado, en Valledupar, en un entorno femenino que para él no dejaba de ser conservador, y, por el otro, en Boyacá, un espacio más libre pero cargado de mucha “hombría”, según sus palabras; así, su crianza, al estar alejada de su padre en los primeros años de vida, no tiene como modelo la masculinidad del padre y le permite vislumbrar un nuevo espacio con otras prácticas; en este caso, señala que:

A mí desde chiquito me enseñaron que los hombres no lloran, que los hombres deben tener cierta etiqueta en ciertos lugares, no pueden utilizar colores rosa; las mujeres tenían que tener su grupo, que las mujeres eran chismosas (...) esas cosas no están del todo bien, desde pequeño tus padres te apoyan como creces, como te percibes, pero, absolutamente, tu debes encaminarte según lo que uno sienta, lo que uno quiera. (Comunicación personal, Nieto Color- Sol, 18 años, 8 de enero del 2021)

A su vez, insiste en su alejamiento de las prácticas masculinas de sus familiares, pues montar a caballo no es una opción válida para él. Además, el estar en un espacio universitario en otra ciudad le permite otro relacionamiento social y otra mirada sobre el “ser” hombre, que excede el trabajo agrícola y le permite la decisión de desprenderse de la idea del campo como eje central de su proyecto de vida.

...Esta es una de las narraciones que tensionan mi percepción de las infancias y juventudes en el espacio rural y que me invitan a pensar en la ausencia, sobre cómo esta puede transformar proyectos, actos reiterativos y cómo permite la exclusión. él Nieto Color- Sol se ve a él mismo diferente, se lee diferente y se separa del resto, todo desde su subjetividad y desde el deseo que lo convoca. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Es importante resaltar que, al estar definidos hombres y mujeres por unas sanciones, limitantes, prohibiciones y amenazas, con base en unas normas de género, de construcción identitaria y de una producción performativa, no es posible hablar de una tipología de masculinidad por el contexto, sino de prácticas movilizadas por experiencias corporales en el entorno, con los otros y con ellos mismos.

En otras palabras, con base en la explicación del “género como norma” para Judith Butler, no me puedo quedar en la idea de que el género es una norma *per se*, este va más allá de los lugares de la feminidad y la masculinidad y como estas habitan un mismo espacio, esto no implica desconocer que existe el lugar normativo. Por ende, no podemos afirmar que el género es lo que uno *es* o únicamente lo que se *tiene*, va más allá y se complejiza, con el cuerpo, las miradas sobre él, en cómo internamente nos sentimos, lo que expresamos, lo que deseamos y nuestras propias barreras a la hora de pensarnos hombres, pensarnos mujeres, va más allá de la norma, pasa por ella

y se expresa en los actos que repetimos día a día. Así, encontramos el relato del Tío Sonrisas-Plateadas, quien en medio de la conversación biográfica y con firmeza me indica que:

...hay mucho por hacer culturalmente, hay mucho por hacer laboralmente... Hay mucho por hacer. Hasta pienso que hasta en el marco de la legislación también hay mucho por hacer. Pero si nos remitimos al campo, pues, obvio, más porque culturalmente es más difícil, es más difícil que una persona que haya crecido en el campo llegue de a las cinco de la tarde de su trabajo y le diga a su esposa: ¿ya lavaste la loza o te apoyo?, ¿vamos a hacer la comida los dos? Cierto es que es poco dado en el campo. Ya de pronto nosotros un poco más jóvenes ya llegamos del trabajo y ella también llega del trabajo y nos compartimos las cosas de la casa, hacemos las tareas tratando de apoyarnos para que el hogar vaya más o menos al día, pero en el campo es otro escenario. Angélica, tú ves que ya llega el Señor a las cinco de la tarde y se sienta ahí y ya tiene que atenderlo, atender la visita, preparar todo para el otro día, despertarse primero que él, porque cuando él se levante hay que tener el café y salir bien sea a ver el ganado, al corte del sembrado o al corte del trabajo. Ya están los dos, pero ya tiene que estar una hora o antes despierta para poder tener todo listo para la salida; y lo que tú dices se convierte también en lo que se va a negociar, porque ya la edad del señor ya de pronto no da, porque de pronto su salud tampoco lo permite; porque, bueno, eso no es un factor, es que se puede dar una situación de esas, pero sí que hay mucho por hacer. Claro que hay mucho por hacer, así nos enseñaron, pero hay mucho por hacer y cambiar. (Comunicación personal, Tío Sonrisas – Plateadas, 44 años, 11 de septiembre del 2021)

Esta narración me permitió pensar en el convencimiento del Tío Sonrisas – Plateadas y del Nieto Color- Sol, en la necesidad de algo distinto que abra otros caminos o, por lo menos, que determina otras posibilidades de ser y de tener; pero, a la vez, me provocó un sinsabor, al ver que ambos han tenido la oportunidad de estar en espacios académicos fuera del espacio rural, lo que indicaría que su contexto *citacional* es mucho más amplio y que la exclusión se daría más en términos de posibilidad y no de experiencia generacional.

Por otro lado, veo al Nieto Roble- Rocín, de 19 años, que ha mantenido un contacto directo con los relatos de su abuelo, padre y tíos, lo que lo vincula completamente al campo. En su caso, con prácticas y frases que defienden la masculinidad hegemónica y del no reconocimiento de otras formas de ser hombre en su contexto. Argumenta, sin embargo, que las mujeres han sido diferenciadas en su crianza, tanto en la casa como en la escuela, y muestra su comprensión de la masculinidad, de cómo ser un hombre “fuerte” y productivo que refleje sus aprendizajes y búsquedas. Podría decir que cada día se cultiva para llegar a ser ese hombre que le prometieron que iba a ser y que confían que será. Esto que vemos en su relato no implica sin embargo que no exista la pregunta por la exclusión: cuando él se pregunta por el llanto lo convierte en un antónimo de fortaleza, y nos indica que él también, como el Tío Sonrisas- Plateadas y él Nieto Color- Sol, se pregunta por su masculinidad, sea fuerte, débil, tradicional, frágil, limitada o desbordada.

Esto nos indica que, si bien en las tres generaciones ha habido una transformación, confrontación y acomodación de este modelo de ser-hombre, sigue vigente un carácter conservador de la enseñanza, un carácter que puede estar cargado de normas, limitantes, sanciones, castigo, dolor y miedo. Además, se evidencia que las prácticas de masculinidad son diferentes para él Nieto Color-Sol y para él Nieto Roble - Rocín, por sus funciones en el hogar, sus gustos y sus apegos, lo que contrasta con sus visiones de mundo y con el espacio que los convoca. Lo mismo sucede con la Madre/Nieta Color- Violeta, quien señala constantemente que le gustaría romper el “ciclo” por sus hijas, un ciclo cargado de emociones, responsabilidades ligadas a su feminidad y de angustias, en especial porque su crianza estuvo marcada por la idea de una feminidad sumisa, silenciosa e invisible.

...La familia está dotada de sentidos, de preguntas y de conflictos, lo que provoca que se exprese una inconformidad y que la solución sea apartarse, excluirse. Después de la grabación, la Madre/ Nieta Color-Violeta me menciona que está alejada de su familia, de sus hermanas, de su padre y de su madre, y es enfática en decir que eso no la hace sentir culpable, que quiere educar a sus hijas sin que nadie más las eduque. Me pregunto: ¿será posible excluirse completamente de la familia? (Angélica Valero, notas de campo, 2021).

En este caso, aunque ellos no podían llorar y ella sí, aunque ellos no podían vestir de rosa y ella sí, y aunque ellos podían ser libres por su trabajo y ella no, ella quiere que sus hijas puedan *elegir*

entre el rosa y el azul, aun cuando, para la tercera generación, que la incluye, la estructura familiar se siga organizando de la misma forma, con algunas excepciones; en el caso de los hombres, el problema va más allá de poder llorar o no, por el hecho de que aún hay familias que se estructuran como en la época del abuelo.

Lo afectivo no es solo poder llorar, son las heridas.

(...) Me llaman la malquerida
Mujer que llegó del campo
Que guarda bajo su vientre
La semilla de la vida.

**Fragmento de canción “La
Malquerida” de Natalia
Lafourcade**

Vemos cómo las generaciones cargan las heridas y las limitaciones de sus ancestros, que al parecer son difíciles de aceptar; en este sentido, no podemos hablar del llanto sin hablar de por qué es significativa la capacidad de llorar, aspecto sobre el que bell hooks menciona que,

[c]uando un individuo es herido de niño en esa parte de sí mismo que debería hacerle conocer el amor, la herida que ha sufrido puede ser tan traumática que más tarde cualquier intento de recuperar ese espacio le hará temblar de pies a cabeza. Esto es especialmente en el caso de los hombres. (hooks, 2021, p. 175).

Al hablar de heridas, llantos y ausencias comprendo la importancia de que, más allá de la necesidad de aprender a llorar, es necesario pensar a los hombres desde las heridas que puede causar la ausencia del afecto y las vestiduras de la masculinidad en su infancia, y desde las fracturas que quedan en el presente: *hoy él sufre de sus enfermedades, yo creo, porque cuando pequeño le daba el agua hasta las rodillas y le tocó muy duro, arriando vacas así lloviera: fueron “tesos” con él, solo por ser el varón y el mayor*”. (Comunicación personal, Madre Azul- Clarito, 57 años, 22 de enero del 2022)

Esto nos lleva a pensar que, en términos emocionales, las mujeres somos educadas y aprendemos a valorar lo afectivo sobre la razón, a creer en el amor, a sentir y a mostrarlo, y que, por el contrario, los hombres se educan para alejarse de todo lo que implique el *afecto*. Acá vemos cómo desde la infancia se formulan las trayectorias de la *performatividad* que se van perfeccionando al pasar por las siguientes etapas etarias.⁶⁶

Me sentí muy rara y confundida al ver que el Esposo Roble - Naval en medio de la entrevista, se sintió expuesto, que su rostro cambió de color y su rudeza se “pasmó” al hablar de lo emocional, de su niñez y su juventud. Ver, que se sentía observado y que su masculinidad estaba ante una mujer, me dio pistas de su “deseo” y de cómo este podría movilizar otras prácticas ajenas a su crianza. Ver, que trataba de defender su masculinidad, con bromas y comentarios, expone los limitantes de lo “reiterativo” y cómo nuestra lectura académica es corta y prejuiciosa para comprender la “diversidad identitaria” que se puede dar en los diálogos intergeneracionales. Lo que implica que, es importante profundizar en el “ser” hombre en el contexto rural. (Angélica Valero, notas de campo, 2021).

Sentirme rara, ajena y confundida con algunos relatos me hace cuestionarme sobre mi propia construcción y sobre mi forma de pensarme mujer y feminista; además, sobre cómo veo o veía a los hombres en el espacio rural, al pasar por los caminos, de una finca a otra, por los senderos de los caballos y de los hombres que los montan. Así, pensar a los hombres como sujetos a los que se les dificulta lo emocional, que viven en contradicciones constantes, propone una mirada más amplia para comprender las distintas prácticas de masculinidad desde lo emocional, su papel en el campo y la manera como se dan las negociaciones en términos intergeneracionales.

Asimismo, esto me lleva a recordar que la masculinidad es el resultado de unas dinámicas implícitas del género que, en medio de este diálogo constante entre el género, el contexto y las dinámicas propias de los diálogos intergeneracionales, se identifican con las normas, las

⁶⁶ Con base en la metodología aplicada en la investigación, este problema intenta evidenciar, por medio de las conversaciones biográficas y la observación, los rasgos emocionales de los hombres y las mujeres participantes “En el conocimiento del otro que se propugna explícitamente como uno de los pilares de la entrevista, el registro de la afectividad es precisamente el que da cierto indicio de “la clase de persona” de que se trata, aportando un suplemento de sentido respecto de sus obras, y es ese lazo de proximidad, tejido en una materia común, aquello que puede compartirse más allá de toda especialidad, esa pasión que habita el cuerpo y el “alma” -y que la versión escrita se ha habituado a “traducir” en un segundo texto diegético, como en la obra teatral—, lo que es capaz de anudar, a su vez, el afecto y la confianza”. (Arfuch, 2007, p. 155)

exclusiones, los dolores y las ausencias, y que esto, al ser relacional, afecta también, directamente a las mujeres; a su vez, las heridas que se causan desde la ausencia implican un desencadenamiento de prácticas que reafirman la masculinidad hegemónica y tradicional.

La cocina, el azadón y el cuidado

[...]tú naces en el campo y las niñas son para ayudar a la mamita, para acompañarla, para estar con ella, para aprender las cosas de la casa, para aprender que hay que cuidar a los hermanos y a el papá. (Comunicación personal, Tío Sonrisas – Plateadas, 44 años, 11 de septiembre del 2021)

Este recorrido me ha implicado desmontar la idea de una “rudeza estática” por el hecho de ser campesinos o “ser” hombres. Si bien las dinámicas del campo tienen unas implicaciones directas sobre la construcción de las prácticas de masculinidad desde su contexto “natural” y agrícola, es fundamental recordar que esto deviene de los contextos y las relaciones con los *otros*, donde unas prácticas insisten más que otras en los diálogos generacionales. Por eso, la cotidianidad no debe ser leída desde lo superficial, desde una lectura anquilosada de los actores externos, sino desde los colores, los aromas y la comprensión de que los espacios desbordan y están cargados de *sentidos*. Es por esto por lo que la cotidianidad es una zona de disputa que está en movimiento; en este caso, la cocina, por ejemplo, no es solo un territorio en el que las mujeres ejercen una de sus labores del cuidado, sino un espacio en donde se excluye a lo masculino y que *performa* lo femenino. Si para los hombres el trabajo agrícola es fundamental para construir la masculinidad, la cocina sería el vector para las prácticas de la feminidad: es ahí en donde las mujeres también son evaluadas y en donde construyen su exclusión, el lugar de la abyección para la masculinidad.

Y... ¿Qué pasaba con la cocina? No, nada. A nosotros nos tocaba solo en las labores del campo, si nos entrabamos a la cocina, era: póngale faldas, que póngale peluca, que póngale moños que, o sea, la gente tomaba eso como si uno le sacara el cuerpo al trabajo. Entonces, eso formo que uno prefiriera no entrar y no ser criticado, ya que no, que un hombre en la cocina no podía estar, que no, que

¡abrace!, qué aquí quien lo llamó, aquí no le tocaba. Vaya, coja la lima, que el azadón, que ya, que vaya, traiga los bueyes que vamos a pedir a los bueyes. En cambio, una niña no la ponían en ese oficio meramente. (Comunicación personal, Esposo Roble - Naval, 47 años, 28 de agosto del 2021)

En cambio, en el caso de las mujeres, la historia es diferente:

(...) A las niñas desde pequeñas las enseñaban a cocinar y ayudarle a la mamita, ellas aprendían mientras las abuelas, la mamas, cocinaban para los obreros y llevaban las grandes ollas a la hora del almuerzo, en donde estuvieran, el trabajo de ellas es muy duro, cargar las ollas calientes y donde se demorarán, tenían problemas. (Comunicación personal, Tío Sonrisas – Plateadas, 44 años, 11 de septiembre del 2021)

De manera transversal, los hombres de las tres generaciones que participaron en la investigación mencionaron que la cocina es un espacio que les fue *negado* y que se les sigue negando, pues es totalmente exclusivo para mujeres, definido para ellas y para cuidar a los hombres: los alimentos que son preparados por ellas ayudan a mantener la fuerza del trabajo agrícola; esta negación también implica negar el cuidado que puedan llegar a ejercer cualquier hombre en el escenario rural: la comida es vital para los hombres, por lo que las mujeres deben poderla proveer. Si bien la cocina es un espacio en donde convergen saberes, también es uno en disputa; así, las mujeres de la primera generación lo defienden como propio, las mujeres de la segunda lo definen como natural y las mujeres de la tercera lo ven como una herramienta para sobrevivir.

Entonces, encuentro que el cuidado es fundamental para la producción de prácticas de masculinidad en el espacio rural. Acá el cuidado, que ha sido naturalizado y dispuesto en lo femenino, supone un punto importante de discusión. Cuando me acerco al relato biográfico del Esposo Color- Azabache, el compañero de la Madre/ Nieta Color – Violeta menciona que en su vida tuvo más clara la imagen de su padre porque su madre decidió separarse e irse a otro lugar, y es él quien asume su cuidado y el de su hermana:

...Ellos son separados. Sí, ellos, como te digo, se separa, y, pues, mi mamá siempre ha sido una mujer muy tajante; también ha sido educada de otra manera y no va, no va y es más del prototipo de comportamiento como el de los generales, que es

(Comunicación personal, Esposo Color – Azabache, 34 años, 30 de diciembre del 2021)

Si bien el padre queda al frente, es evidente que al crecer la hermana él tuvo que mediar con las cargas del cuidado.

...Yo no tengo que esperar a que nadie me tienda la cama: yo hago mis cosas y las hago bien hechas, sin necesidad de mi hermana, como si fuera la empleada o como lo quieras llamar, ahí alzando el reguero. (Comunicación personal, Esposo Color – Azabache, 34 años, 30 de diciembre del 2021)

La narración del Esposo Color- Azabache expone cómo, desde la ausencia de su madre, su hogar debió ser reestructurado y cómo su padre era el que estaba en todos los espacios de crianza. Es interesante como exalta a su padre desde su paternidad y aparta a su madre desde su forma de ser, lo que nos implica hablar del cuidado y de cómo este es un lugar que se da las mujeres y que se expresa con el cuidado del hogar; por eso, la cocina tiene una connotación sobre el cuidar, el alimentar, el proteger y el habitar.

Aunque, los hombres mencionen que “si” existe un interés por las labores del hogar y que las dinámicas se han transformado, al punto de que, en la actualidad, el hombre “ayuda”. Mi experiencia con la familia, cuando compartí la mesa con hombres y mujeres, me permitió identificar lo siguiente: en la cocina se da la interacción directa entre las mujeres de la familia de las tres generaciones; los hombres socializan sobre carros, caballos y política, y las mujeres de la primera y segunda generación cocinan y asumen el cuidado y las labores propias del hogar. Al terminar el almuerzo, algo que me generó “ruido” fue que muchos de los hombres que terminaron no levantaron su plato y esto no provocó ningún comentario, se asumió como natural. (Angélica Valero, notas de campo, 2021)

Las dinámicas de la cocina desbordan muchas acciones. Verme expuesta a que fueran las mujeres a las que se les recarga el trabajo del hogar y no solo el de la cocina, les dio rostro a los relatos y me permitió interpretar mejor el contexto: ver a los hombres entrar y salir de la cocina por bebidas, ver a la abuela pelando las papas y a las hijas preparando el arroz, los frijoles y la gallina, le da color al relato. Mis preguntas en ese momento fueron: ¿por qué los hombres solo prenden el fogón?

¿Será que ellos están acostumbrados a brindar las herramientas y las mujeres a utilizarlas para su labor?

De la misma manera puedo ver los espacios de abyección cuando la mujer no quiere asumir el papel del cuidado, cuando se niega a cuidar y a ser madre, y prefiere seguir sus pasiones. Esta exclusión incomoda y provoca una pérdida momentánea de la hegemonía de la masculinidad, lo que tiene unas implicaciones: 1) las mujeres que se excluyen de su función son vistas como diferentes y quedan relegadas, 2) su deseo no es bien visto, pues pone en evidencia la fragilidad de la masculinidad y la posibilidad de perder control y la vigilancia de la norma, 3) la solución para cubrir esta pérdida de la cuidadora se da en términos de reposición pues, quien la releva, puede ser la hija, la madre o la nueva pareja, por lo que esta exclusión no implica una amenaza a la permanencia de las prácticas de masculinidad.

Lo anterior lo evidencio desde la mujer que es excluida o de la hija que se queda a suplir las labores del hogar:

Esposo Roble- Naval:

Qué tal en esta época: mi mujer poniéndome los cachos y, si soy un hombre frágil, pues me aguanto, yo me quedo así, sí, pero si yo saco mi casta y yo me siento varón, definamos la situación: usted por su lado, yo miraría qué hago, sí. Y esas cosas han pasado y siguen pasando y me consigo otra mujer y listo, solucionado.
(Comunicación personal, Esposo Roble - Naval, 47 años, 28 de agosto del 2021)

Esposo Color – Azabache:

...entonces también con mi hermana siempre estuve mirado a colaborarle, sí, pues porque ya yo no estaba, me la pasaba trabajando, mi padre trabajando y mi madre no vivía con nosotros, entonces ella era la que asumía ese rol de mujer en la casa. Sí, por eso yo era quien estaba a la mano de ella colaborando. (Comunicación personal, Esposo Color – Azabache, 34 años, 30 de diciembre del 2021)

Lo anterior permite suponer que la cocina es un punto de abyección, de disputa y de norma. La cocina se ha reflexionado desde la feminidad y ha posibilitado centrar la idea del cuidado en las

mujeres; por el contrario, el azadón ha implicado la carga de la “hombría” que excluye a los hombres de todo espacio en el que se piensa como cuidador desde el *afecto*.

En este sentido, veo el *cuidado* como un pilar fundamental para mantener la organización de la familia tradicional, en la medida en la que sus dinámicas resultan ser el *caballo de troya* en el que se movilizan los aprendizajes que legitiman las prácticas de una *masculinidad dominante*. Es por esto por lo que la cocina también es un punto de tensión, un dinamizador de prácticas performativas.

¿Somos melancólicos?

Más arriba mencioné la dificultad que pueden tener algunos *hombres* para transmitir, en sus prácticas de masculinidad, sus dolores, sus angustias y su afectividad, lo que sirve de vía para comprender que a los hombres no se les enseña a llorar, con base en una prohibición de su feminidad, y que a las mujeres no se les enseña a echar azadón, desde una *norma heterosexual*. Ahora bien, ¿los hombres realmente quieren llorar? Y, ¿las mujeres quieren dejar sus espacios ya establecidos?

El convertirse en hombres tiene unas exigencias que cargan los cuerpos, en términos de exclusión y de repudio; además, todo lo que pueda determinarse como feminidad, el deseo principal, será diferencia. Acá también podemos hablar del miedo: el miedo de sentir como ellas, de moverse como ellas, de pensar como ellas o que los nombren como ellas.

En la misma línea de Butler, la configuración del género se puede interpretar que ese *acto repetitivo* se puede dar en medio de la añoranza y de la melancolía, por algo que sabe que no se tiene y que se escapa de las manos de lo masculino; así, un hombre *interpreta* lo “femenino” como algo contrario que le genera una *incertidumbre*, que le provoca miedo de alcanzar y de revestir. Por el contrario, podría decirse que la mujer interpreta lo “masculino” también como algo contrario que, en el caso de lo rural, le permitiría revestirse de poder, lo que, a su vez, le permitiría hablar y protegerse: es ahí en donde lo masculino puede revestir los cuerpos femeninos para poder sobrevivir, lo que les implica a ambos una pérdida desde la norma y un rechazo al *otro*, uno más

que al otro, por lo que nunca es posible una feminidad o masculinidad *acabada*. Esta pérdida, que se deriva de la negación de la exclusión, da lugar a una sensación de melancolía prolongada e invisible, por lo que los *géneros heterosexualizados* en medio de su performatividad deben renunciar a *imitar* a su género contrario, pero que, en el caso de esta investigación, para la mujer es necesario imitar y para los hombres repudiar.⁶⁷

Si somos melancólicos, no pudimos llorar por lo que no tenemos, lo que perdimos, lo que no podemos acabar, lo que desconocemos, porque sabemos que así se sigan manteniendo los roles agrícolas, se siga echando azadón o encasillando a la mujer en la cocina, no tenemos una masculinidad o feminidad acabada y estamos en una constante lucha por repudiar lo *otro*. Por lo anterior, puedo afirmar que, en medio de las conversaciones biográficas, las masculinidades frágiles están definidas en la feminidad, lo que refuerza la defensa constante de la masculinidad en los actos reiterativos y en la construcción de los discursos, puntos que serán trabajados en el siguiente apartado.

Tercer apartado

¿Hoy los hombres son mejores que antes? defendiendo la masculinidad.

“Hoy los hombres son mejores que antes: piensan diferente, dialogan diferente, aprenden a ser hombres diferente...” **(Comunicación personal, Tío Sonrisas – Plateadas, 44 años, 11 de septiembre del 2021)**

⁶⁷ El hombre hetero *deviene* (imita, cita, se apropia de, asume el estatuto de) el hombre al que «nunca» amó y «nunca» lloró; la mujer hetero *deviene* la mujer a la que «nunca» amó y «nunca» lloró [...] el género constituye el signo y síntoma de una negación generalizada. (Butler, 2018, p. 162)



Ilustración 11: La cotidianidad del ser.

Conversar con los hombres de la investigación y tratar de leer sus expresiones corporales me ha llevado a pensar que a los hombres no los prepararon para hablar de su masculinidad: pueden hablar de su infancia con anhelo, de su vida en familia con orgullo, del campo con alegría, pero cuando se aborda cómo ellos se ven como hombres y cuáles masculinidades serían consideradas débiles, su voz

tiembla un poco: algunos vuelven a hablar de los valores, de Dios, del campo, miran para otro lado o vuelven a la idea de que aprendieron a ser hombres viendo a su padre. En este sentido, ¿será que en algún punto defienden su idea de masculinidad y le tienen miedo a un cambio?

Dios, el hombre y el campo.

El Padre Fuerza-Oliva fue el primero que nos dio la oportunidad de dialogar; el espacio fue una alberca que estaba encima de la casa materna y paterna: una conversación amena, y aunque no era claro quién estaba más nervioso, él me empezó a sembrar la duda sobre la defensa de la masculinidad. Nos habló sobre cómo, al encontrarse con otros hombres, su legado como hijo no podía cambiar:

...yo al mirar otras costumbres u otras prácticas, yo como hombre fuerte se me facilitó enfrentarme con otros espacios sin cambiar mi forma de ser, gracias a mi padre que fue fuerte y me enseñó valores y principios muy buenos (...) siempre el temor de Dios por delante. (Comunicación personal, Padre Fuerza - Oliva, 45 años, 16 de agosto del 2021)

Asimismo, cuando habló del poder en el hogar: “*en la ley de dios, primero están los padres, después los hijos, y la mujer es la compañía idónea*” (Padre Fuerza- Oliva, 2021); además, exaltó cómo su esposa es solo la que lo acompaña y cómo sus hijos, además de la fuerza que deben

conservar, deben aprender el “temor a Dios”, lo que debe ser inculcado en las próximas generaciones.

¿Dios? ¿Será la creencia en un dios lo que permite que sobrevivan las prácticas de las masculinidades tradicionales? Esta vez me confronto y pienso en que estas creencias tienen unas implicaciones en el orden patriarcal, pero, entonces, ¿los más jóvenes son menos creyentes?, o ¿su forma de percibir a Dios se ha transformado y no sé guían por lo que se cree que dice la biblia? (Angélica Valero, Notas de campo, 2021)

No podemos olvidar que hay un cuestionamiento de todos los significados y prácticas de lo masculino: sus símbolos corporales, verbales y objetuales, que provienen del lenguaje mismo de la masculinidad; pero, además, cómo estos se mantienen en una constante confrontación entre sí. Por esto, entender las creencias como parte de la configuración de las prácticas de masculinidad implica entender cómo no solo la norma de género construye la masculinidad sino cómo las dinámicas de construcción de tradiciones desde el hogar son gestoras de aprendizajes y de valores.

Más adelante, en otra conversación, con el Esposo Roble- Naval, nos sentamos en el comedor, compartimos aguapanela, queso y pan, dialogamos sobre el porqué de mi investigación y sobre la importancia de comprender la masculinidad. En torno a las 10:32 de la noche iniciamos: se le percibe un poco tenso. Le repito que será una conversación y nos reímos. Una de las cosas que me llamó más la atención fue su comparación con su hermano: al preguntarle por otras masculinidades se refirió a las “débiles”, a las que no tienen el control de su familia y a su mujer; para él, su hermano fracasó como hombre, al igual que los “maricas”, quienes, según él, no pueden ser catalogados como hombres porque no pueden mantener a su familia, lo que provocó que sus hijos no lo respetaran, por lo que prefirió irse lejos y ya casi nadie habla con él: “*mi hermano es un marica, como más se le va a decir, si se dejó ganar de la mujer*” (Comunicación personal, Esposo Roble - Naval, 47 años, 28 de agosto del 2021)

Lo anterior, me implicó hablar, lo interpele sobre “*qué era dejársela ganar de la mujer*”, a lo que me contestó con risa: “*pues, ¡qué se consiga otro ya que uno no es capaz de mantenerla en la casa!*”. La conversación tuvo silencios incómodos. Después de unos minutos y al apagar la grabadora, se tranquilizó y empezó hablar sobre lo que deberían ser las prácticas de un “hombre

de verdad” y sobre lo problemático que es ser un “hombre raro” en el campo, a diferencia de la ciudad. Esto me generó muchas dudas, ¿será que al sentirse expuesto en una grabación su fin era defender esa masculinidad que aprendió como la más fuerte y que no debe ponerse en discusión?⁶⁸

¿La violencia hace parte de la performatividad?

Análogamente, ¿será la violencia una construcción performativa para defender la masculinidad? Personalmente, estos dos cuestionamientos señalan dos formas sistemáticas de defender la masculinidad. En el contexto de hombres como el Esposo Roble- Naval, mencionar otras prácticas de masculinidad o tan solo pensar que la masculinidad de sus hijos puede caer en el limbo de lo “raro”, supone la búsqueda de herramientas para defender su masculinidad y la de sus hijos, pero también la de los hijos de sus hijos que no sabemos si nacerán.

Cuando les pregunté a las mujeres y hombres sobre la violencia en el campo hacia las mujeres, mencionaron que esta sí se daba. Algunos hombres lo mencionaron desde la lejanía, otros desde la experiencia de sus abuelas y de sus madres; las mujeres, por su parte, si bien expresaron que la violencia se daba, no narraron su experiencia. La defensa de la masculinidad se puede leer “entre líneas”, de manera intensiva y en otros lugares.

Muchos hombres en el campo son recios, pero bien intencionados; con las esposas son diferentes que con los hijos. Nunca, en el tiempo que tengo de vida, nunca lo vi tener violencia sobre mi madre en los 45 años de casados que tienen, y eso es maravilloso. Para mí ha sido una enseñanza espectacular, con sus más y sus menos en las relaciones de pareja, pero siempre con mucho respeto, con mucha tolerancia y sabiendo llevar las cosas: los problemas económicos, todas las situaciones que se dan en un hogar. Pero, ha sido fuerte, pero bien, bien, bien. Muy buen padre ha sido mi papá, ha sido una muy buena pareja, muy buen socio, compañero de vida, ha sido muy bueno con mi madre, ha sido muy bueno, sí. Violencia, si, mucha, se

⁶⁸ Las biografías masculinas se cruzan con la violencia de modos diversos, aunque nunca la ejerzan o resulte extraña y ajena. Ya sea como perpetuadores o víctimas, en el caso de los hombres la violencia toca la masculinidad. Puede que esta la sostenga y la justifique; pero también podría suceder que sirva para evitarla o anularla. No parece que exista una sola dirección. (Parrini, 2020, p. 288)

escuchan muchas historias, de brazos rotos, dentaduras rotas y múltiples violencias, en otras familias. (Comunicación personal, Tío Sonrisas – Plateadas, 44 años, 11 de septiembre del 2021)

O con el Abuelo Castaño-Verde, entre risas, cuenta como quemaron a una mujer:

(risas) claro que hay violencia, como la vez que un vecino le dio una paliza a la señora y ella, para que no la siguiera apaleando, pues se hizo la muerta (risas), y el hijueputa le echó candela y, así, revuélquese”. (Comunicación personal, Abuelo Castaño- Verde, 86 años, 31 de octubre del 2021)

Esposo Roble - Naval:

...en esa época el compromiso era compromiso y hacían como, qué le digo yo, como más el compromiso con Dios. Como que no podía irse uno del otro porque era una falta gravísima a Dios. Bueno, valía el cuento de que eso era así y había gente que el marido las maltrataba y les daba pata; pues ahí como una vez intentó pegarle a mi mamá, pero que la haya cogido como en otros casos, no. Así que, así como mucha gente lo hacía, porque uno veía los espejos de la casa, también veía los de los demás; pero la gente sí les daba, eran cascadas todo el tiempo, pero la gente ahí muriendo en su compromiso y en su ley. (Comunicación personal, Esposo Roble - Naval, 47 años, 28 de agosto del 2021)

Tío/Abuelo Naranja Carmín:

...llegó un momento que nosotros como hijos enfrentamos los comportamientos de mi padre en contra de mi madre y llegamos a exigir a mi padre, cuando grandes, un cambio. Eso fue con mi madre porque con nosotros mi padre es serio y radical,

pero nunca fue violento. (Comunicación personal, Tío /Abuelo Naranja – Carmín, 63 años, 17 de septiembre del 2021)

Desde mi lectura, estos y otros relatos me dejan ver cómo el cuerpo de las mujeres, desde la misma performatividad de los hombres, ha sido violentado, usado y repudiado. Si bien ellos reconocen que hoy en día las cosas han cambiado, interpreto en mi análisis que se defiende ese pasado, esa masculinidad que agrede, sanciona, alecciona la feminidad y enseña cómo deben cumplirse las normas. Como lo señalé con anterioridad, el castigo y el miedo eran un móvil de enseñanza para las infancias: parece ser que a las mujeres se les castiga desde el repudio y por medio de la defensa de una masculinidad fuerte y sin desviaciones, en sus diferentes etapas etarias.

Ese repudio que se tiene a lo femenino desde la melancolía misma del género implica *abrir y pensar* en las transmisiones generacionales en términos de *abyección*, en donde el hombre es el que repudia a lo femenino. Ese repudio se traduce en un miedo al incumplimiento de la promesa de ser hombre, de no poder llevar a costas las armaduras de la familia, por lo que, cuando una mujer se excluye, el repudio a lo femenino se incrementa: la mujer excluida pone en evidencia el miedo al no cumplimiento; es por esto por lo que en algunos espacios encontraremos la admiración de las mujeres a lo masculino, no desde el repudio sino desde el deseo.

¿Nosotras también defendemos las prácticas de masculinidad?

Las mujeres en sí mismas narran a los hombres y los muestran “recios”, algunos “toscos” y, en general, “fuertes”; pero ¿qué pasa cuando las propias mujeres defienden la masculinidad? Ese es el caso de la hija menor de los Salvia:

A todos nos criaron por igual: mi padre ha sido un ser maravilloso que nos ha dado todo. A mí, personalmente, me parece que los hombres del campo son buenos, justos, tranquilos y que los casos de violencia son muy pocos, pues eso depende de la familia y de la crianza y, pues, en el campo deben ser duros. (Comunicación personal, Hija Sueños - Albahaca, 37 años, 21 de noviembre del 2021)

Su narración y la naturaleza de su relato me situó en los postulados sobre el hecho de que son las mujeres las que perpetúan las prácticas de masculinidad hegemónica; No obstante, es de vital importancia comprender que la imitación del padre y su defensa recae también en las mujeres y en sus apegos a las normas, por lo que es posible enfatizar que las mujeres no repudiamos completamente el otro género y que los alcances de las prácticas de masculinidad también son exaltadas o sancionadas desde la óptica de la feminidad. Por esto, las madres, desde su cuidado y amor, también buscan que los hombres sean criados de una forma diferenciada y que sean fuertes, por lo que los “sacan” de la cocina y evitan que su educación se desvíe, ya que ellas serían las culpables de una inclinación hacia la feminidad.

Entonces, ¿tanto las mujeres como los hombres citan las prácticas de masculinidad? Este cuestionamiento me confronta con la teoría y el contexto que trato de comprender: pensar en la masculinidad en un espectro mayor me da un sinsabor y una posibilidad de matizar el contexto rural. Lo que intento es pensar en la exclusión o en la desviación como algo limitado y en la necesidad de seguir analizando las masculinidades desde el cuerpo y el lenguaje de las propias mujeres. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Pensar en las prácticas de la masculinidad desde los contextos y los cuerpos femeninos y masculinos me permite hacer una lectura de nuestras propias costumbres, transmisiones generacionales y diálogos intergeneracionales, pero también de la necesidad de una *desidentificación* y de una desviación, y del hecho de que, en el fondo, los hombres defienden la masculinidad desde la ausencia, el miedo, la melancolía, el anhelo y el deseo, por lo que buscan otras cosas que son muy difíciles de expresar por su relación con la norma.

Cuarto apartado

¡Al principio uno puede ser dócil y las experiencias le enseñan a uno a defenderse y a no dejársela montar!: Las prácticas de Masculinidad en los cuerpos femeninos.



Ilustración 12: La fuerza del cuidado, del amar.

Es interesante ver cómo, a lo largo de las entrevistas de hombres y mujeres, se insiste en aquellas mujeres que tienen el patrón reiterativo de masculinidad. En este caso, muchos se refieren a la Abuela Azul-Blues, como a una mujer que “levantaba al que fuera”, que “no se la dejaba montar o robar”, que era “más fuerte que muchos machos que se veían por ahí”, y que hacía al tiempo las

labores del campo y del hogar. Otros se referían a la Hija Poder- Escabeché, que “tiraba cualquier vaca”, que montaba caballos, manejaba moto y carro, ordeñaba y vacunaba; para algunos, esa es la imagen de una mujer campesina con experiencia, pero cuando nos acercamos al relato de la abuela, cuando le señalo todo lo que dicen de ella, primero se ríe y luego me dice: “*mija, en el campo toca ser así o se la montan a uno: mucho machismo*” (Comunicación personal, Abuela Azul – Blues, 75 años, 1 de noviembre del 2021) ; o la Hija Poder- Escabeché , quien después de reírse menciona: “*yo aprendí a la par de mis hermanos; si bien mi mamá me enseñó los oficios del hogar, yo me hacía al lado de mis hermanos y veía y aprendía, y es algo natural para mí*” (Comunicación personal, Hija Poder- Escabeché, 42 años, 21 de noviembre del 2021)

... ¡Qué dolor! Hablar con ellas, con esa fuerza y ese dolor en sus manos, con sus cicatrices y su incertidumbre, me provoca nostalgia: pensar en mi madre y en su experiencia de vida, su miedo en convertirse en lo que más temió en su infancia, en su madre, una mujer “tosca” y con palabras “fuertes” que no demostró amor y que uso su fuerza para afrontar el contexto; me pregunto: ¿será inconsciente? ¿Será necesario? (Angélica Valero, Notas de campo, 2021)

Asimismo, pensar en cómo la masculinidad, hegemónica y tradicional, se hace necesaria para defender la postura de las mujeres lo traduzco no como una exclusión, sino como el resultado de la performatividad de los hombres que se prolonga en las necesidades de enunciarse de las mujeres, lo que evidencia el dominio de las prácticas de sumisión que terminan siendo también iterables.

La promesa de la masculinidad: madres que forman hombres.

Si bien en el apartado “Armero y la Infancia: la experiencia del niño que aún no quería ser hombre” resalté que desde la tercera generación hay una búsqueda de las rupturas generacionales y del papel de la madre para abrir otros caminos desde el afecto, aquí me gustaría insistir en cómo las prácticas de masculinidad también se construyen desde la formación que imparte la mujer y en cómo esta debe aportar a una educación masculina que no permita ninguna desviación.

Pues mis hijos en el momento llevan como una formación diferente a otros niños, porque yo los llevo con delicadeza, no azotándolos no pegándoles, sino tratándoles en un diálogo. Se demoran en cogerse un poquito las cosas, pero como tratando de sobrellevarlos, de sobrellevar la situación: como irlos llevando, enfocándonos al camino del bien, que es más difícil en la época de mis hijos que en la época de nosotros; porque en la época de nosotros o se va por aquí o se va, en cambio hoy en día uno trata de hacer lo mejor para orientarlos para que sigan el camino del bien, porque la vida se hace es trabajando, ¿cierto, mami? (Comunicación personal, Esposo Roble - Naval, 47 años, 28 de agosto del 2021)

Este diálogo me generó incertidumbre al ver cómo, al hablar de la formación de los hijos, el Esposo Roble- Naval miraba a su esposa, pero no para buscar una aceptación de sus palabras o aseveraciones, sino para incluirla desde lo formativo y de la necesidad de mostrar cómo se llevaba la familia: los hijos no se pueden desviar, los hijos deben mantener el corte del padre y cumplir la promesa de la masculinidad.

Desde mis caminatas y charlas con los hombres en las tardes de la vereda, entre el pasto mojado, las mesas servidas, la cercanía a la laguna o en las mesas vacías después de una cerveza, se escuchan a lo lejos los apelativos contra los hombres que rompieron la promesa de masculinidad: “rarito”, “marica”, “desviado”, “frágil” y “se volvió marica después de viejo”, todo desde el desprecio y el temor a lo femenino y al fracaso de la masculinidad. Estas desviaciones ponen en riesgo la imagen de los hombres, pues temen llegar a ser ese frágil, ese marica y ese desviado que incumplió con lo que se le encomendó al llegar al mundo; los hombres lo toman como una tarea que deben cumplir hasta sus últimos pasos, de manera reiterativa y hasta que se aprende a *ser* hombre, sin importar que ningún género está completamente *acabado*.

Antes uno de hijo se criaba con el papá trabajando y la mamá en casa, o sea tenía uno a los dos con sus dos funciones: todos los días la opción de tener al papá y la mamá formándolo a uno; hoy en día los niños crecen sin ese papá y esa mamá que siempre lo van formando a uno, que direccionan para ser cada vez mejores y buenos hombres. (Comunicación personal, Tío /Abuelo Naranja – Carmín, 63 años, 17 de septiembre del 2021)

Es por esto por lo que el padre no sería el único que está pendiente o vigila que no se dé la desviación, en la madre también recae esta responsabilidad por su función de *cuidadora y formadora*.

...Escuchar los relatos biográficos de hombres que creen en la masculinidad y en la educación de sus hijos me permitió ver lo que se espera de estos últimos y ver cómo deben cumplir con la promesa de la masculinidad. Escuchar al Padre Fuerza- Oliva hablar del temor a Dios que debe ser enseñado a los hijos, al Esposo Roble- Naval sobre el anhelo de la masculinidad de sus hijos, y cómo sus esposas están ahí para acompañar su orientación, para que no se desvíen y puedan ser hombres de bien, me lleva a pensar en el papel de la mujer que ataja, que corrige y orienta desde el temor a un Dios, a un patriarca y a la mirada de todos los que vigilan la teatralidad de quienes son nombrados hombres en su proceso de formación. (Notas personales de lecturas analíticas, Angélica Valero Vargas, 2022)

Creo necesario regresar al *miedo*: el de la madre que actúa por “naturaleza” como formadora desde el *ojo vigilante* del padre, el del hijo que busca no decepcionar al padre como hombre, al abuelo como trabajador y a la abuela como ser espiritual; si esto no es logrado por el hijo, la madre será cuestionada como formadora, madre, mujer y esposa.

¿Elegimos cuidar y dar?

¿Siempre será la madre la que estará al servicio de los demás para permitir que todo funcione?, ¿que todo se dé?

Ya he tenido la oportunidad de hablar de mi impaciencia con mi madre; sin embargo, al pensar en su vida solo puedo admirar su voluntad de ponerse al

servicio de los demás. Mi madre ha sido capaz de transmitirnos ese valor a mí y a mis hermanos [...]. De su ejemplo aprendí el valor de dar sin esperar nada a cambio [...]. Con demasiada frecuencia el sexismo que impregna nuestra forma de pensar ensombrece el hecho de que las mujeres se dedican a los demás por elección, que su cuidado de los demás es el resultado de una decisión libre, no el efecto de un destino biológico. (hooks, 2021, p. 164).

Este fragmento de bell hooks expone la tarea que se nos fue asignada a las mujeres de cuidar; no obstante, esto ¿es natural?, ¿es una decisión libre?, ¿es nuestro destino biológico? ¿es un acto performativo?

Y sí, la educación sale de casa. Dicen que nosotras somos las más importantes en el cuidado de los hijos [...], y yo que tengo las charlas con los profesores, sobre todo, porque yo iba a las reuniones de los muchachos, de todo, y yo nunca los descuidé, traté de que aprendieran y aun todavía con los nietos, los que existen acá todavía, se hace el trabajo de cuidarlos. (Comunicación personal, Abuela Azul – Blues, 75 años, 1 de noviembre del 2021)

Ser mujer en el contexto rural, por las cargas que esto implica en los escenarios en donde ellas transitan, se sale completamente de lo natural y de las implicaciones del trabajo. Esto se relaciona con la *norma* y con las consecuencias de que la mujer se desvíe de ella, pues a ellas les atañen las labores del hogar, los hijos, la escuela, el ganado, la cocina, el cuidado de los hombres y, en la actualidad, su trabajo. Esto es evidente en los diferentes diálogos y en las cotidianidades de la familia. Yo, como mujer observadora y oyente, veo la sanción y el prejuicio a toda aquella que integre el núcleo y que no cumple con lo que le fue asignado, sin importar que crea en otra forma de relacionarse, que trabaje o que quiera estudiar, pues lo primordial es que cumpla con el mandato.

La cotidianidad del sexo biológico.

Los hombres de las conversaciones biográficas mencionan que las mujeres siempre fueron separadas en lo educativo y en el hogar, que sus labores eran muy diferentes a las de ellos y que las hermanas debían ser siempre protegidas por su padre y hermanos, pero también mencionan que, así como existían hombres a los que les gustaban los deportes femeninos en la escuela y se

identificaban como “raritos”, también estaban las mujeres a las que les gustaba más estar en la tierra que en la cocina. Estas definiciones de masculinidad y feminidad en lo rural están basadas en la fuerza que tenga el sujeto para afrontar las tareas del campo.

También algo que se ha resaltado son las mujeres infieles, definidas desde su parte masculina del deseo. En este contexto, varias familias dejan pasar la infidelidad de la mujer, provocada por la ausencia de su esposo, por lo que siguen con su vida en matrimonio, ya que no es bien visto el divorcio o la separación. En mi experiencia con las mujeres que participan en la investigación, desde su corporeidad algunas muestran la impronta de la tradición, pero también fortaleza para amar y defenderse.

En este sentido, con base en las conversaciones biográficas, ¿las mujeres deben optar por prácticas masculinas para sobrevivir en el medio? Además, desde las normas de género, ¿son los cuerpos femeninos en los que más se evidencian las Prácticas reiterativas de masculinidad y de feminidad?

Quinto apartado

Los objetos que adornan las prácticas de masculinidad: ¡Los sombreros y las botas que me hacen sentir más mujer cuando escucho sus relatos!



Ilustración 13: la cocina espacio de disputa.

En este apartado hablaré de mi experiencia como mujer, como feminista y como investigadora, a través de mi acercamiento a los contextos y de la narración de los objetos y de los cuerpos. Recuerdo la expresión de los “objetos políticamente incómodos”, esos que en mi propuesta investigativa me

hacen, quizá, sentirme más mujer: los sombreros, las botas, las armas, los cuadros que conmemoran a los hombres militares de la familia y que hoy me relatan su experiencia biográfica; si bien los temas son distintos, puedo decir que es necesario entender al objeto como un testigo de las experiencias de los hombres y de las mujeres que al contar sus historias dicen una cosa pero sus cuerpos otra, además del hecho de que los objetos que decoran el contexto narran cosas que jamás imaginaríamos.

Los objetos son la presencia de los sujetos, se resisten a desaparecer de los escenarios, son visibles, facticos y están en medio de la sensibilidad de quienes los habitan y los enuncian. Los *objetos-testigos* (Arfuch, 2013) son los relatos de los cuerpos que no requieren palabras y que tienen que ser descifrados en su simbología. En comparación con lo que relatan los hombres y las mujeres en esta investigación, jamás se pondrá en duda su veracidad, están ahí, se nombran por sí solos y su existencia hace parte del contexto rural, de las prácticas de masculinidad y de las enseñanzas intergeneracionales.

Estos objetos que adornan los espacios me muestran un proceso performativo. Recuerdo, en un almuerzo familiar en el mes de octubre, al que asistieron la mayoría de los hombres que habían participado en las conversaciones biográficas, que al terminar el almuerzo se levantaron, dejaron los platos sucios en la mesa y se retiraron a seguir con sus labores: charlar, montar a caballo y revisar las papas que salieron del cultivo, mientras que las mujeres asumieron su labor de levantar los platos de la mesa y lavar la loza. Esos mismos hombres que afirmaron que hoy en día las labores del hogar se distribuyen de manera equitativa, son los mismos que dejaron los platos allí: objetos que dicen más que las palabras, que niegan el acto de la labor del espacio privado y de las labores del espacio público.

En este caso, estos objetos nos permiten ver cómo esas prácticas performativas de masculinidad están presentes y cómo permiten pensar más allá de las palabras, en otras trayectorias de masculinidad, lo que no supone algún tipo de verdad sobre la categoría de masculinidad, en la marejada de interpretaciones teóricas, sino un diálogo con el contexto: una reflexión crítica de un sujeto en disputa que quiere atravesar los umbrales de lo que pensamos por medio de los relatos, del lugar del ser-mujer y de lo que comportaría, aquí, el ser-hombre.

¡La vida en el campo es sabrosa!



Ilustración 14: Aprender para (de)construir.

Algo que tienen en común los hombres y las mujeres de las tres generaciones es la exaltación de que la vida en el campo es “sabrosa”. Siempre que les pregunté por “cómo era crecer en el campo”, mencionaron que era un buen lugar: tranquilo, sano, que les había dado todo y en donde es bueno formar familia. Yo, como visitante esporádica, aprecio un aire distinto, un silencio amable, unos parajes hermosos y un lugar de descanso, pero también un espacio contenedor de experiencias. Esto pone de manifiesto las fronteras aún presentes entre lo urbano y lo rural, pero ¿qué pasa entonces con los prejuicios sobre el espacio rural y por qué el menosprecio al campesino en la ciudad?

Tal experiencia de menosprecio social e institucional lo viven de manera mucho más intensa las poblaciones indígenas campesinas, los campesinos afrocolombianos, las organizaciones campesinas defensoras de derechos humanos y las mujeres campesinas de cualquier origen étnico o adscripción identitaria. (Matijasevic & Ruiz, 2012, p. 122)

En el campo mismo, la idea de los hombres “rudos”, “salvajes”, “ignorantes”, “tradicionales” es vigente y se ve en algunos contextos familiares: “*sigue existiendo mucha violencia contra la mujer en el campo (...) al campo le falta mucho para avanzar*” (Madre/Nieta Color- Violeta, 2021); “*claro que sí, esas masculinidades violentas siguen presentes, pero, esas las hay en el campo y en la ciudad*” (Padre Fuerza- Oliva, 2021); “*eso depende de la educación y a muchos los siguen educando violentos*”(Abuela Azul- Blues, 2021); “*aquí las personas son aún muy conservadoras y de paso viene el machismo*” (Nieto Color- Sol, 2021); “*todavía se ve esa violencia contra la*

mujer, lo que pasa es que las mujeres de ahora son diferentes y hay más derechos” (Esposo Roble-Naval, 2021).

Esto nos implica pensar en cómo, cuando hablamos del hombre campesino rústico y violento, hay una remisión a su trato hacia las mujeres, específicamente hacia las esposas: la tradición en el campo al parecer sigue muy anquilosada. En este sentido, desde mi punto de vista, el hecho de que se reconozca que son violentos y de que algunos se aparten de las dinámicas de la violencia al no replicarla, pero también de que no se piense en educar a las nuevas generaciones en los mismos parámetros en los que fue educada la primera generación, transforma los actos iterativos, pero también genera exclusiones y fomenta brechas generacionales en algunos espacios familiares.

Séptimo apartado:

Conclusiones narrativas: la melancolía que implica el miedo, el amor y el dolor.



Ilustración 15: Lo sabroso del andar.

Este capítulo dio lugar a muchos códigos que no fueron previstos con anterioridad y que evidencian que, desde su cotidianidad, las dinámicas del campo no son para nada simples: el amor, el miedo, la masculinidad femenina, por medio de mi sentir como mujer feminista e investigadora, transformó lo que pensé que sería una investigación centrada en los hombres y las mujeres que ponen en escena prácticas performativas de masculinidad, aprendidas y perfeccionadas con el tiempo, y me mostró que esos tabúes, sanciones, prejuicios y odios, duelen y no agencian un cambio, y que las dinámicas que han funcionado históricamente se arraigan cada vez más. Hoy veo que el *desprecio al campesino* ha provocado que estos sean olvidados y que no se

piense en su educación, por ejemplo, emocional; si bien hoy se materializa un gobierno que piensa en el campo, es necesario pensarlo por fuera solo de lo productivo y entrever que las dinámicas

del cuidado se deben traslapar al espacio rural y transformarlo, para que los que siguen otras trayectorias de masculinidad puedan “vivir sabroso”.

Antes de concluir, es importante volver sobre los objetivos de mi investigación y ver cómo estos, a partir de los relatos y los sujetos, fueron alcanzados; cuando escuché a la familia, dialogué con ella, transcribí sus testimonios y leí sus narraciones orales y corporales, encontré que las prácticas de masculinidad que están presentes en las tres generaciones van más allá del cuerpo masculino, que la ausencia de cariño en la infancia duele en la masculinidad del hoy, que el miedo se confunde con rudeza, que la masculinidad hegemónica, en el caso de las mujeres, resulta ser el escudo para vivir y una forma de ser y existir para los hombres; asimismo, descubrí que la exclusión existe, pero que el miedo a ser sancionados implica “dejarla en el cajón”; que existe la posibilidad de otras trayectorias de masculinidad, pero que, los que creen en ella, piensan que tienen que salir del espacio rural; que la masculinidad hegemónica cuesta y duele defenderla; que la melancolía heterosexual impulsa la negación a la feminidad y fortalece el deseo de vestir una masculinidad hegemónica en el cuerpo de las mujeres y que el espacio físico-geográfico ha sido el testigo de los silencios y los lamentos de las mujeres campesinas que han sido violentadas y castigadas por salirse de la norma.

De igual forma, veo que las tensiones que quería encontrar están atravesadas por todos los diálogos generacionales; así, cuando escuchaba a cada uno de los miembros de la misma generación, comprendía que la masculinidad no puede ser tipificada o pensada desde una sola vía o que no se puede abordar solamente desde la raíz generacional, es decir, no es posible profundizar en la masculinidad del hijo solo con revisar la masculinidad del padre y la exclusión es necesaria para comprender esas desidentificaciones que surgen cuando la normalidad de la iterabilidad incomoda y duele, cuando la ausencia del afecto se hace evidente con la inconformidad de la cotidianidad, aunque cada palabra busque defenderla. Es importante resaltar que esta investigación estuvo mediada por las conversaciones biográficas, lo que supuso una transformación de mi mirada y de lo metodológico, pero también una apertura de lo narrativo; asimismo, mi sentir como mujer y como feminista se transformó al escucharlos narrarse desde su experiencia, sus cuerpos, sus miedos, sus ausencias, sus afectos y sus dolores, lo que supuso comprender que esta investigación atraviesa *el* cuerpo y que cada apartado excede la figura de una matriz, que los colores que enuncian cada una de las personas que participaron en la investigación hacen parte de la potencia de los sujetos

y de la necesidad de pensar en la importancia del amor para aplacar los miedos, para educar en libertad y posibilitar que la exclusión no implique una sanción.

Así, quedan preguntas por resolver: ¿cómo hacer para construir desde la exclusión? ¿Qué pasará con el campo y la masculinidad cuando las primeras y segundas generaciones desaparezcan? ¿Necesitamos el amor?

Conclusiones: entre la norma y el vivir sabroso.



Ilustración 16: Lo inminente en el contexto familiar rural.

Para finalizar este recorrido, que emprendí y con el que me vi confrontada, a continuación, presento las conclusiones de la investigación sobre los hombres y las mujeres que me invitaron a interpelar la percepción de lo masculino en términos de la “otredad”, un *otro* que, en términos biológicos, no necesariamente se ve como hombre.

La investigación me invitó a pensar mejor en la masculinidad desde sus prácticas y no solo desde una tipología situada y genérica, con el fin de valorar, en términos metodológicos, la experiencia individual de lo narrativo y la mediación entre la voz del que narra y la voz del que busca narrar. Como mujer, por medio de mi educación emocional, política y cultural, comprendí la masculinidad como un algo que atraviesa no solo mi corporeidad sino mi ser-mujer; si bien desde los estudios sobre la masculinidad en el país se ha hecho un análisis contextual, es importante seguir profundizando en el

problema de lo emocional para afianzar una deconstrucción de los imaginarios culturales sobre la masculinidad colombiana.

Además, pensar en lo emocional implica que debemos seguir investigando, proponiendo y mediando sobre la “educación emocional masculina”, educación que se ha formulado desde el miedo, el abandono y la ausencia del amor y del afecto, lo que ha contribuido a la legitimación de unas prácticas de masculinidad anquilosadas y alejadas de las exclusiones, unas que liberan y que

tienen unas implicaciones a la hora de pensar distinto el problema, fuera de la teatralidad del “macho”, del hombre que *no* llora, del que *no* siente.

Lo anterior evidencia que los estudios sobre la masculinidad se siguen transformando; ejemplo de ello es la propuesta de bell hooks, que, si bien no se inscribe en los “estudios sobre la masculinidad”, habla de la agencia de los hombres, de la necesidad de pensar en el amor y de la mediación con el patriarcado. En términos contextuales, sabemos que las realidades sociales y prácticas de las que parte la autora son diferentes a nuestro contexto, esto *no* implica que su lectura no nos permita hacer un análisis de nuestra realidad, mejor aún, nos implica un análisis que interpele, situé el debate y ubique en el contexto, las realidades, pues no hablamos de tipos de masculinidad sino de iterabilidad, una que les y nos ha implicado un dolor que, en este caso, está asociado a la tierra.

La realidad del espacio rural de la familia que participó en esta investigación y la estructura de la misma permitió poner en cuestión la idea de que los géneros se repelen en términos de un *género melancólico*; esto implicó que, desde el miedo, los hombres *sí* repelen todo lo que “huela” o se “sienta” femenino en sus carnes, pero, por el contrario, las mujeres, necesitan de las prácticas de masculinidad para sobrevivir, lo que se ve, por ejemplo, en las abuelas, que utilizan la rudeza desde un cansancio asociado con su función de cuidar al viejo, el que las acompaña; a los hijos, que hicieron familia; a los nietos, que se irán; o a los bisnietos, que ya llegaron.

En términos metodológicos, los resultados de mi investigación invitan a no formular investigaciones que se abstraigan de la realidad de los otros, pues, si bien esto no es un tema nuevo, por medio del problema de la emocionalidad intenté romper con la radicalidad con la que llegué a la vereda, lo que demuestra que, cada vez más, necesitamos de la narración, en especial, la de nuestros cuerpos, que también se ponen en tensión y nos invitan a repensar nuestros tabúes, prejuicios y sanciones; esto implica que, a su vez, debemos seguir humanizando el ejercicio investigativo y que podemos ser éticos desde el “sentir” narrado; un ejemplo de esto son las prácticas de masculinidad el espacio, con las que puse en cuestión la idea de unos “machos sobre caballos”, teatralidad con la que se mantiene la idea de la familia.

Es de vital importancia seguir estudiando el campo en los términos de la “ruralidad” y ver cómo este contexto se asocia con una masculinidad inscrita en ese estereotipo tradicional y hegemónico; así, puedo decir que ese “vivir sabroso” se da en los términos de la tradición, pues, quien se salga

del “ideal”, de los límites que se han dibujado en torno a lo rural, será expulsado y sancionado. Es importante aclarar que cuando me refiero al “vivir sabroso” y al hecho de ir más allá de lo productivo, quiero hablar de las narraciones de los sujetos que participaron en la investigación y no hacer una crítica al gobierno de turno

Ahora, para responder la pregunta central de la investigación, *¿Qué prácticas performativas de masculinidad están presentes en las experiencias de tres generaciones en un mismo contexto familiar rural a través de sus relatos biográficos?*, es importante tener claro que estas prácticas se dieron en diversos escenarios: en los silencios, en las prendas, en los animales, en la cocina o en el andar. Es evidente que las tres generaciones tienen encuentros y desencuentros a la hora de hablar de la masculinidad; así, uno de los encuentros se dio en lo masculino fue el del *padre* como una figura de autoridad que debe ser respetada porque enseña a trabajar la tierra, a tratar al otro y a asumir con “responsabilidad” la etiqueta de la masculinidad: el *no* llorar parece ser una consigna, el trabajar la tierra, una “obligación”; el construir una familia, una “promesa”.

Las tres generaciones admiten que las cosas cambian y que seguirán cambiando. Para las nuevas generaciones es importante que sigan cambiando las cosas, pues tienen claro que el machismo también les afecta; las segundas generaciones mantienen un diálogo con las nuevas generaciones, con sus arraigos a la tradición y con el miedo a mostrar una masculinidad fallida; las primeras generaciones admiten su lugar y no quieren renunciar a esos códigos de la masculinidad. Asimismo, uno de los hallazgos fundamentales de mi investigación fue ver cómo las prácticas de masculinidad las llevan a cabo las mujeres y como estas prácticas se hacen necesarias para “evitar” que, por las mismas, sigan siendo víctimas, lo que se ha perpetuado y convierte en un “chiste” la violencia y traduce la intervención de la masculinidad en la voz de las mujeres.

Antes de finalizar es importante entrever que los objetivos generales de mi investigación fueron superados por sus mismos hallazgos, lo que estuvo anudado con lo metodológico y permitió no solo identificar las prácticas performativas de masculinidad que están presentes en las tres generaciones, sino vislumbrar las tensiones de la experiencia rural. La invitación que nos queda es seguir escudriñando en esas *otras* trayectorias de masculinidad desde la exclusión y seguir preguntando por los que están escondidos bajo el disfraz “natural” de la masculinidad rural.

Como feminista, pienso que necesitamos seguir comprendiendo cuáles son las prácticas que instan a que sigamos siendo los contenedores de la opresión: la masculinidad debe ser entendida desde la raíz y, en términos de Butler, en su performatividad misma. De este modo, mi investigación aporta de diferentes maneras a los estudios sobre la masculinidad y, en este caso, a los estudios de la masculinidad en el espacio rural; invita a seguir indagando en los contextos rurales y en los espacios privados de los sujetos, sin asignar tipologías que piensen la masculinidad fuera de la experiencia de los sujetos, que han sido contenedores y replicadores de violencias depositadas en los cuerpos, no solo de las mujeres sino de los hombres que emergen de la exclusión, desde la ausencia del amor y la imposibilidad de otras formas de amar, con dificultad y de manera iterativa: porque, en el fondo, les duele, porque el miedo ha sido el pilar fundamental para mantenerse a flote.

Para concluir, es fundamental enunciar que mi investigación, que está enfocada en los estudios de la masculinidad en el contexto rural, busca pensar lo rural más allá de la productividad y del trabajo agrícola, y que, en cambio, quiere contemplar el problema desde lo cotidiano, con base en una mirada humanizante del contexto y de quienes habitan en él: pensar la masculinidad no solo desde los cuerpos de los hombres es hablar del excluido, del raro, es hablar de las mujeres que se visten de *ella* para sobrevivir.

Bibliografía

- Agudelo, L. (2017). *Prácticas de Crianza y Educación en Colombia: 2006-2016*. Bogotá : Convenio Universidad Pedagógica Nacional-Universidad de Antioquia - Maestría en Estudios de Infancia .
- Aymerich, M. d. (2016). *Celos y violencia en alumnos de enseñanza secundaria: Influencia de los estilos educativos familiares*. Castelló de la Plana, Espanya: Universitat Jaume I. Departament de Psicologia Bàsica, Clínica i Psicobiologia. Tesis doctoral en Psicologia.
- Arfuch, L. (2007). *El Espacio Biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina.
- Arfuch, L. (2018). *La Vida Narrada Memoria, subjetividad y política*. Villa María - Chile: Universitaria Villa María.
- Arfuch, L. (2020). Espacio biográfico, memoria y narración. En G. J. Arango, *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria* (págs. 297- 309). Buenos Aires: CLACSO.
- Arostegui, J. (2004). *La historia Vivida: Sobre la historia del Presente*. Madrid - España: Alianza
- Arroyave, J. O. (2019). *Masculinidades posibles, otras formas de ser hombres*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Arroyave, J. O & Martinez . S. K. (2017). *Nuevas masculinidades y feminidades rurales. Una Experiencia en el Caribe Colombiano*. Bogotá: Colectivo Hombres y Masculinidades Colombia & SWISSAID.
- Barbieri, T. (1993). SOBRE LA CATEGORIA GENERO. UNA INTRODUCCION TEORICO-METODOLOGICA. *Debates en Sociología*. N°8 , 145-169.
- Brandth, B. (2015). Rural masculinities and fathering practices. *Gender, Place & Culture* 23:3, 435-450.

- Brooks, C. (2020). "How Many Silences Are There?" Men's Experience of Victimization in Intimate. *Journal of Interpersonal Violence*, 5390–5413.
- Bulbeck, C. (2012). "Emotional literacy and domestic relations". Imagining the future: young australians on sex, love and community. *Adelaide: University of Adelaide*, 91-130.
- Butler, J. (2017). Mecanismos Psíquicos del Poder. Teorías Sobre la Sujeción. Editorial Paidós.
- Butler, J. (2018). El Género en Disputa. Editorial Paidós.
- Butler, J. (2020). *Cuerpos que importan. Sobre los limites materiales y discursivos del "sexo"*. Argentina: Paidós
- Cano, A. (2019). Cambios y significados de la paternidad en tres generaciones. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia - Maestría en Trabajo Social con énfasis en Familias y Redes Sociales.
- Chalparizán Vaca, R. &. (2010). *Madres y prácticas de crianza: de sus familias de origen a sus familias de procreación*. Santiago de Calí : Universidad del Valle Facultad de Humanidades escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano.
- Cubero, R. (2005). Elementos Básicos para un Constructivismo Social. *Avances en Psicología Latinoamericana, año/vol.23 Fundación para el Avance de la Psicología*, 43 - 61.
- Davila, X. &. (2018). *Un Camino Truncado. Los derechos sexuales y reproductivos en Montes de María*. Bogotá, D. C.: Dejusticia derecho - justicia - sociedad.
- De Beauvoir, S. (Ed. 2013). *El Segundo Sexo*. Bogota: Random House Mondadori.
- Espitia, U. (2003). ¿Qué hay de nuevo en las "nuevas generaciones"? *Desde el Jardin de Freud. Num. 3*, 260-273.
- Duarte Orozco, M., & Escobar Brochero, A. (2015). Nací, Soy y Moriré como Hombre, eso no Tiene otra Explicación: Análisis de las Representaciones Sociales de las Masculinidades de Jóvenes Progenitores en el Departamento del Cesar. *Revista Amauta Universidad del Atlántico*, 165-179.

- Espejo Alarcón, N. F. (2015). *Hacerse hombre" - construcciones y reconstrucciones de la masculinidad-* Tesis de Maestría en Estudios Culturales. Bogotá : Universidad de los Andes .
- Farfán, L. (2017). *Educación Las Emociones, La Emergencia de un Discurso*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Maestría en Educación .
- Faur, E. (2004). *Masculinidades y Desarrollo Social*. Bogotá: Unicef Arango Editores .
- Figueroa & Franzoni. (2011). Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos. En F. & Aguayo, *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando hombres en la equidad de género* (págs. 64-83). Chile: Universidad de Chile - Facultad de Ciencias Sociales Departamento de Antropología.
- Gallego-Montes. (2018). Estudios de familia en clave de masculinidades. Estado de la discusión en Colombia. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 30-50.
- Gaudin, Y. (2019). *Nuevas narrativas para una transformación rural en América Latina y el Caribe. La nueva ruralidad: conceptos y medición*. Ciudad de México: CEPAL .
- González, M. (2015). La teorización de Julio Aróstegui sobre la Historia del Tiempo Presente como Historia Viva . *HISPANIA NOVA - Revista de Historia Contemporánea*. Núm 13, 125- 133.
- Grollmus, N. S. (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, Conocimiento y Sociedad* 5 (1), 110 - 148 (mayo – noviembre), 110-148.
- Henao, L & Lamprea, L.M & Rojas, O. (2015). *Las Relaciones Intergeneracionales: Desafíos Para Las*. Bogotá: Tesis de Maestría en Educación - Pontificia Universidad Javeriana.
- Herrera, F., Aguayo, F., & Goldsmith, J. (2018). Proveer, cuidar y criar: evidencias, discursos y experiencias sobre la paternidad en América Latina. *La Polis Revista Latinoamericana* , 5-20.

- hooks, b. (Ed. 2017). El feminismo es para todo el mundo. Traficante de Sueños.
- hooks, b. (2021). Todo sobre el amor: Nuevas perspectivas. Argentina: Paidós
- hooks, b. (2021). El deseo de cambiar.: Hombres, Masculinidad y Amor. Bellaterra
- Jelin, E. (2010). *Pan y Efectos La transformación de las familias* . Argentina: Fondo de Cultura Económica .
- Jelin, E. (2020). Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada. En L. & Da Silva, *Antología Elizabeth Jelin: Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. (págs. 123- 158). Buenos Aires: CLACSO.
- Jelin, E. (2020). Familia. Un modelo para desarmar*. En L. & Da Silva, *Elizabeth Jelin : Antología esenciaLas tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. (págs. 253 - 277). Buenos Aires: CLACSO.
- Lagarde, M. (2018). *Género y Feminismo: desarrollo humano y democracia*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Laurentis, T. (1987). *The Technology of Gender* . United States of America: INDIANA UNIVERSITY PRESS.
- Leccardi, Carmen & Feixa, Carles. (2011). EL CONCEPTO DE GENERACIÓN EN LAS TEORÍAS SOBRE LA JUVENTUD. *Ultima Década N°34, CIDPA Valparaíso*, 11-32.
- Mateus, D & Villareal, J. . (2020). *La Presencia de la Figura Masculina del Padre con Relación a los Procesos de Crianza en los Niños y Niñas en la Escuela las Delicias en el Municipio de Sibaté - Cundinamarca*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional - Tesis de Pregrado en Licenciatura en Educación Infantil.
- Matijasevic, M. T. (2015). *Experiencias de reconocimiento y menosprecio en campesinas y campesinos de Caldas* . Manizales : Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud alianza de la Universidad de Manizales y el CINDE.
- Mendoza, C. (2013). *Políticas de la Memoria y Transmisión Generacional de Pasados Recientes en H.I.J.O.S Argentina e Hijos e Hijas por la Memoria y Contra la Impunidad en Colombia* . México D.F: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Mead, M. (2019). *Cultura y compromiso: Estudios Sobre la Ruptura Generacional*. Gedisa Editorial
- Millett, K. (Ed. 1995). *Política Sexual*. España: Catedra.
- Montesinos, R. (2004). La nueva paternidad: expresión de la transformación masculina. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, vol. 2, núm. 4, segundo semestre., 197-220.
- Moreno Carmona, N. D. (2013). Familias cambiantes, paternidad en crisis. *Universidad del Norte*, 177- 209.
- Olavarría, José. (2003). Los estudios sobre masculinidades en América Latina. *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe Nro. 6*, 91-98.
- Ospina, G. (2020). Nuevas masculinidades y cambio familiar: repensando el género, los hombres y el cuidado Infantil. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia 12 (1)*., 165-185.
- Osborne, Raquel & Molina Petit, Cristina. (2008). Evolución del concepto de género1 (Selección de textos de Beauvoir, Millet, Rubin y Butler). *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, núm. 15, enero-junio., 147 - 182.
- Peña Axt, J. C. (2013). *Construcción de masculinidades igualitarias atractivas. La transmisión de valores a través de actos comunicativos en contextos. Tesis de doctorado en Sociología*. Barcelona : Universitat de Barcelona. Facultat d'Economia i Empresa.
- Perez, E. (2001). Hacia una nueva visión de lo rural . *Una nueva ruralidad en América Latina*, 17-29.
- Pineda, Á. P. (08 de Mayo de 2015). *COMPRENDER EN EL SILENCIO: EL CUERPO VIVIDO COMO LUGAR DE LA ONTOGÉNESIS La corporalidad en la fenomenología existencial*. Bogotá, Colombia: UNIVERSIDAD DE LOS ANDES FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES. Tesis de grado para optar por el título de Magister en Filosofía.
- Pulido, S., Castro, J., Peña, M. & Ariza-Ramírez, D. P. (2013). Pautas, creencias y prácticas de crianza relacionadas con el castigo y su transmisión generacional. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud 11 (1)*, 245-259.

- Realpe Mena, G. (2019). *Representaciones sociales de paternidad en un grupo de padres de familia de la Vereda La Aguja, del municipio de Ciénaga, Magdalena*. Calí: Universidad del Valle- Programa Sociología .
- Ricœur, P. (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Rios, O. (2015). Nuevas masculinidades y educación liberadora Intangible Capital. *Redalyc* , vol. 11, núm. 3 pp. 485-507.
- Rodriguez, A. (2019). La construcción social de la paternidad en varones de contextos rurales de Morelos, México. *Antropología Cuadernos de Investigación*, núm. 21, enero-junio, 12-26.
- Rojas Rubio, R. (2020). *¿Una Cuestion De Machos? Reproducción y Exacerbación de las Masculinidades de Adolescentes en los Grupos Armados Ilegales del Conflicto Colombiano Entre 1999 - 2009.(Tesis de Maestría en Estudios de Género)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia .
- Romero, J. (2012). Lo Rural y la Ruralidad en América Latina: Categorías Conceptuales en Debate . *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*. Vol: 11, N° 1, 8-31.
- Rosas, M. (2013). Nueva Ruralidad desde dos visiones de progreso rural y sustentabilidad: Economía Ambiental y Economía Ecológica. *Polis - Revista Latinoamericana (Ruralidad y Campesinado)* N° 34, 1- 15.
- Samudio, E. &. (2005). El Género, Una Categoría De Análisis Crítico Que Nos Cuenta Otra Historia. *Trocadero* (17) 2005, 239 -247.
- Santamaría, L.M. &, Escobar R. & Llanos,L. D. (2009). *Módelos mentales sobre las prácticas de crianza de algunos adultos significativos de la Escuela Normal Superior. Tesis de Maestría en Educación y Desarrollo Humano*. Manizales: Universidad de Manizales - Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud.
- Segato, R. L. (Ed. 2010). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre el género entre las antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. . Buenos Aires : Prometeo Libros .

- Suárez, Á. G. (2009). El sistema sexo/género y la etnicidad: sexualidades digitales y analógicas. *Rev. Mex. Sociol vol.71 no.4 México oct./dic. 2009*, 675 - 713.
- Villamin, M. E. (2013). *En búsqueda de un “trabajo a la sombra”: masculinidades rurales en el contexto neoliberal. El caso de la vereda El Cerro, Municipio de Sardinata, Norte de Santander*. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Tesis de Maestría. Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género.
- Viveros, M. V. (1997). Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente. *Nomadas Universidad Central*, 1-12.
- Viveros, M. V. (2000). Notas en torno de la categoría analítica de género. En A. I. Puyana, *Ética: masculinidades y feminidades* (págs. 56-85). Bogotá : Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional.
- Viveros, M. V. (2002). *De quebradores y cumplidores Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Colombia: CES; Universidad Nacional De Colombia; Fundación Ford; Profamilia Colombia.
- Zink, M., & Villar, D. (1998). Madres, Padres, Hijos. Etapas vitales y proceso de enculturación de niños y jóvenes en las sociedades indígenas de la región pampeano-nordpatagónica (siglo XIX). *La Aljaba, segunda época. VIII*, 132-154.
- Zuluaga S, G. P. (1999). Transición de la ruralidad: Resignificación y Refuncionalización. *Revista de la Facultad Agraria de Medellín Vol. 52*, 733-753.